



# EL VUELO DEL PETIRROJO

JOSÉ LUIS JIMENO ZARZA

# El vuelo del petirrojo

Tres mujeres luchan por sobrevivir  
en una ciudad sitiada

José Luis Jimeno Zarza

Editorial Letra Minúscula

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-949709-7-9

Depósito legal: B 25747-2019

Copyright © 2019 José Luis Jimeno Zarza

Publicado por Editorial Letra Minúscula

[www.letraminuscula.com](http://www.letraminuscula.com)

[contacto@letraminuscula.com](mailto:contacto@letraminuscula.com)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mi madre y a todos los niños que, como ella,  
sufrieron el horror de la guerra.

*In memoriam.*

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

## **Capítulo 1**

Ayer vinieron otra vez, no sé a qué hora, todavía era de noche. Mamá entró en la habitación para llamarnos, pero yo tenía mucho sueño y no me quería levantar.

—Ángela, venga, nos tenemos que ir, las sirenas llevan un rato sonando. No sé cómo no las oyes. Tu hermano ya está levantado.

Mi hermano Andrés trajinaba por la habitación ya vestido con el abrigo encima del pijama, estaba doblando una manta.

Mi hermano Andrés tiene ocho años, es casi dos años más pequeño que yo que ya tengo nueve y pronto cumpliré los diez.

Mi tía María dice que mi hermano Andrés es un niño muy inteligente, pero demasiado serio y retraído... Eso dice mi tía.

—Pero, Ángela, ¿todavía estás así? Date prisa, por favor, tenemos que irnos ya.

Mamá estaba otra vez en la puerta de la habitación con la niña en brazos envuelta en una manta.

—Y tú, Paquito, termina de ponerte los zapatos.

Mamá tenía el abrigo de Paquito en la otra mano y se lo estaba poniendo encima del pijama mientras hablaba.

Mi hermano Paquito tiene tres años; duerme en la cama de Andrés, a los pies, pero algunas veces, cuando tiene mucho miedo, se sube con él a la cabecera y Andrés siempre le deja un sitio.

Por fin me levanté y empecé a hacer las cosas que me decía mamá: me puse el abrigo y cogí la manta y la almohada y las sirenas no dejaban de sonar cada vez más fuerte.

Salimos todos corriendo con las mantas y las almohadas en los brazos, pero yo en la puerta de casa quise volver a entrar.

—¿Pero adónde vas ahora?

—Se me ha olvidado la muñeca, mamá.

Mi muñeca se llama Mae, como Mae West, la chica de las películas que tanto me gustaban cuando papá nos llevaba al cine en Bravo Murillo.

Mi muñeca es de trapo, pero tiene la cara de porcelana y el pelo rubio y suave y yo la quiero mucho porque solo tengo esa muñeca y le pongo su vestido rosa y el abrigo azul cuando hace frío.

—Deja la muñeca, ya la cogerás cuando volvamos.

Y mamá cerró la puerta y bajamos corriendo las escaleras.

Al salir a la calle hacía mucho frío, nevaba un poco, el ruido de las sirenas lo llenaba todo. La gente subía corriendo por Reina Victoria para refugiarse en el metro de Cuatro Caminos.

Yo escondía la cara detrás de la manta para refugiarme del frío, mamá iba delante con la niña en brazos y mi hermano Paquito de la mano. Detrás íbamos mi hermano Andrés y yo, con las mantas y los almohadones.

La gente corría y nos adelantaba, nos íbamos quedando los últimos y yo tenía mucho miedo porque ya se oían los motores de los aviones. A Paquito se le salió un zapato, pero Andrés lo recogió enseguida y lo guardó en el bolsillo del abrigo. Paquito corría con sus piernas cortitas intentando seguir el paso de mamá, tenía todo el calcetín mojado. Mi hermano Paquito tiene tres años, creo que ya lo he dicho.

«Este niño no sabe llorar», dice siempre mi tía María, porque Paquito no llora nunca. Ni siquiera la otra noche cuando le dolía tanto un oído, yo me desperté y los vi a los dos sentados en la cama. Andrés le pasaba el brazo por los hombros, Paquito apoyaba la cabeza en su pecho, yo me asusté mucho cuando vi su cara tan triste, pero no lloraba; fui corriendo a llamar a mamá que enseguida se levantó y se encargó de todo.

—Mamá, a Paquito se le ha salido un zapato —dije sin dejar de andar.

—Cogedlo, por favor, y daos prisa que ya vienen los aviones.

Mamá cogió también a Paquito con el brazo que tenía libre y aceleró el paso y nosotros corríamos detrás de ella porque ya no quedaba nadie en la calle. Nosotros éramos los últimos y estaban llegando los aviones, yo me acordé de mi muñeca, que se había quedado sola en casa, y empecé a llorar en silencio mientras corría detrás de mamá, pero me callé enseguida porque nadie me hacía caso.

Mamá es muy delgada y bajita, tal vez la más bajita de las madres de las chicas del cole, pero tiene el pelo largo y negro, aunque lo lleva recogido en un moño bajo y por la noche se lo suelta para cepillarlo y le llega hasta la cintura. Yo la observo desde la puerta de su habitación cómo cepilla una y otra vez su melena, que brilla como un mantón de seda bajo las luces del tocador; algunas veces me pide a mí que se lo cepille un poco. Yo también tenía el pelo muy largo, lo llevaba en dos gruesas trenzas; aunque mi pelo es rubio como el de mi padre, pero el mes pasado me lo cortaron bien corto porque cogí piojos en el colegio. «Eso es por la miseria de la guerra», dijo mi tía, y me cortaron el pelo y me echaron un líquido que olía fuerte y picaba un poco y mamá

me peinaba con un peine especial que tiraba mucho del pelo. Por eso me lo tuvieron que cortar..., ¡menos mal que no les pegué los piojos a mis hermanos!

Para mí, mamá es muy guapa, la más guapa de todas las madres de mis amigas, no la cambiaría por ninguna, ni siquiera por la madre de Sonsoles, que es alta y rubia y tiene un abrigo de piel. Algunos días viene al cole a buscar a Sonsoles en un coche con un conductor de uniforme... ¡Qué me importa! También a nosotros, cuando estaba papá, vinieron un día a buscarnos con un coche de esos.

En los andenes del metro estaban todos los sitios cogidos, pasábamos entre la gente tumbada procurando no pisar las mantas.

—Señora, póngase aquí con los niños.

Unos hombres que fumaban de pie al borde del andén nos hicieron un hueco para que mamá pudiera extender la manta. Allí estaba también Rosario, la de la tienda de enfrente, con su hija Pili, y ayudaron a mamá a poner la manta y a acostar a la niña y a Paquito en las almohadas.

Mi hermano Andrés y yo tapamos a los niños con las mantas que llevábamos y también nos metimos nosotros, aunque en el metro hacía mucho calor.

De repente se oyó una terrible explosión, un ruido que hizo temblar hasta el suelo del andén. Los niños que dormían se despertaron, la niña también se despertó y lloró como los otros niños.

—Están bombardeando los Cuatro Caminos.

—No, debe de ser en la Ciudad Universitaria —dijeron los hombres que estaban fumando a nuestro lado.

Mamá le puso el chupete a la niña y la tranquilizó hablándole suavemente, pero enseguida otra bomba explotó tan fuerte que volvió a provocar el llanto desconsolado de los pequeños.

Yo miré a Paquito: estaba muy serio, tenía los ojos muy abiertos y callaba, como hace siempre que está asustado. Mi hermano Andrés le pasó el brazo por detrás de los hombros; a mí me gustó mucho ese gesto de mi hermano Andrés. «Parece un hombrecito», dice siempre mi tía María cuando Andrés hace ese tipo de cosas.

Paquito lo quiere mucho, lo mira embelesado. Desde que papá no está, Andrés se ha convertido para él en una especie de padre de ocho años. Yo creo que Andrés también se ha dado cuenta y por eso lo cuida tanto. A lo mejor la niña, cuando sea un poco mayor, también me toma a mí como su segunda mamá; aunque no sé..., parece tan distinta a Paquito.

Mi hermano Paquito es un niño serio y triste, desde que murió papá no lo hemos visto reír, es que estaba muy apegado a él. Él también era el favorito de papá, cuando llegaba era al primero que buscaba y Paquito corría hacia él con los bracitos extendidos y las piernas torcidas parlotando no sé qué cosas, y papá lo cogía y lo levantaba por encima de su cabeza y Paquito reía a carcajadas moviendo allí arriba las piernas tan cortitas y los brazos como un angelito de esos que pintan en los cuadros, pero ahora ya no ríe nunca, «este niño no sabe reír», dice mi tía, que siempre lo mira con cara de preocupación.

Papá era muy alto y muy fuerte, llevaba siempre un chaquetón de cuero atado con un cinturón y sus

hombros eran tan anchos que tenía que entrar un poco de lado por la puerta de la cocina. Todo lo contrario que mamá, que es tan pequeñita... Me acuerdo un día, cuando éramos felices, que le quería dar un beso y papá no se agachaba porque quería hacerla rabiarse y mamá se subió encima de las botas de él y se puso de puntillas, pero ni siquiera así llegaba. Hasta que papá, muerto de risa, se agachó y la besó y nosotros aplaudíamos como en el cine cuando aparece el bueno para salvar a la chica.

En esos tiempos sí que éramos felices... me parece.

## Capítulo 2

Salimos del metro los últimos, como siempre, pero es que somos muchos y mamá lo tiene que hacer casi todo. Además la niña se había dormido otra vez. Mi tía dice que la niña duerme siempre para no enterarse del horror que estamos viviendo. Yo no sé muy bien qué significa la palabra «horror», pero me da mucho miedo oír cómo la pronuncia mi tía, arrastrando las erres: «horrrrorrr». Yo creo que debe de ser una cosa muy mala.

Cuando bajábamos por Reina Victoria veíamos salir columnas de humo. Habían caído algunas bombas en el barrio y todo era confusión entre las gentes que corrían gritando de un lado para otro.

Yo apreté el paso para ponerme al lado de mamá y ver su cara, pero no pude porque mamá también andaba cada vez más deprisa con la niña en brazos y Paquito de la mano, que apenas podía seguirla con sus piernas tan cortitas.

Ya era de día y seguía nevando un poco, pero la nieve se derretía al caer al suelo, solo se notaba en las ramas de los árboles sin hojas del bulevar. Yo siempre pienso en las hojas que en el invierno se ponen amarillas y se mueren en las ramas y se van cayendo, les pasa como a mí, que no nos gusta el invierno.

Cuando yo era pequeña vivíamos en Córdoba, me parece que allí no existe el invierno, teníamos un patio lleno de plantas y flores y una fuente que sonaba y yo la oía desde la cama y el ruido del agua al caer me tranquilizaba hasta que me quedaba dormida sin pesadillas, no como ahora que me da miedo dormir por las pesadillas.

En Córdoba nosotros solíamos estar en el patio, bueno solo Andrés y yo porque Paquito era muy pequeño y estaba siempre en el canasto en la cocina mientras mamá hacía las cosas y la oíamos cantar desde el patio esas coplas que tanto le gustaban. A veces dejaba de cantar y le decía a mi hermano: «Andrés, ¿quieres dejar los limones?, que te vas a poner malo» porque Andrés se subía al limonero y mordía los limones dejando que el jugo cayera por su barbilla y me lanzaba desde el árbol los limones mordidos, pero a mí no me gusta el sabor tan ácido del limón, me escuece en la boca y me hace llorar. No sé cómo mi hermano disfrutaba tanto mordiéndolos.

«Ya podíais regar un poco las plantas mientras preparamos la cena, que está a punto de llegar papá», nos decía mamá desde la cocina, y nosotros cogíamos unas regaderas de lata y regábamos los geranios florecidos y los rosales y todas las plantas y Camila, la tortuga, salía entonces de sus

escondites secretos y se paseaba contenta por el suelo fresquito del patio y yo le pedía a mamá que me diera unas hojas de lechuga para ella y mamá me las daba por la ventana de la cocina que daba al patio porque todas las habitaciones de la casa tenían ventanas que daban al patio y algunas como la sala y la cocina y el dormitorio grande de verano tenían también una puerta tapada con una cortina para que no se colaran las moscas en la casa, Andrés y yo nos peleábamos por ver quién le daba más hojas de lechuga a Camila, que se las iba comiendo toda golosa y no le importaba nada quién se las daba.

Y la abuela Julia por las tardes se sentaba en el patio recién regado con el ganchillo en una butaca de esas de mimbre que se mecen y después llegaba la abuela Rafaela, que es la madre de mi padre, que venía llena de chismes del barrio, y mamá sacaba la limonada bien fría en la jarra y nos daba la merienda, pan y membrillo, que no nos gustaba, pero otras veces nos daba mermelada o las rosquillas de anís que traía la abuela Rafaela y las tomábamos con la limonada bien fría y después nos íbamos a jugar y ellas se quedaban hablando y yo me quedaba jugando cerca para oír lo que decían. Otras veces salíamos a la calle con los otros niños... Había muchos niños en esa calle, ellos jugaban a los toreros, unos hacían de toro y otros de torero, y nosotras jugábamos con nuestras muñecas o a saltar la cuerda, pero otras veces jugábamos con los chicos al escondite o al rescate o al pañuelo hasta que llegaban papá y el abuelo Rafael. Mi abuelo Rafael y mi abuela Julia eran los padres de mi madre, vivían con nosotros en la casa grande de Córdoba.

Mi otro abuelo se llamaba Andrés, como papá, pero yo no lo conocí porque cuando nací ya había muerto. La abuela Rafaela nos contaba muchas cosas de él: «El abuelo era alto y muy fuerte, como tu padre, era tan fuerte que con una sola mano podía levantar a un hombre». A mi abuela, cuando hablaba del abuelo Andrés, se le ponían los ojos húmedos y entonces, para disimular, miraba a la fuente del patio y al agua que caía haciendo como música..., yo creo que lo hacía para disimular su pena, para que creyéramos que era el reflejo del agua que le humedecía los ojos, pero no, nosotros sabíamos que no era por eso.

Cuando llegaban papá y el abuelo se sentaban también en el patio, para hablar de política, aunque siempre terminaban discutiendo porque papá era un «rojo» anarquista, como decía mi abuelo, y mi padre decía que el abuelo era un «fascista» y a nosotros nos hacían mucha gracia esas dos palabras que no sabíamos muy bien lo que significaban, pero ahora ya lo sé y ya no me hacen gracia. Ellos no tomaban la limonada porque preferían un vasito de vino amontillado que les servía Rosa, que después se iba a por los manteles para poner la mesa para la cena bajo los soportales del patio. Rosa era la doncella de casa y nuestra niñera y también estaba Petra que era la cocinera.

Cenábamos en la mesa larga que montaban con los manteles blancos en un periquete bajo los soportales, y mamá dirigiendo a las chicas y papá y el abuelo hablando de las cosas de política y de los jornaleros, mientras tomaban su amontillado en esas copas finas y largas que tanto me gustaban, y después de cenar nos quedábamos un rato al fresco de la noche, escuchando el murmullo de la fuente y el canto de los grillos acelerado por el calor y las salamanquesas pegadas a las paredes, mirándonos desde lo alto, y el suave olor de las flores que perfumaba la cálida noche.

Estábamos allí hasta que el abuelo se quedaba dormido en su butaca y la abuela Rafaela se iba, dándonos un beso y un pellizco en los mofletes, y mamá nos mandaba a la cama y la abuela Julia nos acompañaba por el pasillo y nos quedábamos dormidos poco a poco, escuchando el canto de

los grillos y el rumor de la fuente que entraba por la ventana abierta al patio.

### Capítulo 3

Cuando llegamos a nuestra calle la panadería de la esquina estaba cerrada. ¡Qué raro!, porque abren muy pronto. Me gusta el olor a pan recién hecho y a los bollos tan ricos que hacen en esa panadería.

Hace mucho que no comemos un bollo porque no tenemos dinero para comprarlo. Cuando estaba papá, los domingos por la tarde nos compraban un bollo para cada uno y lo mojábamos en el chocolate, pero ahora mamá no quiere gastar el dinero que le queda en cosas innecesarias: «Tenemos que ahorrar, no podemos gastar el dinero en cosas innecesarias», nos dice siempre que le pedimos algo que se sale de lo corriente; aunque, la verdad, es que nosotros no somos muy caprichosos, solo yo un poco. «A esta niña le ha hecho la boca un fraile», dice mi tía cuando pido algo, pero Andrés y Paquito nunca piden nada y la niña como no habla, bueno, sí, sí que habla un poco, ya dice «mamá» y le echa los brazos cuando está en el capazo, sobre todo si es su hora de comer.

Mamá dice que cuando termine todo esto nos comprará un bollo todos los días para desayunar y yo siempre le pregunto qué cuándo va a terminar todo esto y ella me dice que pronto y entonces yo le pregunto qué cuándo es pronto y ella me dice que no lo sabe, que no me ponga tan pesada.

Al final de la calle salía una espesa columna de humo, había un montón de gente mirando, entonces mamá cogió a Paquito también en brazos y aceleró el paso aún más, mi hermano Andrés y yo no podíamos seguirla cargados con las mantas y las almohadas..., pero enseguida frenó y empezó a andar muy despacito cuando vimos que nuestra casa ya no estaba.

Solo cascotes y humo y cristales. Una bañera colgaba en lo alto de una pared. Había mucha gente mirando, algunas mujeres lloraban. También estaba Pura, la portera de la casa, y Paquita, su hija, que es un año mayor que yo, pero siempre juega conmigo a las muñecas. Las dos lloraban; aunque Paquita sí que tenía su muñeca en brazos, yo miré a mamá, ella no lloraba, tenía los labios apretados y la mirada fija en aquellas ruinas que habían sido nuestra casa. Tenía la misma cara que cuando vinieron a decirnos lo de papá.

Entonces yo me acordé de Mae, mi muñeca, allí debajo de todas esas piedras y empecé a llorar y no quería llorar, pero no podía parar, porque yo no soy como mamá, yo soy muy llorona. «Esta niña siempre tiene la boca abierta», dice mi tía. No sé..., no lo puedo evitar.

Cuando mamá notó mi llanto dejó a Paquito en el suelo y con la mano libre me acarició la cabeza y me abrazó y me estrechó contra su hombro porque ya le llego al hombro, es que yo soy muy grandona, he salido a papá y Paquito también, pero Andrés no, Andrés es un niño muy bajo para su edad. «Este niño está muy bajito para su edad», dice mi tía y mamá no dice nada porque mamá nunca dice nada cuando oye cosas que no le gustan, sabe que mi tía lo dice porque piensa que el niño no come lo suficiente para crecer.

Entre el grupo de gente que miraba estaba doña Elena, una señora mayor que vive enfrente de casa

y va siempre muy elegante y todos en el barrio la quieren mucho porque su marido, que ya murió, era médico y atendía a todos los que acudían a su consulta, aunque no tuvieran dinero para pagarle.

—Julia, aquí ya no tenemos nada que hacer. ¿Por qué no sube a casa con los niños? Están empapados con esta lluvia, van a ponerse enfermos —le dijo a mamá y mamá le dijo que sí, que se lo agradecía mucho.

La casa de doña Elena estaba caliente, tiene unos muebles muy bonitos, me acordé mucho de nuestra casa de Córdoba que también tenía unos muebles preciosos.

En la cocina, en una jaula muy grande, un canario amarillo cantaba mirando a la calle. Doña Elena había puesto la jaula al lado de la ventana, desde allí el pajarito podía ver a los gorriones y a los petirrojos volar libremente bajo el frío y la lluvia. Por eso cantaba con esa tristeza, aunque la señora le llenaba los cuencos de cañamones y de alpiste y le daba una hoja de lechuga fresca entre los barrotos y le ponía una pequeña bañera para que pudiera bañarse y limpiarse sus plumas amarillas y en su jaula no tenía frío ni se mojaba con la lluvia como los otros pájaros, pero el canario, que se llamaba Turandot, cantaba esas canciones tan tristes mirando por la ventana desde la que se veían también las ruinas de nuestra casa y la bañera colgando de la pared.

Mamá se sentó para dar de mamar a la niña, doña Elena nos puso a nosotros un tazón de leche bien caliente, de esos grandes blancos como los que tenemos en casa para el desayuno, y unas rebanadas de pan con mantequilla, y a Paquito le puso un cojín para que pudiera llegar bien a la mesa. Nosotros comíamos en silencio, mirando solo el tazón de leche humeante y el pan con la mantequilla que mojábamos en la leche y se iba ablandando poco a poco. Solo se oía a Turandot que trinaba en su jaula, mirando volar a los demás pájaros bajo la lluvia.

Luego mamá acostó a la niña, que se había quedado dormida, y entre mamá y doña Elena nos secaron bien el pelo, que aún lo teníamos mojado, y nos quitaron la ropa y doña Elena nos puso unas camisas de su marido, que ya había muerto, y le dio a mamá un tazón de leche caliente, pero mamá le dijo que no, que muchas gracias, pero doña Elena le dijo: «Venga, Julia, tómeselo, que tiene que comer para alimentar a la niña» y mamá se sentó a mi lado y cogió el tazón con las dos manos y yo la miré y entonces vi que estaba llorando, aunque tenía la cara casi metida en el tazón y un mechón de pelo le caía sobre la frente, yo vi que ella lloraba en silencio.

Después mamá se tuvo que ir a arreglar unos asuntos.

—Portaos bien y no hagáis ruido para no despertar a la niña —nos dijo cuando salía.

Y doña Elena nos llevó a una salita y nos dio un libro con dibujos para que nos entretuviéramos. Era un libro muy bonito, venían todos los animales del bosque pintados a plumín a todo color. Debajo de cada dibujo ponía cómo se llamaba el animal y dónde vivía y lo que comía y todas esas cosas.

Mi hermano Andrés y yo sabemos leer desde los tres años, papá nos enseñaba cuando llegaba a casa después del trabajo porque decía que la cultura es lo único que nos ayuda a ser más libres, pero papá era muy severo enseñando y se enfadaba si nos equivocábamos. Una vez a mi hermano Andrés le dio con el libro gordo en la cabeza porque no pronunciaba bien una palabra difícil, a mí no me regañaba tanto porque yo era niña y eso que Andrés era más espabilado que yo y aprendía más deprisa, aunque era casi dos años más pequeño.

En el libro venía un pájaro que se llamaba petirrojo, Paquito dijo que era parecido al canario, aunque no era amarillo y estaba más redondito, pero tenía el pico y los ojos iguales que Turandot. Fuimos con el libro a la cocina para ver si se parecían, pero no, no se parecían tanto como decía Paquito.

Mi hermano Paquito no habla casi nunca, solo señala con el dedo. Por eso nos extrañó tanto cuando al ver al petirrojo dijo «Turandot», señalándolo con el dedo. Paquito dejó de hablar cuando supo que papá ya no volvería más.

Después de ver a Turandot nos asomamos otra vez a la ventana para ver nuestra casa. Todo seguía igual, los cascotes, la bañera colgando de la pared forrada de azulejos blancos..., pero ya no había nadie mirando, solo unos hombres trabajando. Doña Elena nos dijo que estaban buscando porque decían que el señor anciano, el que vivía en la buhardilla, estaba debajo de las piedras, que no había ido al refugio, que nadie lo había visto allí.

El viejo de la buhardilla era un hombre extraño que daba miedo, llevaba siempre un abrigo negro y un sombrero, y nunca saludaba a nadie. Cuando nos cruzábamos por la escalera nos pegábamos a la pared para parecer invisibles y él pasaba sin mirarnos, oliendo a vino. Paquita, la hija de la portera, me dijo que tenía una penosa historia detrás, pero yo no sé lo que quería decir porque algunas veces Paquita era muy misteriosa hablando, se conoce que repetía las cosas que le oía contar a su madre.

Cuando llega mamá se pone a darle de mamar a la niña, que seguía dormida, y después ayudamos a doña Elena a poner la mesa para comer unas lentejas que había preparado, que olían muy bien. A nosotros nunca nos gustaron las lentejas, pero ahora, como tenemos tanta hambre, nos gusta todo. Además, doña Elena ha puesto un trocito de chorizo para que sepan mejor, luego ha metido el trocito de chorizo en un trozo de pan, lo ha cortado en tres partes iguales y nos ha dado una a cada uno de nosotros, a Paquito también y se lo ha comido poniéndose todo perdido con la grasa que salía del chorizo. Estaba muy rico.

Mamá nos ha contado que no ha podido ver a Cipriano porque está en el frente, pero ha ido a la fábrica donde trabaja la tía a contarle lo que nos ha pasado y la tía ha dicho que vendrá esta tarde cuando salga del trabajo a buscarnos para irnos a su casa.

## Capítulo 4

Ya es de noche cuando llega la tía, que sale a las cinco y ahora en invierno se hace enseguida de noche. Como es modista y trabaja en una fábrica de ropa nos ha traído ropa para todos porque solo tenemos los pijamas que llevábamos debajo del abrigo cuando salimos de casa.

Mi vestido es muy bonito, es de lana gris clarito con el cuello rosa y un lazo también rosa, me lo pongo enseguida y me queda muy bien. Mi tía tiene muy buen gusto, mamá dice que no se parece nada a su hermano, que siempre iba con el chaquetón ese de cuero. Mi tía se llama María, es hermana de mi padre y un año mayor que él, casi la misma edad que le llevo yo a mi hermano Andrés. Ella ya estaba en Madrid cuando nosotros nos vinimos y nos ayudó mucho porque no está casada ni tiene hijos y quería mucho a mi padre, que era su único hermano, y papá también la

quería mucho a ella y nos contaba siempre cómo lo cuidaba cuando eran pequeños en Córdoba.

Mamá y la tía también se quieren mucho y les gusta estar juntas y hablar..., bueno, mi tía habla y mamá escucha.

«Una niña *bien* que se enamoró de un loco idealista». Eso es lo que dice cuando quiere hablar de mamá, de cuando se conocieron en Córdoba y se enteró de que era la novia de papá.

«No doy un real por esa pareja», decía también, porque la tía siempre dice lo que piensa y también dice que esa forma de ser le ha traído muchos problemas, pero que no va a cambiar.

A mi hermano Andrés le queda grande el jersey y le tienen que doblar las mangas para que se le puedan ver las manos y él se deja hacer porque yo creo que le da igual.

Por fin nos terminamos de vestir y nos despedimos de doña Elena, que nos dice que volvamos a visitarla, y nos da un beso y una galleta maría para cada uno que guardaba en una caja muy bonita de colores.

Nos vamos a casa de mi tía que vive en Tetuán, al final de la calle Marqués de Viana, junto al canal de Isabel II, en una casita baja que también tiene un jardín con muchas plantas, aunque no es tan bonito ni tienen tantas flores como el patio de Córdoba y tampoco tiene una tortuga como Camila.

Cuando era verano íbamos a su casa dando un paseo, pero ahora es invierno y de noche y sigue lloviendo un poco, por eso cogemos el metro en Cuatro Caminos hasta Tetuán que tiene tres estaciones: Alvarado, Estrecho y Tetuán y nos bajamos en Tetuán que nos deja en la esquina de Marqués de Viana, aunque luego nos queda un buen trecho hasta llegar a casa de la tía.

En el metro solo sacamos tres billetes, porque mi hermano Andrés, como parece más pequeño, no paga nunca y nadie nos dice nada.

—¡Qué amable es doña Elena! —dice mi tía—, no sabía que erais amigas.

—Bueno, en realidad no lo somos, nos conocemos del barrio, de la tienda, de la panadería... Si supieras su triste historia.

—No, cuéntame, ¿qué pasó? —pregunta mi tía que es muy curiosa, yo creo que por eso dicen que me parezco a ella, bueno y también porque soy grandona y rubia como ella.

—Su marido era médico, ya estaba jubilado, todos lo querían mucho en el barrio porque siempre atendía a todo el mundo, aunque no pudieran pagarle. Pero una noche llamaron a su casa los de la checa y se lo llevaron, lo sacaron de la cama en pijama, ni siquiera lo dejaron vestirse. Doña Elena se puso delante de la puerta para no dejarlos salir, pero los de la checa la empujaron violentamente y uno la abofeteó.

»Por la mañana, cuando se enteraron las gentes del barrio fue una delegación a los cuarteles de la checa, pero ya no se podía hacer nada, lo habían fusilado en la madrugada contra las vallas del campo de fútbol.

—Pero ¿por qué?

—¿Quién lo sabe? Tal vez porque era médico o porque llevaba sombrero o porque era culto o

porque vivía en un buen barrio o porque tenía un crucifijo en la cabecera de su cama...

—¿Y sabe que tu marido luchaba en el mismo bando que los de la checa?

—Seguramente, en el barrio todos saben la vida de los demás, pero mi padre decía siempre que el perdón es lo que nos eleva y nos hace más grandes y mejores; doña Elena debe de ser de las que piensan así.

—Tu padre era un gran hombre y los canallas que lo mataron eran peor que alimañas, que nunca tendrán el perdón de Dios.

A mi abuelo lo mataron también los rojos hace solo dos años. Era por la mañana temprano, había ido al banco a por dinero para pagar a los jornaleros y lo sacaron de allí para llevárselo. El director del banco salió en su defensa y le dieron con la culata del fusil en la cara. «Eso te pasa por defender a los fascistas, pronto te tocará a ti», le dijeron. Entonces se llevaron al abuelo al río y a otros dos señores que también habían cogido y los mataron en el *puente viejo*.

Papá fue el que se enteró primero y enseguida vino a casa a decírnoslo. Fue antes de comer, estábamos todos en la cocina porque era invierno y todavía hacía fresco. Cuando lo vimos llegar nos asustamos porque nunca venía a esa hora y porque estaba pálido y con la cara desencajada, no parecía él.

Se sentó en una silla de la cocina. «Esta mañana han matado a tu padre», dijo en un susurro mirando al suelo, retorciéndose las manos. Y mamá dio un grito y la abuela se desmayó y cayó al suelo como si también ella estuviese muerta.

Todos fueron a atenderla hasta que se despertó y la sentaron en una mecedora, pero no decía nada.

—Andrés, por Dios, ¿cómo ha sido?, ¿quién lo ha hecho? —Mamá sollozaba arrodillada delante de papá.

—Creo que ha sido una patrulla de los comunistas, lo fueron a buscar esta mañana cuando entraba en el banco...

—Pero ¿por qué?, ¿por qué a él si nunca ha hecho mal a nadie? —preguntó mamá dejando que las lágrimas le bajasen por la cara.

Entonces papá nos lo contó todo, lo del director, lo del puente y todo eso que ya nunca se me podrá olvidar... Y a partir de ahí empezaron todas nuestras desgracias: la abuela Julia no volvió a hablar, se metió en la cama y se negó a comer y a salir de su habitación. Empezó a hacer calor y la bajaron a la habitación de la planta baja, la que está al lado del comedor, pero ella tampoco salía para nada, aunque mamá abría de par en par las puertas que dan al patio para que entrase la luz de la mañana y el aroma de las flores y le llevaba la comida en una bandeja y la abuela Rafaela venía todas las tardes y se sentaba al lado de su cama y le contaba cosas hasta que se hacía de noche y entrábamos los niños a darle un beso y las buenas noches y mamá le llevaba la bandeja con la cena que ella no tocaba.

Por la noche deambulaba por los largos pasillos de la casa con el pelo suelto y el camisón blanco hasta los pies. Las chicas del servicio se asustaban, decían que buscaba el fantasma de su marido que no se había marchado todavía porque no se pudo despedir de ella, su amor eterno.

La abuela murió enseguida, antes del verano. La abuela Rafaela dijo que murió de pena y mamá la miraba y callaba como hace siempre. A lo mejor mamá sí sabe por qué murió la abuela Julia.

Entonces fue cuando se vendieron todas las fincas y la casa y el cortijo y nos vinimos a Madrid.

Mamá y la tía se callan y se preparan porque el tren entra en la estación de Tetuán y todos nos ponemos delante de las puertas para apearnos porque es la última estación.

Cuando bajamos por Marqués de Viana María nos compra unos libros de cuentos de segunda mano en una librería muy antigua que está en un portal, atestada de libros viejos amontonados sin ningún orden aparente, pero Gervasio, el dueño de la tienda, que es un viejecito delgado con unas gafas de gruesos cristales y que siempre viste con una bata gris de esas que se abrochan por delante, sabe perfectamente dónde está cada libro, aunque le pidas un título muy raro. A mí me gusta mucho entrar en esa tienda, me gusta Gervasio, las lamparitas que tiene dispersas por ahí en cada rincón y el olor de los libros viejos y cómo están colocados en esos montones que se pueden leer los títulos en los lomos. Títulos llamativos que me traen a la cabeza todas las fantasías y me llevan a sitios maravillosos que no sé si de verdad existen o solo están en mi imaginación porque dicen que yo tengo mucha imaginación. «Esta niña es una fantástica», dice siempre mi tía, pero mamá dice que no, que lo que pasa es que yo tengo mucha imaginación.

Gervasio es muy serio, pero muy simpático con nosotros porque, además de los dos libros que nos ha comprado mi tía, nos regala otros dos que parecen muy interesantes. Estoy deseando llegar a casa para ponerme a leer.

Al pasar por la serrería vemos al enano sentado en la puerta, a pesar del frío que hace y que ya es completamente de noche. Al principio pensábamos que era un niño un poco raro, pero luego mi tía nos dijo que no, que era un señor enano y que no debíamos mirarlo descaradamente y por eso pasamos ante él mirando al suelo, pero yo no puedo evitar mirarlo de reojo porque siento mucha curiosidad por él y algunas veces le he preguntado a María por su historia, pero ella no suelta prenda y cambia de conversación rápidamente como hace siempre que no quiere hablar de algo.

Llegamos a la casa de María, la puerta del patio está ya cerrada porque en el mismo patio hay tres casas: la de la tía, que está al final; la de Valentín y Rosa, que es la primera y la de Sara que es la que está pegada a la de mi tía.

La casa de María tiene un recibidor con un espejo para mirarse antes de salir, una sala de estar grande que también es comedor y la cocina en un rincón. Detrás de la cocina están el baño y dos habitaciones, una muy grande con un ventanal al patio que es donde duerme mi tía y otra interior que va a ocupar mamá con la niña porque yo dormiré en la cama grande con la tía y Andrés y Paquito en otra cama pequeña que llaman turca y que se abre de noche en nuestra habitación.

—Bueno, ya está todo listo —dice mi tía—, ahora poneos cómodos que yo voy a encender el brasero y a preparar algo de cena.

## Capítulo 5

Es por la tarde, María aún no ha llegado de la fábrica, mamá está intentando encender la estufa para calentar un poco la casa. «Esta casa está helada, estas casas bajas son mucho más frías y húmedas que los pisos», dice mientras enciende la estufa.

Llaman a la puerta. «Niños, mirad a ver quién es», dice mamá que no quería dejar de atizar la estufa. Andrés y yo vamos corriendo a abrir. Es Dolores, Lola, una compañera del sindicato de papá que venía mucho a casa antes de que comenzase la guerra. Lola fue la que vino con Cipriano a contarnos lo de papá aquella mañana de invierno.

Hay un coche de la CNT parado en la puerta. Lola viene como siempre, a pesar del frío que hace, trae ese mono azul ceñido con el cinturón de la pistola.

—Hola, niños —nos dice, agachándose para darnos un beso.

Lola huele como a pólvora y a tabaco y a humo y a frío, pero es muy guapa, con esos dientes tan blancos y el pelo negro que a veces lleva en una coleta, pero ahora lo trae suelto en melena y los ojos tan negros y duros. «Tiene mirada de hombre», le decía mamá a papá porque mamá estaba un poco celosa de Lola y de su amistad con papá y él se reía. «Pero si Lola solo quiere a Federica Montseny, ella es su único amor», decía riéndose de los celos tontos de mamá.

—Julia, soy yo, ¿puedo pasar? —dice Lola, aunque ya está en el comedor abrazando a mamá que aún tiene el atizador del fuego en la mano.

—Pero siéntate, Lola. No tengo café, pero si te apetece hago un poco de malta.

—No, Julia, no quiero nada, siéntate tú también porque tenemos que hablar.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa del comedor, menos la niña que está durmiendo y Paquito que juega en el suelo con una caja.

—Ya me han dicho en el sindicato lo que ha pasado con tu casa y que fuiste a verme. Lo siento, pero estaba en el frente con Cipriano.

»Mira, Julia, las cosas están mal, no te quiero engañar, los fascistas están a las puertas de Madrid. Peleamos en la Ciudad Universitaria y en el cerro de Garabitas y en el Clínico, habitación por habitación. Ha venido Cipriano con la división y hace lo que puede. Dicen que Negrín y la Pasionaria van a huir en avión a Francia. «Más vale morir de pie que vivir de rodillas», dijo la Pasionaria, pero parece que, como no muera en el avión, ella se salva y deja aquí a los suyos para que mueran de pie peleando. El Gobierno ha huido a Valencia y han dejado aquí al pobre Besteiro, honrado intelectual, que aún espera negociar una rendición... No sé, yo me voy a quedar hasta el final pase lo que pase. No espero piedad de los fascistas. Ya sabes las barbaridades que Queipo de Llano y los suyos están haciendo en Andalucía.

»Dicen que van a cortar la carretera de Valencia, que es la única vía de entrada de suministros, si eso ocurre, quedaríamos aislados.

»He pensado mucho en los niños y en ti, creo que los niños no pueden continuar aquí, bastante han padecido ya y todavía queda lo peor, no sabemos qué pasará cuando entren los fascistas; tu marido era un alto cargo del sindicato, comandante de la división más aguerrida que peleó sin tregua

contra ellos y habrá represalias.

»A ti de momento no te puedo encontrar un sitio fuera, a no ser que queráis ir a Rusia, en Valencia no cabe un alfiler, pero hay una familia de Valencia que está dispuesta a acoger a los cuatro niños. Se trata de una familia de confianza, un matrimonio sin hijos, acomodados, de la huerta valenciana de Sueca y además tienen un bar muy famoso en el centro de Valencia junto a la plaza de toros. Los niños estarán allí mucho mejor, podrán ir al colegio, aprenderán el oficio del bar y comerán decentemente todos los días. No perdemos nada con probar, si están mal siempre podrán volver.

»Andrés me comentaba siempre que te manejas muy bien con los números, que llevabas las cuentas de la hacienda de tu padre. Si estás de acuerdo te he buscado un puesto en las oficinas del sindicato en Cuatro Caminos. Te pagarán un sueldo y, aunque no es mucho, no tendrás que tocar el dinero que habéis traído de Córdoba.

—Pero, mamá, yo no me quiero ir, yo no quiero separarme de ti.

—Ángela, calla, espera que terminemos de hablar —me reprende mamá.

Lola me mira y esa mirada tan dura de sus ojos oscuros se ablanda, se dulcifica, una sonrisa llena de blanco se dibuja entre sus labios.

—Bueno, la niña si quiere se puede quedar, puedo buscar una plaza en un colegio de monjas aquí cerca, en Francos Rodríguez. Seguro que la admiten porque las monjitas me están muy agradecidas, las he defendido de los asaltos de las checas. Estaría todo el día en el colegio, comería allí y volvería por la tarde.

—Sí, mamá, yo quiero quedarme, déjame, por favor.

—Lola —dice mamá—, te lo agradezco mucho, pero déjame pensarlo, además, también quiero hablarlo con mi cuñada, que llegará dentro de un rato.

Mamá nunca decide nada sin pensarlo bien. «Es una mujer muy reflexiva», dice siempre mi tía. Reflexiva significa que se lo piensa todo mucho, me parece.

—Lo entiendo, Julia, yo mañana estaré en el sindicato antes de volver al frente, si te decides, ven mañana temprano y arreglamos todo para que los niños salgan el domingo en el tren correo a Valencia. Bueno, ahora me voy, que tengo muchas cosas que hacer todavía antes de incorporarme al frente. Adiós, niños.

Lola nos besa a todos y también besa a mamá y salimos a la puerta del patio a despedirla y la vemos montarse en el coche negro que la esperaba en la puerta y el coche arranca y dobla despacito por la esquina de la calle para salir a Marqués de Viana.

Por la tarde, ya de noche, cuando llega mi tía de la fábrica, mamá le cuenta todo y la tía dice que sí, que es lo mejor que podemos hacer, que le parece una buena idea, que mañana lo arregle todo sin pensárselo dos veces y que, cuando acabe este horror, volverán las cosas a su cauce y estaremos todos juntos de nuevo.

## Capítulo 6

Vamos a la estación de Atocha, como es domingo puede venir la tía porque no trabaja los domingos. El tren ya está allí, soltando vapor, lleno de niños y los andenes atestados de familias que van a despedirlos. Una joven voluntaria viene a por mis hermanos, coge a la niña en brazos y a Paquito de la mano. La niña no quiere irse con una desconocida y llora y echa los brazos hacia mamá que no dice nada. Andrés va detrás de ellos, lleva la maletita que abulta más que él..., ¡es tan bajito!

Esperamos en el andén en silencio, queremos verlos asomarse a la ventanilla del vagón. Por fin aparecen, la niña comienza a llorar de nuevo cuando ve a mamá, «mamá, mamá», dice y echa sus bracitos en dirección a mamá que está callada, mirando. La joven que la tiene en brazos saca del bolsillo del delantal un trozo de galleta y se lo da para que se calle y la niña comienza a mordisquear la galleta y se calla; yo miro a mamá que sigue en silencio y, aunque no sé por qué, me da por pensar que, quizás, la niña no volverá a llamarla «mamá».

Suena un silbato, la gente que había subido al tren a despedirse salta al andén y el tren se pone en marcha muy despacito, Paquito no llora, mira fijamente a mamá con esos ojos grandes tan tristes y nos dice adiós con la mano y Andrés no dice nada, solo nos mira también en silencio con una expresión muy parecida a la de mamá. Tiene un brazo por encima de los hombros de Paquito y con la otra mano coge la manita de la niña. «Parece un hombrecito protector», dice la tía como hablando para sí misma. Poco a poco van pasando los vagones, ya no podemos ver a los niños y el tren va saliendo de la estación y se aleja entre una nube de vapor blanco.

Entonces mamá comienza a llorar, la invade un llanto silencioso, desesperado, que la hace temblar y yo, al verla así, tampoco puedo evitar el llanto y María no sé si llora porque ha vuelto la cabeza y no puedo verle la cara.

En la estación de Atocha todo es tristeza, muchas de las personas que están allí también lloran desconsoladas como nosotras.

Salimos de la estación, afuera ya es de día, hace un día de invierno, gris y frío.

—Venga, os invito a un café con churros —dice María al pasar por uno de los bares que hay en los alrededores de la estación.

En el bar se está caliente, nos sentamos junto a un ventanal que da a la calle y María nos trae de la barra las tazas de café con leche y un plato lleno de churros.

—Este es para ti, que tiene menos café —me dice y me pone delante una taza humeante de leche manchada con un poco de café.

Yo cojo un churro y lo mojo en el café hasta que se empapa y María también lo hace, doblándolo para después comerlo mejor, pero mamá no toca los churros, tiene la taza de café cogida con las dos manos, mira fijamente a la calle con la vista perdida en algún punto que solo ella conoce..., ya no llora.

## Capítulo 7

A pesar de todo, el tiempo pasa muy deprisa, hace meses que se fueron los niños y nos parece que fue ayer. Yo los sigo echando mucho de menos y mi madre, aunque no dice nada, sé que siempre está pensando en ellos.

Mi hermano Andrés nos escribe con frecuencia. Nosotras leemos sus cartas sentadas las tres alrededor de la mesa del comedor. Después contestamos cada una lo que nos apetece contar, pero las cartas tardan mucho en llegar, cada vez más, pasan semanas desde que salen hasta que nos llegan. Sabemos que ellos están muy bien, mejor que nosotras. Pepita y Vicente, el matrimonio que los acoge, son muy amables y también nos ponen siempre unas líneas para saludarnos.

Paquito y Andrés van al colegio en el barrio de Ruzafa, que es el barrio donde viven en Valencia, cerca del mercado, están muy contentos porque aprenden mucho. Paquito ya escribe un poco y nos pone siempre alguna cosa, aunque se nota que Andrés le lleva la mano para que no se tuerza.

Lo mejor es la comida, dice Andrés que Paquito y la niña están engordando porque comen mucho. Pepita tiene la costumbre de sacar después de comer una fuente con fiambres y eso es lo que más les gusta. La niña llama papá y mamá a Vicente y a Pepita y ellos la miman demasiado. Miro a mamá cuando leo esto para ver qué cara pone, pero permanece inexpresiva. A María y a mí sí que se nos escapan algunas lágrimas, pero nos calmamos enseguida porque queremos estar alegres para contestar la carta y que los niños lo noten y no piensen que estamos tristes.

Algunas veces Pepita los lleva a la playa de la Malvarrosa, tienen que coger dos tranvías para llegar hasta la misma playa y se bañan y juegan con las olas y luego comen un bocadillo sentados en la arena.

Andrés ya sabe ir solo, el domingo pasado fue con un grupo de chicos de Ruzafa y estuvieron bañándose hasta que se fue el sol.

En mis cartas le pido que me hable más del mar. Nunca he visto el mar, solo en las películas o en fotografías, pero no es lo mismo.

Andrés dice que la primera vez que vio el mar fue desde el tranvía, llegaban a la Malvarrosa y de repente el azul brillante como la plata, un azul mucho más intenso que el cielo de Valencia que también es muy azul. Parece que el mar ejerce una rara atracción en mi hermano, que no suele ser muy expresivo, siempre nos cuenta las cosas en un tono neutro y frío, como si las viera desde cierta distancia, solo cuando habla del mar se abre un poco.

—Este chico se ha enamorado —dice mi tía María—, se ha enamorado del mar.

Yo también les cuento cosas del colegio y les hablo de las tardes en el patio y de Mauro el miliciano y de algunas niñas del barrio con las que juego algunas veces; aunque a María no le gusta mucho que salga a jugar con esas niñas porque dice que no me van a enseñar nada bueno.

Ahora estoy más contenta en el colegio, pero los primeros días no me gustaba nada, era un rollo; aunque sor Narcisa, que es la encargada de mi clase, es una monjita menuda y muy dulce, como mamá, que nos trata muy bien a todas las niñas.

Me han puesto en la clase de las niñas de siete a diez años, somos casi setenta, pero tres señoritas ayudan a sor Narcisa a dar las clases. Yo me aburría mucho porque todas las cosas que explican

ya me las sabía; papá nos las enseñó a mi hermano y a mí cuando éramos más pequeños, pero un día sor Narcisa me llamó y me dijo que subiera a la tarima y me estuvo haciendo muchas preguntas de matemáticas y de gramática y geografía y todo eso, y yo contestaba a todo muy bien porque eran preguntas muy fáciles. Entonces sor Narcisa me dijo que yo estaba muy adelantada para mi edad, pero que no podía cambiarme de clase, que si yo quería podía ayudarla con las niñas más atrasadas y después ella me explicaría cosas más avanzadas y me pondría deberes especiales para mí.

Yo le dije que sí, que me gustaría mucho y, desde entonces, hago como las otras tres señoritas, paseo por la fila y voy ayudando a las niñas con las cosas que no entienden y después sor Narcisa me explica cosas como lo de los números fraccionarios, los quebrados y el análisis sintáctico y gramatical. Me ha dejado un libro especial para que me lo lleve a casa y estudie con él. En casa, mi madre, cuando llega del trabajo, me explica también las lecciones del libro y noto que estoy aprendiendo mucho y por eso estoy más contenta ahora.

Hay también otra clase para niños de tres a siete años. La encargada de esa clase es sor Antonia, una monja enorme, con cara de hombre y manos grandes. Sor Antonia es terrible, solo con mirarte te hace temblar. El otro día en la fila del comedor porque bajamos a comer en dos filas, las niñas a la derecha y los niños a la izquierda del pasillo y allí esperamos para ir pasando al comedor y sentarnos cada uno en su sitio.

El otro día sor Antonia sacó de la fila a un niño que se había metido la mano en el bolsillo y le dio un bofetón que lo tiró al suelo, el niño tenía cuatro o cinco años y se quedó en el suelo, sangrando por la nariz y la cara roja que se iba hinchando, pero no lloraba.

—A ver, dale la vuelta al bolsillo para que veamos el agujero que tiene, ¡cochino, asqueroso! —le dijo sor Antonia con su voz poderosa que asusta tanto.

Y el niño dio la vuelta al bolsillo, pero el forro del bolsillo no tenía ningún agujero.

—A ver, ¿qué tienes en la mano? Abre la mano.

Y el niño abrió la manita y tenía una canica de barro.

Y entonces sor Antonia le quitó la canica y lo levantó del suelo cogiéndolo por la patilla.

—¡Vete a la clase! ¡Cochino! Hoy no comes ¡Castigado sin comer!

Y el niño se fue sin decir nada y cuando pasó por mi lado vi que le salía sangre de la nariz y que el ojo se le iba cerrando.

Yo no sé por qué es pecado tener el bolsillo roto, mi hermano Andrés siempre los rompía de meterse piedras y las cosas que se encontraba y se las guardaba porque le gustaban y mi madre no hacía más que cosérselos, pero nunca nos dijo que eso fuera pecado.

Yo pienso que tengo mucha suerte de no estar en la clase de sor Antonia, sobre todo ahora que ya no está papá para defenderme porque él siempre nos decía que no hay que pegar a los niños, que cuando un mayor pega a un niño es más para descargar su rabia que para educarlo y por eso, cuando le dio a mi hermano Andrés con el libro en la cabeza, enseguida le pidió perdón y lo abrazó.

Cuando llegué a casa mamá ya estaba y le conté todo lo que había pasado en el colegio con ese niño y también lo de papá y mamá otra vez se puso triste acordándose de lo bueno que era papá... Bueno, ahora mi madre está siempre triste, debe de ser porque se acuerda de los niños. También había llegado ya mi tía y se paró a escuchar lo que yo estaba contando; aunque mi tía no se quedó callada como mamá:

—Si esa zorra te pone la mano encima me lo dices a mí, que vamos a ver si se atreve conmigo — me dijo muy enfadada.

Y es que María tiene el mismo carácter impulsivo que tenía papá. Por eso mi madre sonrío un poco cuando la oye hablar así y porque sabe que es capaz de ir al colegio a darle una lección a esa monja. «Tienes el mismo carácter impulsivo que tu hermano», le dice siempre mamá cuando María tiene alguna salida de las suyas.

«Me gustaría que ese niño tuviera una tía como la mía», pensaba yo mientras mi tía seguía refunfuñando cosas sobre sor Antonia.

## Capítulo 8

Ya los días empiezan a ser más largos y ha llegado el calor. Cuando se va el sol mamá y María riegan las plantas y el patio y sacamos unas sillas bajitas y nos sentamos al fresco hasta la hora de hacer la cena. Mi madre se pone a coser y María, como sabe corte y confección, me está haciendo un vestido para cuando llegue el verano.

Los vecinos también vienen a sentarse con nosotras, Rosa y Valentín son muy amables, pero ahora lo están pasando muy mal porque sus tres hijos están en el frente. Los dos mayores son del partido comunista, luchan en el bando de los republicanos y luego está el más pequeño, que se hizo falangista y se pasó al bando de los fascistas. Por eso, cuando unos van ganando, sufren porque piensan en su otro hijo y, cuando van ganando los otros, les pasa al revés. «Esto es un sinvivir», dice siempre Rosa, suspirando y Valentín, su marido, calla y mira al suelo porque Valentín es como mamá: de los que siempre callan cuando se tocan temas delicados.

Sara también coge su silla y se sienta con nosotras, algunas veces viene su hijo Mauro que es de la CNT y lucha en la división de Cipriano Mera.

Mauro es muy guapo, tiene los ojos negros y brillantes y el pelo también negro y un poco rizado peinado hacia atrás, pero un mechón de esos rebeldes le cae siempre sobre la frente y Mauro se lo aparta con un gesto muy suyo... A mí me parece que estoy un poco enamorada de Mauro, pero él solo tiene ojos para mi tía. Solo hay que ver cómo sigue sus movimientos con esos ojos tan negros..., algunas veces cuando se pone a mirarla se le va el santo al cielo y hasta interrumpe lo que estaba diciendo. Pero mi tía no le hace caso, dice que es muy lechón para ella, que a ella le gustan los hombres hechos y derechos porque Mauro tiene veintitrés años y María va a cumplir treinta y cinco.

De todas formas, cuando viene Mauro, María me manda a la tienda de Dani a por un cuartillo de vino:

—Ángela, acércate a la tienda a por un cuartillo de vino que tenemos que invitar a los que están luchando por nuestra libertad —me dice siempre que llega, y yo voy corriendo porque no quiero perderme ni medio minuto de la conversación.

La tienda de Dani está enfrente de casa, es por un lado taberna y por el otro tienda y se entra por puertas distintas, pero por dentro están comunicadas por una ventanilla en el mostrador que es como la taquilla de los cines. Dani, que tiene la misma edad que Mauro, atiende la tienda y su padre el bar.

Mauro me cuenta muchas cosas de la guerra y de Tetuán de las Victorias:

—Cipriano Mera nació aquí, en Tetuán de las Victorias, como yo, y es albañil, como yo... bueno, yo soy ferrallista, pero es lo mismo, los dos trabajamos en las obras. Aquí en Tetuán casi todos son comunistas, algunos somos anarquistas de la CNT como Cipriano Mera y yo, y otros, muy pocos, falangistas como Gonzalo, el hijo pequeño de Valentín, que es de mi edad y siempre fue amigo mío y jugábamos en la calle y salíamos juntos hasta que le dio por escuchar al fascista de José Antonio. Yo no sé qué le vio, pero lo ha convencido del todo y ahí lo tienes: luchando contra nosotros, sus hermanos y sus amigos de siempre.

»Me da mucha rabia que esté con ellos porque Gonzalo era un buen chico, era mi mejor amigo, mi camarada. Jamás lo vi hacer daño a nadie y eso que era de los más fuertes de la calle o, tal vez, el más fuerte. Al revés, siempre era el defensor de los débiles, nunca permitió que se abusara de ellos.

»No lo entiendo, no entiendo lo que le pudo pasar a ese chico, si es que era más anarquista que yo y, ahora, ya ves, con los otros... Su padre y sus dos hermanos mayores le tenían que haber dado una buena paliza cuando apareció con aquella camisa azul y las insignias y todo ese rollo que se gastan los falangistas ¡Maldita política!

Y entonces Mauro se calla y bebe un trago de vino del porrón y yo miro cómo eleva el porrón hasta donde le llega el brazo y recibe el vino por un lado de la boca y luego por el otro, y para de beber con un giro rápido y elegante de muñeca.

Mi padre también estaba en la división de Cipriano Mera, eran muy amigos los dos. Cipriano venía muchas veces a cenar a casa y hablaban hasta la madrugada y nosotros, mi hermano Andrés y yo, los escuchábamos hasta que nos quedábamos dormidos en la silla con la cabeza apoyada en la mesa y nos llevaban en brazos a la cama y luego ellos seguían hablando hasta las tantas.

Fueron Cipriano y Lola los que vinieron aquella mañana a decirnos lo de papá.

Mauro conoció a mi padre, luchó con él en la toma de Guadalajara y en Sacedón y en Gredos. Mauro, cuando mamá se va a preparar la cena, me cuenta cosas de papá:

—Ángela, tu padre era el más valiente de todos, era mi comandante y el oficial más querido y admirado por todos. Era el primero en salir a la lucha y el que nos daba ejemplo... En Brihuega fue el que hizo correr a los italianos, que huyeron en desbandada cuando lo vieron avanzar tan enorme, con el fusil calado y esa mirada dura que ponía cuando defendía una causa justa, y todos nosotros tras él, gritando como locos.

»Una tarde, en el frente, estaba él en su tienda de campaña, sentado a la mesita plegable, liando el tabaco de picadura que le gustaba fumar y hacerse él mismo sus cigarros, guardándolos en la

petaca de cuero oscuro que siempre llevaba consigo.

—Camarada comandante, ¿puedo entrar? —le dije desde la puerta de la tienda.

—Sí, claro, Mauro, pasa. —Y una vez dentro, me ofreció uno de los cigarros que estaba liando y me lo encendió con el mechero de yesca y él se encendió otro—. Cuéntame, Mauro.

—Tengo que hablar contigo, mi comandante.

—Pero qué te pasa, hombre, que estás muy serio.

—Mi comandante, que tengo miedo —le dije—, que tengo mucho miedo de morir aquí tan joven y tan lejos de mi casa.

—Sí, Mauro, yo también... todos tenemos miedo, pero el verdadero valor de un hombre consiste en saber superar ese miedo para cumplir con su deber.

—Pero, ¿tú también tienes miedo?, comandante

—Sí, cada vez que entro en combate y estoy en la batalla entre el silbido de las balas y el ruido de los cañones me acuerdo de mis hijos y de mi mujer, pero tenemos que luchar por nuestros ideales, por lo que queremos, por nuestra libertad...

»Y yo, Ángela, me quedé más tranquilo porque vi en los ojos de tu padre que me decía la verdad y que comprendía perfectamente todo lo que me pasaba.

Mauro calla porque mamá y María han vuelto a salir para ir recogiendo las cosas. Es ya casi la hora de cenar, poco a poco los vecinos se han ido retirando. Mamá y María también entran en casa para ir preparando la cena.

—A tu padre no lo mataron los fascistas —me dice Mauro cuando nos quedamos otra vez solos —. Tampoco fue una bala perdida —continúa Mauro hablando casi en un susurro. Tiene la mirada clavada en el suelo, parece como si hablase para él, con palabras que le salen muy lentas, desde muy adentro—. A tu padre lo mataron los nuestros, por la espalda, cuando atacábamos al enemigo. Lo mató un cobarde que seguramente envidiaba su honradez, su valor, su coraje y su intransigencia con la indecencia y la maldad.

»Tú madre no quiere que hable de estas cosas, ella quiere olvidar, no desea saber porque, tal vez, no pueda soportar la verdad. Pero yo sí lo sé, yo estaba allí, vi como caía, fui el primero en llegar hasta él... Ya había muerto cuando llegué, estaba tendido de bruces. En su espalda se veía claramente el orificio de la bala que atravesó limpiamente su chaquetón de cuero y le partió el corazón.

»Lo mataron por la espalda, Ángela, pero nadie quiere saber nada de esto. Hasta Cipriano Mera guardó silencio cuando se lo dije a solas después del entierro. Me miró, con esa mirada tan dura y tan tierna que sabe poner, pero no dijo nada, solo me apretó el brazo con su manaza de albañil y se fue caminando con la cabeza baja, a lo mejor lloraba, no sé...

## Capítulo 9

Después de cenar María me dice que recoja los platos y los lleve a la cocina. «Qué raro», pienso, porque María nunca me pide que haga esas cosas. Mamá sí, algunas veces cuando está demasiado cansada, pero la tía jamás.

—Julia, he tenido noticias de mi madre —comenta cuando cree que no la oigo—. Queipo de Llano domina ya toda Andalucía y los fascistas están haciendo barbaridades, sobre todo los moros. La radio fascista anuncia la ley marcial y ha empezado la *limpieza política*. Con estas consignas han comenzado la venganza y la represión. En Córdoba, bajo el poder de Cascajo, impera el terror. — Aunque María habla muy bajito, yo, con mi oído de tísica, puedo escuchar todo lo que dice, me demoro en la cocina para no interrumpir la conversación—. ¿Sabes que han cogido a los asesinos de tu padre? Por lo visto, no solo mataron a tu padre, se cargaron a medio centenar de personas, la mayoría de ellas gente inocente como tu pobre padre que jamás habían perjudicado a nadie...

Se hace un silencio, mamá no dice nada, a lo mejor llora porque se acuerda del abuelo.

—La venganza ha sido terrible. Los legionarios se los han entregado a los moros para que hicieran con ellos lo que quisieran. —María continúa hablando, bajando aún más la voz y yo me tengo que acercar a la puerta para poder oír lo que dice—. No deseo la muerte que han tenido ni a mi peor enemigo. Me han dicho que primero los han emasculado, ya sabes, les han cortado todos sus órganos genitales y se los han metido en la boca y, después, sangrando como cochinos, los han ido apaleando hasta que han muerto...

—Son todos iguales —dice mamá—: los de un bando y los del otro. ¡Maldita guerra y maldita política que hace que los hombres se comporten como bestias! ¡Ángela! —me llama—, ¿qué haces tanto rato en la cocina? —Y dirigiéndose a María en un tono más bajo le dice—: Seguro que ha estado escuchando, esta niña lo oye todo.

Hace calor, es una noche calurosa. Después de cenar salimos al patio, allí nos volvemos a encontrar todos los vecinos. Nos buscamos entre el fresco de las plantas recién regadas y la noche que ya lo llena todo, nos buscamos en estos días de pánico tan inciertos, encontramos algún consuelo con la compañía. Estando juntos las bombas que probablemente vuelvan a caer esta noche no parecen tan amenazadoras.

También está Mauro, que se despide porque mañana muy temprano sale para el frente y quién sabe si volverá. María me manda a comprar vino para despedir a Mauro y yo voy corriendo como hago siempre para no perderme la conversación. Dani está cerrando la tienda y me despacha por la taberna, están los borrachines de costumbre, bebiendo sus chatos de vino.

—Espera —me dice Dani, cogiendo un buen puñado de arenques del barril—, yo también me voy a sentar un rato con vosotros, quiero despedirme de Mauro, no sabes cuánto siento no poder irme con él.

Dani no puede ir a la guerra porque es cojo, de pequeño tuvo una enfermedad y ahora una pierna la tiene inútil dentro del pantalón azul.

Dani, en vez de llenar el porrón que llevo yo, coge una garrafa de vino y se viene conmigo arrastrando su pierna mala. En la calle todavía están jugando algunos niños, juegan a la guerra, con unos palos largos simulan el ruido de los fusiles y otro tira piedras como si fueran granadas

rompedoras y es que la guerra lo invade todo, hasta los juegos de los niños en la calle.

Rosa y Valentín están tristes, no saben nada de sus hijos que están en el frente. Gonzalo, el pequeño, el falangista, está con los nacionales en el cerco de Madrid y los dos mayores deben de estar combatiendo en la raya de Francia para poder cruzar si las cosas se ponen mal.

Las noticias no son nada buenas, parece que perdemos la guerra, el Gobierno ya está en Valencia desde hace meses y Cipriano Mera también ha enviado a su familia a Valencia, pero él continúa luchando. «Peleará hasta el último aliento», dice Mauro, lo han tenido que convencer para que mandase a su familia a Valencia porque bastante han sufrido toda la guerra aquí, entre las bombas y las ausencias, que ya tienen derecho a un poco de tranquilidad.

Rosa llora discretamente y su marido está a su lado.

—Es terrible esta preocupación por los hijos, hermanos peleando contra hermanos. ¿Cuándo se ha visto semejante cosa? —dice Rosa sollozando. Valentín pasa su brazo por encima de los hombros de su mujer y calla. Es un hombre sabio que sabe que el llanto consuela y por eso la deja llorar sin decir nada, se conforma con hacerla sentir que él está a su lado. Yo también lo sé, sé que llorar es bueno porque a mí, que soy bastante llorona, me desahoga mucho llorar.

Valentín es un hombre callado, solo sus ojitos claros expresan sus sentimientos sin que él lo pueda evitar. «Ha tenido que ser un hombre muy guapo de joven», dice siempre mi tía, «con esos ojos que lo dicen todo».

Sara, la madre de Mauro, también llora, seguramente piensa en lo que le puede pasar a su hijo tan joven, en ese frente donde se dice que la lucha es cada vez más dura, que se pelea cuerpo a cuerpo, calle por calle, sin piedad hacia el contrario.

El vino solo lo beben los hombres, a las mujeres no les gusta ese vino tan recio y tan áspero de la taberna de Dani, pero Sara, la madre de Mauro, saca una botella de anís que tiene guardada para las ocasiones y también unas copitas pequeñas que reparte entre las mujeres.

—Bebamos —dice, llenando las copas—, bebamos para acallar esta tristeza que nos abruma.

Mi madre me deja mojar los labios en su copa. Está fuerte y dulce, produce una sensación muy rara: dulce al entrar en la boca y un calor que quema y rasca, a medida que baja hacia el estómago va provocando una especie de hormigueo que parece raro, pero al final resulta un agradable bienestar porque calienta y alegra y hace que todas las cosas malas que nos pasan en estos tiempos nos importen menos.

Mauro y Dani beben el vino levantando el porrón a la máxima altura que permiten sus brazos. Mauro se ha doblado las mangas de su mono por encima de los codos y yo miro sus brazos delgados, llenos de nervios y venas, «debe de ser muy fuerte», pienso mientras lo veo beber. Luego le pasa el porrón a Valentín, que bebe más pausadamente, como sin ganas.

Los hombres han terminado el vino y las mujeres sus copitas de anís, pero la conversación permanece más animada, sin la tristeza de antes. Entonces las mujeres se ponen otra copita y mi tía saca para los hombres la botella de coñac que guarda en el aparador del comedor y tres copas del juego que tiene también en el mismo mueble y les pone una buena copa a cada uno.

—¡Hombre! Esto sí que ya parece una celebración —dice Mauro.

—No sé qué celebramos, es una despedida —dice mi tía bastante seria—, hay poco que celebrar en estos tiempos que corren.

—Venga, mujer, no te pongas así; aunque enfadada estás más guapa todavía.

A Mauro, con el vino y el coñac, le brillan un poco los ojos y está más contento que de costumbre.

—Anda, anda, no bebas más que ya empiezas a decir tonterías.

Y mi tía le retira, jugando, la copa y la botella, pero enseguida se las devuelve con un gesto un poco triste como diciendo: «Toma, bebe lo que quieras, que tal vez mañana... Apuremos los pocos momentos felices que tenemos».

En el patio, entre el canto de los grillos y el frescor de la noche, se forma como una especie de armonía con las estrellas que nos miran desde arriba.

No sabemos si hoy vendrán los aviones y caerán las bombas otra vez, pero ahora nos encontramos bien todos juntos y no pensamos tanto en la guerra.

## Capítulo 10

Me acuerdo de Córdoba, de los domingos por la mañana, cuando mamá me despertaba, abría las contraventanas de par en par y en mi habitación entraba la clara luz de la mañana, la fragancia de las flores y el canto de los pájaros y yo me llenaba de alegría, pensando que tenía un hermoso día por delante, que mi padre y mi abuelo estarían en el jardín leyendo los periódicos y la abuela estaría cuidando sus plantas y mis hermanos desayunando los tejerings de los domingos en la cocina y las muchachas cantando las coplas mientras hacían las camas y arreglaban las habitaciones, y el hombre que venía vendiendo membrillo...

—Venga, dormilona, que tus hermanos ya están desayunando y tú en la cama todavía con el día que hace.

Mi madre me hablaba cariñosamente mientras abría las ventanas y me traía la bata que estaba en la silla.

Pero ahora no, ahora cuando me despierto y abro los ojos no veo la luz, tampoco hay nada que abrir, en mi alcoba no hay ventanas... Cuando ya me despierto del todo y soy consciente de dónde estoy no me viene ninguna alegría, solo la tristeza, la eterna tristeza que llega cuando me despierto y me acompaña todo el día como una fiel amiga porque ahora la tristeza es para mí eso: una especie de compañera que no me deja, que nunca se separa de mí.

Nada sé de mis hermanos, hace tiempo que no recibimos carta de Andrés. Es cierto que a mamá ya le han dicho que están bien, pero nos gustaría saber más cosas de ellos, si son felices, si los tratan bien, si siguen en el colegio y todo eso y muchas más cosas que, supongo yo, se preguntará mi madre, aunque ella no dice nada, calla y sufre y no puede disimular su tristeza y María tampoco puede evitar ese gesto como de amargura que tiene últimamente.

Ahora, en la cama, hace tiempo que estoy despierta, llevo un rato pensando en lo que me pasó ayer en el colegio cuando sor Narcisa me llamó al salir de clase antes de comer y fuimos a dar un paseo al jardín interior, un jardín privado al que solo pueden entrar las monjas. Es muy bonito, yo ya he estado alguna vez, tiene paseos entre los árboles y bancos en la sombra y dos fuentes, una con tres tazas y el agua cae desde la más pequeña de arriba hasta la grande de abajo y forma un estanque con peces de colores; la otra fuente hace una pequeña cascada de agua que baja entre las rocas con ese murmullo como el de los arroyos que bajaban por los Pedroches en Córdoba cuando llovía.

—¿Estás bautizada y has hecho ya la comunión? —me preguntó sor Narcisa mientras paseábamos.

—Sí, la hice en Córdoba cuando tenía ocho años y mi hermano Andrés, que tenía seis, la hizo conmigo. Papá no quería, porque decía que era libertario y agnóstico, pero mi madre y, sobre todo mis dos abuelas, se pusieron muy serias con él. «Bueno, haced lo que queráis, pero yo no pienso asistir a la iglesia», dijo, y no vino a la misa, aunque nos esperó a la salida con mi hermano Paquito que era muy pequeño y nos dio un beso y un regalo y nos fuimos todos a desayunar el chocolate con los tejeringos.

—Ángela, sé lo que le pasó a tu padre y a tu abuelo y lo siento mucho —me dijo sor Narcisa—. Lo habrás pasado muy mal, ¿verdad?

Y yo dije que sí, solo que sí, porque no me gusta hablar de eso y no quería que ella siguiera con esa conversación, por eso dije solo «sí» y después me quedé callada.

Sor Narcisa se sentó en un banco cerca de la cascada, se podía oír muy bien el agua que bajaba por las rocas que formaban la fuente, me dijo que me sentase a su lado.

—Ángela, ¿tienes pensado qué vas a hacer cuando seas mayor? ¿Te gusta alguna profesión en concreto?

—Me gustaría ser jardinera. —La verdad es que no había pensado mucho en eso y contesté lo primero que me vino a la cabeza.

—¿No te gustaría ingresar en el convento como novicia? Podrías enseñar a los niños, que lo haces muy bien, y sentirías a Dios más cerca. También podrías ser jardinera y cuidar las plantas.

—No sé, creo que no tengo vocación, me gustan los dulces y las películas...

—Claro, a todos nos gustan esas cosas.

—Y me gustan los chicos —dije un poco avergonzada con mi confesión.

A sor Narcisa se le escapó una de sus risas cristalinas.

—A mí también me gustaban cuando era jovencita y eso no está del todo mal porque nadie está libre de la tentación, lo importante es saber vencer al demonio que te provoca —me dijo todavía riéndose—. Mira, no hace falta que te decidas ahora mismo, hay mucho tiempo, tú piénsalo y, si después de pensarlo bien, quieres hacerlo dímelo, seguro que te podré ayudar. Creo que serías una buena monja, eres una niña inteligente y sensible que aportarías muchas cosas a la orden.

No quiero decepcionar a sor Narcisa, tengo mucho cariño a esa monjita dulce y afectuosa que se ha portado tan bien conmigo. Por eso no hago más que pensar en todo lo que me dijo y, por eso,

ahora al despertarme ha sido lo primero que me ha venido a la cabeza.

—Venga, arriba, dormilona, que ya tienes el desayuno preparado y tu tía te ha comprado unos bollos. —Mamá entra en la alcoba y con ella la luz de fuera, se sienta en la cama, me besa, me abraza y me dice—: Muchas felicidades.

Es verdad, no me acordaba de que hoy es mi cumpleaños, cumplo once años , además, como es domingo, mi tía y mamá no han ido a trabajar. Hago un poco de pereza en la cama. Pienso en mis hermanos, hace ya más de un año que se fueron y todos los días me acuerdo de ellos. También pienso en mamá, sé que ella piensa en los niños todos los instantes de su vida. Lo noto, lo puedo leer en sus ojos tristes, en esa mirada perdida en el infinito que tiene muchas veces.

Por fin me levanto, la tía está poniendo en la mesa las cosas para el desayuno.

—A ver esa mujercita de once años —me dice y me levanta en brazos y me llena de besos—. Hoy vamos a ir al cine para celebrar tu cumpleaños. Vamos a ver *El secreto de vivir* de Gary Cooper, que es el hombre más guapo que pisa la tierra.

Yo aplaudo porque me gustan mucho las películas, pero a mi madre no le parece del todo bien que gastemos ese dinero.

—No hay nada más que hablar, os invito yo. Está tarde, después de comer, nos vamos, que la película empieza a las cinco.

En el cine, cuando se apagan todas las luces, se abre el telón y suena la música, yo viajo a otro mundo, un mundo de ilusión donde no existen todos esos problemas que nos acosan, donde la vida pasa de otra manera y me meto en los personajes y vivo con ellos sus alegrías y sus tristezas. Sí, será verdad que soy una fantástica como me dice mi tía María, pero ahora, sentada a mi lado, la miro de reajo y veo por su expresión que ella también está viviendo al máximo la película, ríe con ganas las cosas graciosas y llora cuando vienen las escenas tristes... Tendrá razón mi madre cuando dice que somos iguales.

La película es muy emotiva, Gary Cooper vive en una pequeña ciudad y toca el trombón, allí es feliz y no necesita nada más, pero hereda mucho dinero de un tío suyo y entonces tiene que ir a Nueva York y allí empiezan a pasarle muchas cosas, su vida cambia por completo y se enamora de una periodista muy guapa. ¡Qué guapas son las chicas en América! Aquí, en España, no se ven chicas así. Y es verdad que Gary Cooper es muy guapo, aunque a mí me parece un señor mayor, me gusta más Mauro.

Pasan muchas cosas, pero a él lo acusan de loco y le quieren quitar todo el dinero y meterlo en un sanatorio. Además, en el juicio, él no quiere defenderse porque está decepcionado pensando que la chica se ha reído todo el tiempo de él y lo ha utilizado para escribir esos artículos donde lo pone como si fuera un tonto. El juicio va a terminar y los jueces admiten que está loco y están dispuestos a encerrarlo en el sanatorio mental, pero entonces la chica sale en su defensa y lo explica todo y confiesa que está enamorada de él y a partir de ahí cambia todo, él se defiende de todas las acusaciones y lo hace tan bien que los jueces le dan la razón y todo termina felizmente. Estos momentos finales son los más emotivos, donde se nos escapan algunas lágrimas, a mi tía también, solo mamá permanece impassible porque nunca se cree lo que ve en el cine, dice que son solo películas, fantasías, que esas cosas no ocurren en la vida real.

Salimos del cine mi tía y yo muy emocionadas, hablando por la calle de las escenas que hemos visto, describiéndolas con todos sus detalles y riéndonos y llorando de nuevo al recordarlas y mi madre que calla, aunque parece contenta viéndonos a las dos tan animadas.

—Ángela, ¿estás ya dormida? —me pregunta mi madre cuando estamos ya en la cama.

Mamá y yo dormimos en la misma cama en la alcoba, aunque mi tía insiste en que ocupemos su habitación, pero mamá dice que no, que de ninguna manera, que solo faltaría eso con todo lo que está haciendo ya por nosotras.

—No, mamá, todavía no me he dormido —contesto en la oscuridad de la alcoba.

—¿Lo has pasado bien hoy, hija?

—Sí, mamá, ha sido un día maravilloso, estoy muy contenta, hacía tanto tiempo que no lo pasaba tan bien. Y qué bonita la película. ¿Te ha gustado?

—Sí, Ángela, ya sabes que el cine es una de las cosas que más me gustan porque las películas, si son buenas, te sacan de la cruda realidad y te permiten vivir, aunque sea solo unas horas, otras vidas, otros mundos casi siempre más amables que este nuestro de ahora.

—Pero si siempre dices que no te las crees, que la tía y yo somos unas ingenuas cuando nos emocionamos tanto con lo que pasa en la pantalla.

—Sí, no me las creo, pienso en todo momento que es una fantasía, pero me dejo llevar por las historias que cuentan, por la belleza de las imágenes y disfruto viendo esas mujeres tan hermosas y tan bien vestidas. En fin, todas esas cosas que aquí no podemos ver.

—Oye, mamá, ¿a ti quién te parece más guapo, Gary Cooper o Mauro?

—¡Qué cosas preguntas! No lo sé, Mauro es todavía un chico muy joven y Gary Cooper es ya un hombre más hecho, más cultivado, se nota en sus ademanes. Además son muy distintos, Mauro moreno y de mirada oscura y Gary Cooper con los ojos claros y esa mirada tan tierna. ¿A ti quién te gusta más?

—Mauro me gusta mucho más, me parece el chico más guapo que he visto nunca.

—Ya veo, ya veo cómo lo miras cuando habla —dice mamá riéndose en la oscuridad.

—Oye, mamá, ¿a ti te gustan los chicos?

—Bueno, cuando tenía tu edad o un poco más, sí que me gustaban algunos chicos de mi barrio casi siempre mayores que yo, pero luego conocí a tu padre y ya no me fijé en nadie más.

—¿Por qué? ¿Te enamoraste de él nada más verlo como en las películas de amor?

—No, exactamente, antes de hablar con él ya lo había visto por Córdoba, pero no me enamoré de él. Es cierto que era un hombre muy guapo, tan alto, tan rubio, tan fuerte y, sobre todo, parecía tan seguro de sí mismo cuando lo veía andar por la calle o hablar con otros chicos. Pero era bastante mayor que yo, yo era solo una cría de dieciséis años que no podía ni imaginarme que un hombre así se fijase en mí.

—Entonces, ¿qué pasó después?, ¿cómo os conocisteis?

—En aquella época, en Córdoba, la gente de nuestra sociedad nos conocíamos cuando nos presentaba un conocido común. A tu padre me lo presentó una compañera del colegio durante una fiesta que dio en su casa. Aunque tu padre me confesó después que fue él quien le pidió a nuestra amiga que nos presentase.

—¿Sí? Y... ¿qué pasó luego?

—Nada, salimos al jardín y paseamos, charlando. Tenía una voz profunda que sonaba a música cuando hablaba con suavidad y con ese acento cordobés..., yo creo que el acento de Córdoba cuando lo habla un hombre bien educado es el más bonito que existe. Y yo que no podía apartar mis ojos de él, me cautivó, desde entonces no he vuelto a mirar a otro hombre, no puedo, no existe nadie como él.

»Era un idealista que creía en la igualdad de los hombres y en el derecho de todos los seres humanos a vivir en libertad sin ser oprimidos ni explotados por nadie. Detestaba a los fascistas, pero también a los comunistas porque unos y otros solo quieren someter a los hombres.

»¿Te acuerdas de Melchor Rodríguez?

—Sí, me acuerdo cuando venía a casa y papá y él se quedaban hablando hasta la madrugada.

—Bueno, pues tu padre pensaba como él, también decía que se puede morir por los ideales, pero nunca matar por ellos. Los dos pelearon contra las sacas, los asesinatos y las vejaciones que practicaban los comunistas. Tu padre estuvo con él en Alcalá de Henares, cuando los milicianos comunistas querían linchar a algunos presos y entraron en la cárcel. Los dos se jugaron la vida pero consiguieron impedir el linchamiento. Tu padre era un verdadero anarquista que dedicó su vida a defender a los débiles y a los indefensos...

—Sí, y así le fue —grita mi tía que lo está escuchando todo desde su habitación—. Por eso los comunistas lo odiaban, especialmente Santiago Carrillo y Cazorla y por eso pasó lo que pasó —continúa diciendo mi tía, que se ha levantado para sentarse con nosotras en nuestra cama.

—Entonces, ¿es verdad eso que dice Mauro que a papá lo mataron los nuestros por la espalda? —pregunto yo, que no he dejado de pensar en eso desde que me lo contó Mauro.

—Él estaba allí y sabe perfectamente lo que pasó. Es imposible que una bala disparada desde las trincheras enemigas a un hombre que avanza hacia ellos le entre por la espalda. Y Melchor —continúa María— no sé cómo aún está vivo. ¿Cuántas veces lo han querido matar? Mira cómo quedó el coche la última vez, lleno de agujeros de bala. Es un verdadero milagro que pudiera salir vivo de ahí.

Mi tía habla con rabia, apretando los puños sobre la cama, convencida de que eso fue realmente lo que pasó, sus recuerdos son tan crudos que un llanto sordo le impide seguir hablando y tiene que callar.

—María, no debemos darle más vueltas a eso, no podemos hacer nada. Mira que ni siquiera Cipriano lo mencionó cuando vino a casa ni tampoco en el entierro.

—¡Cobardes! —insiste mi tía con la voz rota por el llanto—, y ahora han huido todos. Aquí han dejado al pobre Melchor como alcalde para entregar Madrid a los fascistas y al ingenuo de Besteiro que es el único honrado de todos ellos.

»¡Ay, Dios mío! ¿Este es el mundo que quería mi hermano? Que nos matemos unos a otros, incluso a los de tu propio bando. ¿Qué hace la foto de Stalin en la puerta de Alcalá? ¿Qué homenaje merece un criminal que ha segado millones de vidas?... Cazorla, Carrillo, miserables asesinos que sacan a los hombres de los calabozos, incluso niños y ancianos, y los matan sin un juicio, sin nada que lo justifique, si es que hay alguna razón que pueda justificar la muerte de un hombre a manos de otro. ¡Malditos sean los que lo hacen y los que lo mandan hacer, que son aún peores!

Mamá y yo escuchamos su voz que se eleva entre la rabia y las lágrimas y callamos porque pensamos que tiene razón, que es verdad todo lo que dice, que esto es un infierno, una desolación sin ley, que desaparecen las personas de la noche a la mañana y ya nadie vuelve a saber nada de ellas. Nada es seguro y, lo peor, es que no sabemos qué va a pasar, cuándo va a terminar todo esto.

—¿Esta es la sociedad justa e igualitaria por la que luchó y murió mi hermano? No, mi hermano no buscaba esto, mi hermano quería otra cosa, quería un ideal imposible. Por eso está muerto y por eso nosotros, los que quedemos si es que quedamos alguno, por eso nosotros tenemos que trabajar, que luchar, si es necesario, para que este horror no vuelva a ocurrir, para que ningún asesino escape impune de su crimen y para que todos condenemos esos actos y la ley persiga hasta donde sea a los asesinos.

Calla María, llora, sonándose la nariz con el pañuelo que lleva en la manga del camisón, mamá se incorpora y la consuela y yo también la abrazo sin decir nada porque me da mucha pena ver llorar así a mi tía María.

## Capítulo 11

Otro invierno largo y frío, parece que son así todos los inviernos en Madrid. No como los de Córdoba, aunque algunos días hacía frío, duraba muy poco, enseguida venía el buen tiempo y el calor.

Hoy está nevando, cae la nieve cuando voy al colegio, nieva en el patio a la hora del recreo, sigue nevando a la salida. La nieve ha cubierto las calles, pero ahora nadie tiene ganas de jugar con la nieve, no es como el primer año en Madrid que nevaba como hoy y mis hermanos y yo salíamos a jugar y había muchos niños jugando con la nieve. Andrés y yo hacíamos bolas y nos las tirábamos y después salió papá y entre todos hicimos un muñeco enorme de nieve y todos los niños que jugaban en la calle vinieron para ayudarnos y papá le dijo a mi madre que nos diera una zanahoria para hacer la nariz del muñeco y mamá protestaba, pero al final nos la dio y ella también se puso a terminar los últimos detalles del muñeco. Después, como era la época de Navidad, nos pusimos a cantar villancicos; aunque a papá no le gustaba mucho eso de los villancicos y por eso él no cantaba, pero bien que reía viendo cómo todos los niños cogidos de la mano dábamos vueltas alrededor del muñeco y Paquito que también bailaba con sus piernitas cortitas, tapado con la bufanda que le había puesto mamá, que solo se le veían los ojos. Al final mi madre nos metió a todos en la bañera llena de agua caliente y nos hizo un chocolate para entrar en calor. Aquellos eran los buenos tiempos, los tiempos felices, pero hoy no, hoy todo es triste, hoy nadie tiene ganas de jugar en la nieve. En realidad hoy nadie tiene ganas de jugar a nada, solo el hambre que siempre está ahí, todos los días nos acompaña fiel desde que nos despertamos hasta que por la

noche nos llega el sueño. Mi tía dice que los niños que han nacido en Madrid durante esta guerra no saben lo que es no tener hambre, que el hambre es una sensación que han tenido desde que nacieron. También están las bombas que siguen cayendo cada vez con más insistencia, aunque ya no se lucha en las trincheras, pero los milicianos continúan allí. Mauro hace mucho que no viene por casa, de todas formas da igual porque ya no podemos salir al patio por el frío.

De camino a casa la nieve me llega hasta los tobillos, al final los pies se me han quedado helados. En casa mamá me está esperando con una toalla para secarme el pelo, luego calienta agua y los pies se van calentando poco a poco y un agradable bienestar me llena y me conforta. ¡Qué bien tener a mi madre siempre a mi lado! Ya no tiene que ir al sindicato porque lo cerraron el otro día. La mayoría de los jefes han huido hacia Valencia y Alicante. Ahora ella está siempre en casa y me despierta por la mañana y, a veces, me acompaña al colegio.

De momento no tenemos nada para cenar, mamá me mira con esa mezcla de tristeza y ternura que tanto me apena.

Enseguida llega mi tía, trae un puñado de garbanzos y un trozo de tocino que mete en el agua para quitarle la sal.

—Mañana que es domingo haremos unos garbancitos con el tocino, nos vamos a chupar los dedos —dice, poniendo a remojo los garbanzos.

También saca del bolso un buen trozo de pan y una bolsita con té y se pone a calentar agua para preparar la cena.

—Julia, pon la mesa y prepara unas tazas que hoy nos vamos a ir a dormir con algo caliente en el estómago.

Se la ve contenta, no sabemos de dónde habrá sacado todas esas golosinas, pero no queremos preguntar para no romper el encanto de este momento.

La casa está helada, no tenemos con qué calentarla, por eso últimamente nos acostamos las tres juntas en la cama de la tía. Allí, entre las mantas y con el calor de nuestros cuerpos, no tenemos frío.

Siempre decimos «esta noche no vamos a charlar, que mañana tenemos que madrugar», pero al final nos quedamos charlando hasta las tantas, alguna vez me he quedado dormida y ellas seguían hablando y luego me da rabia porque no me he podido enterar de lo que dicen.

Mi madre ya no va a las oficinas del sindicato, pero se levanta antes que yo para despertarme y prepararme algo de desayuno, cuando hay algo. Pero María sí que tiene que ir al taller. Todos los días se levanta a las seis de la mañana porque muchas veces no funciona el metro y tiene que ir andando hasta el taller, que queda bastante lejos de casa. Pero, a pesar del madrugón, es ella la que siempre saca tema de conversación y la que más habla. Dice que cuando se acuesta con el estómago vacío se le quita el sueño y que hablando se le olvida el hambre.

Lo peor es que ahora habla siempre del mismo tema, está obsesionada con la guerra, con lo que están haciendo los fascistas en Andalucía, con los fusilamientos de las checas en Madrid, con las sacas de los presos... menos mal que Melchor las ha prohibido. Por eso dice la tía que Carrillo lo odia, pero Carrillo ya se ha ido y ya no le puede hacer nada.

«No queda tierra para tantos muertos», repite mi tía una y otra vez, es como una letanía que no puede quitarse de la cabeza, pero nosotras no le seguimos la conversación, callamos porque no queremos que empiece a llorar como el otro día. Nunca, jamás había visto a mi tía María tan triste. Mamá dice que está deprimida, que al final los nervios le han fallado, no ha podido soportar tanto dolor, tanto sufrimiento a su alrededor.

Yo no sé muy bien lo que significa depresión, pero debe de ser algo muy malo para que una persona tan fuerte como ella, que siempre lo mira todo como si no tuviera importancia, haya caído en esta desesperanza que la domina, que no la deja pensar en otra cosa, en esa falta de ilusión por todo. Ya no le gusta el cine... el cine que es lo único que nos puede consolar un poco. Bueno, pues ya no le gusta nada. Antes en el cine se nos olvidaba hasta el hambre que estamos pasando. Casi siempre nos acostamos sin cenar. A mí me dan de comer en el colegio, cada vez menos y cada vez peor, pero, al menos, como algo caliente porque mi madre seguro que la mayoría de los días se queda sin comer, aunque no lo reconoce.

—¿Qué has comido hoy, mamá? —le pregunto todas las noches para ver si la pillo.

—No me acuerdo, he picado algo de lo que había por ahí —me contesta siempre, sin mirarme, para que no lea en sus ojos que miente y eso que ella siempre nos decía que no hay que mentir, que nunca se miente, pase lo que pase... Bueno, pues ya ves en que ha quedado la cosa, ella es la primera que no cumple con lo que predica.

Pero si es que ella es así, nunca se queja, jamás la he oído quejarse como hacemos mi tía y yo. Ella siempre calla, se lo guarda todo. En eso mis hermanos Andrés y Paquito se parecen un montón, son iguales, aguantan sin rechistar lo que les pase como si no fuera con ellos. Parece mentira, con lo que consuela quejarse un poco, compartir los problemas con otra persona y que te consuelen y te comprendan.

Ya está hirviendo el agua, mi tía vierte el agua humeante en el té y el dulce olor lo va llenando todo. También han tostado el pan que huele aún mejor. Tomamos el té, agarrando la taza caliente con las dos manos, el calor y el vapor que desprende la taza nos reconforta en medio de la casa helada. Mientras, vemos a través del ventanal y de las cristaleras de la puerta que sigue nevando afuera, que el patio está cubierto por una densa capa de nieve y los rododendros parecen setas gigantes y blancas con las anchas copas cubiertas de nieve.

—Tía, ¿sabes algo de Mauro? —le pregunto para que no empiece otra vez con lo de los muertos y también porque tengo muchas ganas de tener alguna noticia de Mauro.

—No, hace unos días que no veo a Sara, como ahora con este frío no salimos nunca al patio... Mañana, que es domingo, pasaré a saludarla y le preguntaré por su hijo. Que ya veo que tienes mucho interés en Mauro. Qué, te gusta el chico, ¿no?

—Es muy guapo, pero él está enamorado de ti.

Mi tía se ríe con esa risa suya como la que tenía antes.

—Pero no digas tonterías —me dice sin poder dejar de reír—, si para mí es un niño, le llevo más de diez años. ¿Qué pareja conoces tú que la mujer le saque al hombre diez años? Nunca me he fijado en él como un posible novio, ni siquiera como hombre, si lo he conocido siendo un mocoso de pantalón corto jugando en la calle con los otros chicos. Mauro para mí es solo un joven vecino

cuya madre es encantadora y a los dos los aprecio mucho, pero como amigos y vecinos, sin ningún otro tipo de complicaciones... Así que no tienes que preocuparte porque yo nunca seré tu rival, tienes todo el camino libre para ti.

—Oye, tía, ¿tú has estado enamorada alguna vez? —le pregunto insistiendo en estos temas para que no empiece con el rollo de la guerra y todo eso y al final se ponga triste y lllore.

—El amor..., no hay nada más inútil. Ya me dirás para qué sirve el amor, a las mujeres las vuelve bobas y a los hombres los hace cobardes y egoístas..., para eso sirve el amor.

—Pero María, no le digas esas cosas a la niña ¿no ves que es muy joven y puede interpretar mal tus palabras? Ella está entrando en la vida, tiene toda la vida por delante, deja que sea ella la que decida. Además no le hagas caso, Ángela, porque sí que estuvo enamorada y muy enamorada, por cierto, pero yo no conozco bien la historia. ¿Por qué no nos cuentas la historia de tu gran amor, María?

—Sí, tía, por favor, cuéntanos —insisto yo con mi terrible curiosidad a flor de piel, picándome una barbaridad.

—Pero ¿qué voy a contar?, si fue una tontería, una cosa de chiquillos que no tuvo mayor importancia.

—Venga, tía, cuéntanos cómo lo conociste y cómo llegaste a enamorarte de él.

—Lo conocí siempre, desde donde me llega el recuerdo, porque éramos vecinos, él era tres años mayor que yo y ni siquiera me miraba. Yo para él era una cría, una niña pequeña, pero a mí me gustó siempre, ahora ya sé por qué me gusta tanto Gary Cooper, es porque Luis se parecía mucho a él. ¿Verdad que sí, Julia?

—Sí, ahora que lo dices es cierto, tenía los mismos ojos y esa expresión seria, inocente y también burlona..., la verdad es que era muy guapo —contesta mamá muy entusiasta, yo creo que lo hace para que la tía se anime y continúe contándonos la historia, mamá la conoce muy bien.

—Sí, tengo que reconocer que era muy guapo y él también lo sabía bien porque las chicas ya se encargaban de que lo supiera acosándolo continuamente. Precisamente ese atractivo suyo era lo que más me hizo sufrir durante nuestra relación.

—Y ¿cuándo empezó a fijarse en ti?

—Creo que todo empezó un día que nos vimos en las Tendillas. Yo tenía catorce años y ya era tan alta como ahora. Iba con unas amigas por la plaza y nos cruzamos con él, que venía con un grupo de amigos y, como me conocía porque vivíamos en la misma calle, empezaron a gastarnos bromas y a meterse con nosotras, «mirad qué vecinita tan guapa tengo», les decía a sus amigos en plan de guasa. Y nosotras, claro, encantadas de que unos chicos mayores y tan guapos nos hicieran caso.

»Después mis amigas se fueron marchando a sus casas y nos quedamos solos él y yo. Por el camino me fue contando cosas ya más en serio y yo lo escuchaba extasiada como si él fuera un profeta, sin atreverme a interrumpir, creyéndome a pies juntillas todo lo que me decía, que debían de ser unas trolas como el edificio de la Telefónica de grandes porque ahora ya sé que todos los hombres mienten como bellacos cuando quieren conquistar a una chica.

—¿Es verdad eso, mamá? —le pregunto a mi madre porque me parece que mi tía cuando habla de los hombres en ese plan no es del todo justa. Mauro, por ejemplo, nunca dice una mentira... Claro, que él tampoco habla conmigo para conquistarme.

Pero mi madre tarda en contestarme, la miro y veo que está en otra parte, con la mirada fijada en el interior de la taza de té con esa expresión tan triste que tiene siempre desde hace un tiempo.

—Ah, no, no le hagas caso a tu tía, ya sabes que es un poco exagerada —me dice, por fin, volviendo de aquel lejano lugar donde estaba.

—Pero sigue, tía, por favor, ¿estabas ya enamorada de él? —pregunto temiendo que mi tía no siga contándome la historia porque se ha quedado muy callada y, como ahora está así, a lo mejor se pone a llorar y ya no me cuenta nada más.

—¡Qué va! ¿Cómo iba a estar enamorada de él? Si era una mocosa de catorce años. A esa edad una no se enamora, se fascina, se muere de admiración, se siente halagada porque un chico mayor y tan guapo le preste atención, pero enamorada no, el amor es otra cosa.

—¿Qué es el amor?, tía.

—¡Ay, qué pesadita estás con tanta pregunta! ¿Quién puede saber lo que es el amor? El amor es una emoción que cada persona siente de una manera particular, distinta a las demás. Por eso nadie puede explicarle a nadie y menos a una mocosa de diez años lo que es el amor..., ya tendrás tiempo de averiguarlo tú misma y sufrirlo y olvidarlo porque sí que hay una cosa que sabemos sobre el amor, no sabemos cómo viene ni por qué, pero lo que sí sabemos es que si se va ya no vuelve nunca, si se va, se va para siempre.

—Oye, que ya tengo once años... Pero entonces, tía, ¿cuándo te enamoraste tú de él? —pregunto para que mi tía siga contándome su historia y deje de decir todas esas cosas sobre el amor que yo, la verdad, no llego a entender muy bien lo que quieren decir.

—Bastante después. Como éramos vecinos nos veíamos con frecuencia y hablábamos mucho rato cuando coincidíamos en algún sitio. Yo lo buscaba y procuraba coincidir con él, aunque me hacía la tonta como si fuera una casualidad porque me horrorizaba que él pudiera pensar que lo perseguía, pero ahora ya sé que él se daba perfecta cuenta de mis infantiles maniobras y debía de pasarlo muy bien a mi costa.

»Un día me paró en la calle y me preguntó si quería ir con él a la fiesta del Círculo de la Amistad y yo me quedé muda, mirándolo como una tonta sin saber muy bien qué decir... “Tendré que preguntárselo a mis padres”, le dije y salí corriendo para que no me viera los colores que se me habían subido a la cara de pura emoción. Los bailes en el Círculo eran los más selectos de la ciudad, solo podían asistir los socios y los invitados por los propios socios. Allí se reunían las damas más distinguidas de Córdoba y sus hijas, que procuraban competir en elegancia con sus madres y con las otras chicas. Mi madre, que era muy amiga de Dolores, la mejor modista de Córdoba, me llevó a su taller para que me hiciera un vestido adecuado para la fiesta.

—Ese es el taller donde luego aprendiste tú a coser, ¿verdad, tía?

—Sí, pero eso ya es otra historia. Lo cierto es que Dolores me hizo un vestido precioso que me sentaba de maravilla porque yo a los diecisiete años tenía una figura muy esbelta, mucho más que ahora que las carnes están empezando a ponerse flojas de comer poco y mal.

—¿Cómo era el vestido?

—Era vaporoso, de encaje, de un color gris ceniza que se me ajustaba al cuerpo y caía como solo caen las telas de la mejor calidad que han sido tratadas y trabajadas con el mayor esmero y primor. Luis me dijo que era la chica más guapa de la fiesta y debía de tener algo de razón porque las otras me miraban con cara de envidia y más de una me preguntó dónde había comprado el vestido.

»Fue una tarde maravillosa, él solo se fijaba en mí, salimos a pasear por aquellos jardines y me cogió la mano para decirme todas esas cosas que son pura mentira, pero que a las chicas nos gustan tanto y nos vuelven bobas..., me imagino la cara de boba que llevaría yo paseando con él por los jardines trastornada por tanta felicidad.

—¿Y te besó como en las películas?

—¡Pero, niña, qué verde has salido! ¿Has oído, Julia, lo que pregunta tu hija?

—Sí lo he oído, y no te extrañe, un poco de culpa la tienes tú con tanto cine de amor. Ángela, es mejor que bebas el té despacio, así se te calmará el hambre; aunque si seguimos aquí nos vamos a quedar heladas. ¿Por qué no nos metemos en la cama? Estaremos mejor entre las mantas y podrás seguir contándonos.

—Venga, sí, tía, por favor, sigue contándonos en la cama.

—Bueno, pero antes ponte el pijama y lávate los dientes.

Mi tía nos ha hecho unos gruesos pijamas de franela que son muy cómodos y abrigan mucho. Mamá con el pijama y el pelo suelto parece casi una niña, sigue cepillándose el pelo por las noches, aunque dice que se lo quiere cortar.

Nos metemos en la cama las tres, yo en el medio como siempre.

—Venga, tía, sigue contándonos que esas historias tan bonitas me quitan el hambre.

Mi tía se ríe con ganas de mi ocurrencia, pero mi madre se queda aún más triste que antes. Me parece que es porque le da mucha pena oírme decir que tengo hambre. La próxima vez tendré más cuidado, no quiero ver triste a mamá.

—Poco queda por contar —dice mi tía cuando deja de reír—, después de ese día nos hicimos novios, nos veíamos todos los días y paseábamos por Córdoba, buscando calles solitarias para poder cogernos la mano y todo eso... ¡Qué tontos éramos! Y yo la que más porque aquello para mí era un sinvivir, cuando estaba con él solo pensaba en que pronto se iría y cuando no estaba no podía pensar en otra cosa que en él.

»Y eso es el amor, ni más ni menos, un sinvivir, un estado de ansiedad permanente pensando en la ausencia del otro, una ansiedad que no te permite llevar una vida normal, estudiar, trabajar, salir con tus amigas... Solo él y nada más que él porque él es el centro de todo tu mundo, es como el sol para los planetas, que sin él no hay luz ni calor ni vida... Y lo peor es que duró más de dos años, dos años de mi vida completamente perdidos en Babia... ¡Qué tonta fui!

—Pero ¿por qué se acabó tan pronto? ¿Qué pasó, tía?

—Pues eso es otra historia que demuestra bien lo que yo digo, que el amor es una tontería, una insensatez de la que hay que huir como de la peste. Se acabó porque esas cosas no duran, porque siempre uno de los dos se aburre o conoce a otra persona o tiene otras cosas mejores que hacer que andar todo el día como un tonto borracho de amor... Por eso se acabó.

—Sí, pero ¿qué pasó?

—¡Ay, hija, qué pesadita eres, deja a tu tía en paz! ¿No ves que a lo mejor no le gusta hablar de eso, que son cosas tristes y bastante tristeza tenemos ya?

—No, no me importa, eso ya está olvidado. Pasó lo que tenía que pasar, que el amor se fue como había venido y a mí, que seguía enamorada, me tocó sufrir. Entonces la ansiedad que sentía cuando él me correspondía con su amor se transformó en tristeza, en dolor, en un profundo sufrimiento que a mí por aquellos días me parecía imposible de superar cuando él dejó de amarme.

»Cuando murió mi padre, tu abuelo Andrés, las cosas en casa empezaron a ir mal. Tu padre aún estaba estudiando y el dinero no llegaba para mantener el ritmo de vida que teníamos cuando vivía nuestro padre. Mi madre tuvo que vender la casa donde habíamos vivido siempre y nos trasladamos a otra casita en un barrio más modesto, que es la casa que tú has conocido y donde ahora sigue viviendo tu abuela Rafaela.

»Aunque en Córdoba las distancias no son como las de aquí, nuestro nuevo barrio quedaba bastante alejado. De todas formas, al principio, recorríamos con gusto la distancia que nos separaba para seguir viéndonos todos los días, pero yo tuve que ponerme a trabajar y entré en el taller de Dolores para aprender corte y confección. Como ya te he dicho antes, Dolores era la mejor modista de Córdoba y era también muy amiga de mi madre y se portó realmente como una buena amiga enseñándome todo lo que sabía con paciencia y cariño, además me pagaba un pequeño jornal que fue creciendo a medida que yo aprendía y podía ayudar más en el taller. Con ella aprendí todo lo que sé, gracias a ella tengo ahora este trabajo en Madrid, porque fue ella la que me lo consiguió.

»Pero como yo tenía menos tiempo y vivía mucho más lejos, él se cansó de recorrer a diario la distancia que nos separaba. Algunos días venía a buscarme al taller, pero yo no podía salir siempre a la misma hora porque si había que terminar un encargo urgente nos teníamos que quedar y él se cansaba de esperar en la esquina.

»Recuerdo que era invierno, que fue un invierno muy frío porque en Córdoba, aunque tiene fama por el calor, cuando hace frío lo hace de verdad. Ese invierno fue extremadamente frío, como este que estamos pasando ahora en Madrid. El caso es que cada vez nos veíamos menos y yo sufría todo el día pensando en él. Algunas veces me asaltaba el llanto mientras estaba cosiendo y me tenía que refugiarme en el cuarto de baño para que las demás no me vieran llorar.

»Mis amigas, con las que seguía viéndome de cuando en cuando, guardaban un extraño silencio cuando les hablaba de él y yo empecé a sospechar, cosa que jamás se me hubiera ocurrido unos meses antes. Me escapaba del trabajo con excusas para ir a espiarlo, me escondía en los portales, en las esquinas... Pasaba horas acechando en la puerta de su casa o en la academia donde estudiaba o en el negocio de su padre. El caso es que, poco a poco, fui abandonando mis obligaciones. Tuve mucha suerte porque Dolores se portó muy bien conmigo, me lo perdonaba todo, Un día habló con mi madre para preguntarle qué me pasaba, que estaba muy rara y muy

triste. Mi madre, que debía de saberlo todo y lo que no sabía se lo imaginaba, la puso al día de mi desdichado amor.

»Al final todos mis desvelos dieron su fruto, una de las veces vi que en la puerta de la academia lo esperaba Rosa, una amiga mía que durante un tiempo fue mi mejor amiga; aunque nos habíamos distanciado un poco, precisamente cuando comencé a salir con Luis. Cuando él salió se fueron juntos, yo los seguí, vi cómo se cogían felices de la mano, cómo se miraban y se sonreían. Los seguía con los ojos velados por las lágrimas y un espantoso dolor que me partía el corazón... Creo que nunca he sufrido tanto como aquel día en el que todo mi amor se derrumbó.

## Capítulo 12

No tenemos nada para comer, la sensación de hambre no me deja nunca. En el colegio las monjas ya no nos pueden dar nada, no tienen nada que darnos. El pan hace tiempo que no lo probamos. Hoy hemos comido un plato de lentejas, bueno, un plato de agua caliente con algunas lentejas medio podridas flotando en el líquido. Hemos comido en silencio, nunca el silencio ha sido tan tremendo en el comedor como hoy. Algunos niños se han desmayado en la fila, desfallecidos por el hambre.

Cuando llego a casa veo que hoy tampoco hay nada para cenar. Un rato después viene mi tía, no trae nada, no hay nada que traer, en las aceras no crecen lechugas ni tomates, en las aceras de la ciudad no crece nada.

Pienso en mamá, yo por lo menos como algo caliente en el colegio y la tía dice que pica algo por ahí, pero mamá siempre está aquí, no tiene nada, desde hace unos días ya no va a la oficina porque está cerrada, en la tienda de Dani no queda nada, ni vino. Hace unos días que cerraron las puertas y bajaron las persianas. En la calle no hay nadie, solo las bombas, los obuses..., de vez en cuando, se oyen disparos por la parte del Paseo de la Dirección y de la Ciudad Universitaria. El otro día oí a Valentín decir que la gente se muere de hambre en la calle, que en la estación del metro de Cuatro Caminos un hombre cayó desfallecido en el andén.

Pero mi madre no se queja nunca, me mira y me acaricia el pelo sonriendo y yo la miro muy triste porque está cada vez más delgada, solo tiene ojos y pómulos y esa boca tan bonita que siempre ha tenido con los dientes tan blancos ahora es muy grande y los dientes también son más grandes y más blancos. Antes podía guardarle un trozo de pan de la comida, pero ahora no, ahora, ya lo he dicho antes, no nos dan pan y las lentejas no se pueden guardar. Se me está ocurriendo una idea: voy a coger una botella, una lata o algo así y mañana guardaré un poco de comida para mamá.

—Toma, Ángela, bebe un sorbito de vez en cuando y verás cómo se te va pasando el hambre. — Mamá me da un vaso de agua de la buena, de la del botijo, que es de Lozoya y está muy rica.

Bebo un poquito, el agua está fresca y dulce. Es verdad, parece que tengo menos hambre después de beber un sorbito.

—Mamá, ¿es cierto que la gente se muere de hambre en la calle?

—¿Quién te ha dicho semejante tontería?

—El otro día lo contaba Valentín en el patio.

—¿Es que tú has visto a alguien muerto en la calle?

—No, bueno..., no sé, a lo mejor sí.

—Pues yo no —dice mi madre con ese tono que siempre pone cuando quiere terminar una conversación que no le gusta nada.

—Pues yo sí —dice mi tía, que está cambiándose de ropa en la habitación—. Yo sí los veo todos los días: hombres, niños, mujeres... ¿Es que no sabes de qué ha muerto ese matrimonio de ancianos del final de la calle? Por favor, Julia, no nos engañemos más.

—Por favor te lo pido a ti, María, no hay ninguna necesidad de abrumar a la niña con estas cosas tan horribles.

—Sí que la hay, Julia, la niña tiene que saber lo que pasa para recordarlo y que rece siempre para que este horror, este espanto no se vuelvan a repetir.

Mi madre calla, no le gusta discutir. Además sabe que cuando mi tía se pone así no hay forma de hacer que calle, pero a mí me parece que esta vez tiene razón mi tía.

—Mamá, ¿qué significa abrumar? —pregunto yo para cambiar de tema y también porque no sé qué quiere decir esa palabra que suena tan amenazadora, igual que «horror» que ahora ya sé lo que significa.

Pero mamá no contesta, aunque no quiera discutir yo sé que está enfadada con María por hablar de todos estos horrores en casa. Mamá quiere que en casa no entre el horror de la guerra ni las miserias y calamidades que están pasando en la calle. Mamá lo que quiere es que nuestra casa sea un refugio tranquilo y feliz.

—Tía, ¿qué significa abrumar? —Yo sigo con la pregunta porque ahora estoy verdaderamente interesada en conocer el significado de esa palabra, aunque, más o menos, me lo imagino.

—¡Ay, niña, qué pesadita te pones con tus preguntas! —me contesta mi tía, que parece que ya se ha calmado un poco—. Abrumar significa algo así como agobiar, apesadumbrar, angustiar..., no sé, que te lo diga tu madre que es la que ha usado esa palabra.

Sigue haciendo mucho frío, la casa está helada a esta hora de la tarde. Hoy, cuando venía del colegio, nevaba un poco, sobre todo cuando iba por Marqués de Viana. Pero ya no tenemos nada que quemar en la estufa ni en el brasero, nadie tiene nada para calentarse, ni para comer, ni para vivir... Con este frío nuestros vecinos se refugian en sus casas y el patio está silencioso. Todavía sigue nevando un poquito, la nieve empieza a cuajar en las jardineras y en las macetas. Mamá ha guardado los geranios en un rincón y los ha protegido con una especie de sabana vieja. ¡Cómo es!, a pesar del hambre y de esa tristeza que nunca la abandona sigue pensando y preocupándose por las plantas.

Me acuerdo de Córdoba, sí, de nuestro jardín en la primavera, de Camila la tortuga comiendo, golosa, la lechuga que le dábamos mi hermano Andrés y yo, sí, de la limonada que sacaba mamá a media tarde con la merienda. Ahora me comería hasta un bocadillo de membrillo que no me

gustaba nada... ¡Qué rico!, cómo me gustaría tener un poco de membrillo con pan ahora mismo y comerlo despacito, sí, masticando la carne del membrillo que se va deshaciendo dulcemente en mi boca, sí, y el pan tierno y blanquito, crujiente, sí.

Bebo otro sorbito de agua porque pensando en estas cosas me ha vuelto el hambre.

—Mamá, ¿qué pasó con Camila?

—¿Camila? ¿Quién es Camila?

—Camila, nuestra tortuga de Córdoba. ¿Es que no te acuerdas?

—¡Ah! Sí, claro que me acuerdo. ¿Y tú? ¿No te acuerdas que se la llevamos a Manuela antes de irnos?

Manuela era nuestra vecina en Córdoba, una señora muy buena y muy amable con los niños. También era muy graciosa, contaba las historias con tanta gracia que nos hacía reír a todas las tardes que pasaba a merendar con nosotros. Mi abuela la quería mucho porque había sido su mejor amiga cuando eran jóvenes y todavía, ya viejas, seguía siéndolo.

Mamá ya se ha puesto el pijama, se ha soltado el pelo, está sentada en el tocador cepillándose. ¡Qué guapa es! Sigue teniendo el pelo negro, brillante y sedoso que le cae hasta la cintura. Yo me acerco, le cojo el cepillo y empiezo a cepillar su precioso pelo despacio, de arriba hacia abajo como ella me ha enseñado. Ella me mira desde el espejo y me sonrío con esa sonrisa triste que ahora tiene siempre. Pienso que es muy guapa, los ojos tan negros, brillantes, un poco hundidos, ahora más hundidos todavía debido a su delgadez. No me extraña que papá estuviera tan enamorado de ella. No nos parecemos, yo soy rubia y tengo los ojos claros como mi tía. Mi padre también era rubio, pero él tenía los ojos marrones.

La tía ha cerrado ya las persianas. «Sigue nevando», dice y se pone a preparar la cama para acostarnos, metiendo muy bien las mantas debajo del colchón para que no se salgan y nos entre el frío.

Estos son los mejores momentos del día, por la noche, las tres solas en la habitación, sí, cuando nos ponemos los pijamas, sí, y hablamos bajo el calor de las mantas, sí..., no los cambiaría por nada en el mundo.

—Ángela, ponte el pijama y vamos a la cama —dice mamá y me coge el cepillo y lo guarda en el estuche y luego se pone a ayudar a la tía con la cama.

Cuando estamos ya las tres acostadas, me dice:

—Ángela, quiero que hablemos y me escuches bien porque es muy importante lo que tengo que decirte. Verás, hija mía, la guerra está a punto de terminar, ahora ya luchamos entre nosotros y los nacionales esperan tranquilamente para entrar en Madrid. Es cuestión de semanas o, tal vez solo de algunos días.

»El otro día estuvo Melchor en el sindicato, un poco antes de cerrar las oficinas, habló un buen rato conmigo. Me contó que Casado quiere pactar una paz sin represalias para los que no tengan delitos de sangre, pero Franco quiere una rendición sin condiciones. “Nadie sabe lo que pasará cuando entren”, me dijo; también me dijo que él se iba a quedar con Besteiro y Casado, pero que

yo debería irme, que todavía era posible salir hacia Rusia o hacia Francia, pero yo le dije que no quería irme de España, dejando a mis hijos aquí, que yo no había hecho mal a nadie y que no tenía ningún miedo.

»Melchor es un hombre muy prudente y de pocas palabras como tu padre, pero él no estaba tan seguro como yo. “No sé”, me dijo, “no sé lo que pueden hacer. Piensa que eres la esposa de un alto cargo de la República, que luchó fieramente en el frente y les causó muchos quebraderos de cabeza..., no sé, no quiero asustarte, pero no comparto tu optimismo. Ya sabes que la familia de Cipriano se ha ido ya y la mía también se ha ido. Por favor, Julia, piénsalo, quizás aún nos quede tiempo”.

»Ángela, yo tampoco quiero asustarte, pero tengo que contarte todo esto para que comprendas que debes irte a Valencia. Melchor me ha dicho que aún es posible, que sigue abierta la vía, que puede arreglarte el viaje enseguida. En Valencia te reunirás con tus hermanos, Pepita y Vicente dicen que estarían encantados de acogerte. Podrás ir al colegio y comer como es debido y también podrías ayudar a Pepita con Paquito y, sobre todo, con la niña que es muy pequeña. Pepita debe de estar agobiada con tanto trabajo, ya sabes que también tiene que atender la cocina del bar. Figúrate lo bien que vendría tener una ayuda de una chica tan dispuesta como tú, ¿verdad que sí, María?

—Claro que sí —dice mi tía—, en realidad ya tenía que haberse ido hace tiempo, cuando se fueron sus hermanos. ¿Qué necesidad tiene de pasar por lo que estamos pasando?

Durante todo el rato yo quería hablar, pero mi madre me hacía una seña con la mano para que no la interrumpiera, para que la dejase terminar de decir todo lo que quería decirme y yo que me iba poniendo cada vez más nerviosa porque podían pensar que mi silencio significaba que me parecía bien todo lo que decía.

—No, mamá, yo no me quiero ir, no te voy a dejar aquí, no os voy a dejar aquí a las dos solas.

—Pero si será solo durante un poco de tiempo. Después, cuando acabe esto nos reuniremos todos de nuevo.

—No, mamá, tú me prometiste que no nos separaríamos nunca y tienes que cumplir tu palabra.

—¿Que yo te prometí eso?, pero ¿cuándo te prometí yo semejante cosa?

—Sí, me lo prometiste aquella noche en Córdoba cuando nos íbamos a ir y yo no quería marcharme y lloraba en mi habitación y tú estabas recogiendo las cosas y te sentaste en la cama a mi lado y me dijiste que tenía, mejor dicho, que teníamos que irnos con papá para no separarnos, que teníamos que estar juntos y yo te dije que me prometieras que no nos separaríamos nunca y tú me lo prometiste, me lo prometiste...

—Vaya, Julia, parece que esta vez la cría te ha ganado por la mano —dice mi tía riéndose con ganas.

Pero mamá calla, yo no puedo seguir hablando porque al final me he puesto a llorar, precisamente lo que yo no quería que me pasara y, cuando lloro, ya no puedo decir nada porque las lágrimas pueden a las palabras.

—Bueno —dice por fin mi madre—, no quiero obligarte, no podría hacerlo; aunque si tuviera la fuerza suficiente lo haría. Seguro que si estuviera tu padre ya lo habría hecho porque es lo mejor

para ti, porque todo lo que pueda venir va a ser cada vez peor que ahora. Si Franco no acepta la paz honrosa que le propone el coronel Casado será porque abriga malas intenciones, porque querrá tomar venganza... No sé, pero quizás nos tengamos que enfrentar a una verdadera escabechina cuando entren los nacionales en Madrid. Hay mucho odio acumulado, se han hecho tantas barbaridades en los dos bandos que va a ser muy difícil olvidar y perdonar...

—Sin embargo dicen que en el frente de la Ciudad Universitaria no se oye un tiro —comenta mi tía para suavizar el tono tan pesimista de mamá, cosa rara en ella que es siempre la que lo ve y lo pone todo negro—, que los soldados salen de las trincheras con banderas blancas y confraternizan con los nacionales, a pesar de que los oficiales los amenazan y los apuntan con sus armas.

»Quizás al final se imponga el sentido común y entre todos, vencedores y vencidos, acabemos con esta carnicería, con esta barbarie. ¡Ya está bien de guerra! Llevamos casi tres años matándonos unos a otros, peleando hermanos contra hermanos. Casi tres años con un Madrid sitiado, destrozado por los bombardeos y los obuses. Solo el barrio de Salamanca se ha librado del horror de las bombas. Está claro que Franco no quiere matar a los suyos, como allí todos son de derechas y están todas las embajadas se libran de morir como ratas bajo las bombas o de dormir en el metro como nos pasa a los demás, que no tenemos tanta suerte porque no vivimos en esos barrios tan elegantes.

Mi madre calla, pero a mí me parece que no está muy de acuerdo con lo que dice mi tía.

—Aunque también los de esos barrios lo están pasando mal porque allí se han cebado los comunistas a pasear ciudadanos —continúa mi tía, pero ya con la voz más triste, con la visión pesimista que tiene siempre—, allí las checas no dan abasto sacando a la gente de la cama para fusilarlos de mala manera en cualquier tapia, en cualquier descampado... ¡Qué miserables, canallas! Hay personas que han muerto solo por vivir en ese barrio o por tener un crucifijo encima de la cama o por guardar los evangelios en el cajón de la mesilla de noche...

—Bueno —dice mamá después de un largo silencio—, vamos a dejarlo por hoy, pero prométeme que lo vas a pensar mejor, con más tranquilidad.

—Pero, mamá, si lo llevo pensando desde que se fueron mis hermanos y lo tengo todo muy bien pensado. No me quiero separar de ti ni de la tía, tenemos que estar juntas pase lo que pase.

Mi madre guarda silencio, aunque en la oscuridad no le puedo ver la cara, me parece que está llorando. A mi tía también la oigo sollozar en el otro lado de la cama; como no sé qué hacer ni qué decir, la abrazo a las dos y así, abrazadas bajo las mantas, nos vamos quedando dormidas.

### Capítulo 13

Se oyen voces fuera, salimos mamá y yo. En el patio están todos los vecinos, en la calle suenan más voces y algunos gritos.

—Los nacionales están entrando en Madrid —dice Valentín—, entran por Cea Bermúdez y por la Puerta de Toledo sin ninguna resistencia. Madrid se ha rendido.

Sale a la calle con Rosa, su mujer. Sara, la madre de Mauro, mira a mamá para ver qué hace.

—Vamos también nosotras —dice mamá—. Ángela, ponte el abrigo que hace frío.

Es verdad, es un día soleado pero frío, de esos días típicos de Madrid y eso que ya estamos a 28 de marzo, ya hace unos días que empezó la primavera, pero no se nota nada porque los árboles aún no tienen las hojas, ni siquiera esos brotes pequeñitos verdes que empiezan a salir. Nada, están completamente desnudos. A lo mejor es por esta guerra que también afecta a las plantas.

Sube la gente por Marqués de Viana hacia Bravo Murillo. No parecen preocupados, al revés, parece que se alegran, se saludan sonrientes; algunos hacen el saludo fascista con el brazo estirado y la mano abierta. La verdad, yo no me imaginaba tantos fascistas en el barrio.

—Mamá, la gente no tiene miedo, están contentos. ¿Es que son todos falangistas?

—La gente está harta de guerra, harta de pasar hambre y frío, harta de bombardeos y de dormir en los andenes del metro, harta de ver muertos en la calle y paseos y venganzas... Al final, todo lo malo que venga seguro que no puede ser peor que lo que ya tenemos. Por eso la gente está contenta, si hay que ser fascista serán fascistas, si hay que cantar el *Cara al sol* cantarán el *Cara al sol* porque la vida es así y el que no se conforma no tiene nada que hacer. Solo los locos luchan por sus ideales hasta el final y así les va y así acaban.

Mamá me dice todo esto sin dejar de andar entre la gente que cada vez es más numerosa. En Bravo Murillo ya somos una multitud caminando hacia Cuatro Caminos.

Un camión cargado de mujeres con camisetas azules cantando y haciendo el saludo de la Falange se abre paso. En Francos Rodríguez, enfrente de los Salesianos, donde está el cuartel de los comunistas, un grupo de personas cantan el *Cara al sol* con el brazo en alto.

*Volverá a reír la primavera...*

Me gusta mucho esa parte de la canción porque es alegre, me parece que quiere decir que todo lo malo pasará y que vendrán tiempos más felices y mejores.

—Mamá, me gusta más la canción de *Cara al sol* que la nuestra de *A las barricadas*.

—Qué pronto te has adaptado, hija —dice mamá mirándome, sin dejar de andar.

—Es que eso de las negras tormentas que agitan los aires me da mucho miedo y lo de las nubes oscuras también.

—Quizás tengas razón. —Mamá sonríe y me acaricia el pelo como hace siempre que se cree que estoy mal.

La gente dice que hay camiones repartiendo comida gratis, que mujeres y voluntarios reparten desde los camiones chuscos de pan, patatas, latas de sardinas... La noticia es como una bomba, levanta un clamor, todos aceleramos el paso hasta Cuatro Caminos para intentar conseguir algo de comida antes de que se acabe.

Sara camina a mi lado en silencio, vamos de la mano las tres, yo en el medio.

—Sara, ¿sabes algo de Mauro? —le pregunto un poco nerviosa por dos cosas: porque sobre todo

temo que me dé malas noticias y por porque me da mucha vergüenza que pueda sospechar el amor que siento por su hijo.

—Hace días que no tengo noticias tuyas. La última vez que estuvo en casa me dijo que saldría de España por la frontera de Francia porque no sabía lo que iba a pasar cuando entrasen los nacionales en Madrid, que Franco no había aceptado una paz honrosa, que solo quería la rendición sin condiciones y que todos sabíamos lo que eso significaba, y lo que sí sabía es que irían a por él enseguida.

—Pero ¿por qué? —pregunta mi madre—, ¿por qué van a ir a por él?, si él no ha hecho mal a nadie. Todo lo contrario, mi marido, Melchor Rodríguez, él mismo y otros han salvado a muchas personas de una muerte segura en Paracuellos o fusilados contra cualquier tapia. Tal vez lo condenen a prisión, pero no creo que lo condenen a muerte.

—Eso le dije yo, pero dice que prefiere morir a verse encerrado, que él ha sido un militante activo de la CNT, que todo el barrio conoce su forma de pensar. Me habló de la venganza, de que hay muchos odios acumulados, que el ejemplo lo tenemos en lo que están haciendo Queipo de Llano y los suyos en Andalucía, que Franco es conocido por ser implacable y que no le va a temblar el pulso a la hora de castigar a sus enemigos.

—La venganza —dice mi madre—, maldita venganza, maldita guerra. Si no somos capaces de perdonar esta pesadilla no se acabará nunca. Ahora no quiero hablar de eso porque está la niña, pero mi padre fue víctima de ellos y estoy segura de que esté donde esté no querrá que nadie venga su muerte. Él siempre me habló del perdón y créeme que lo practicó durante toda su vida.

—Sí, ya sé lo que le pasó a tu padre en Córdoba, me lo contó todo María antes de que vinieras a vivir aquí con ella... Es horrible.

—Sí, es horrible todo lo que está ocurriendo, no solo lo de mi padre sino toda esta guerra absurda que ha cambiado nuestras vidas y nos ha hecho desgraciados a todos. Mira toda esta gente, hambrientos, famélicos, seguro que muy pocos de los que vamos caminando por la calle hemos desayunado hoy y la mayoría tampoco cenamos ayer. Es una atrocidad... Nada, no existe nada que pueda justificar que un niño se tenga que acostar sin cenar y que tampoco tenga nada para desayunar cuando se despierte, que ancianos esperen la muerte tendidos en sus camas con el hambre comiéndoles las entrañas. Maldita sea el hambre, hambre infinita que no nos deja, que está siempre ahí recordándonos nuestra miseria.

Mamá habla sin dejar de andar. Camina deprisa con esos pasos cortos y rápidos que suele dar cuando tiene mucha prisa. Habla como si lo hiciera consigo misma, sin mirarnos a nosotras, sin dejar de mirar al frente, con esa tristeza que no la abandona. Sara y yo callamos porque entendemos lo que siente.

## Capítulo 14

Nunca había visto tanta gente en Cuatro Caminos, ni siquiera cuando se celebraban los mítines de la CNT.

Los regulares del ejército de Franco se dispersan por todo Madrid. Desfilan con disciplina en perfecta formación; en eso sí son distintos de nuestros milicianos, que cada uno iba como quería. Una multitud contempla su paso, los aplaude, los aclama. Los golfillos desfilan al lado de los soldados con palos a modo de rifles, imitando su aire marcial. La gente parece contenta, alegre. Hay risas y bromas, abrazos, saludos con el brazo extendido al modo fascista. Muchas camisas azules, carteles en los balcones: «¡Viva Franco!», «¡Arriba España!».

—Mamá, ¿todos esos son los fascistas?

—No creo, son personas hartas de la guerra, de vivir en una ciudad sitiada, de pasar hambre... Gentes que esperan tiempos mejores, que creen que a partir de ahora todo irá mejor.

—Aunque seguramente también están los de la quinta columna y los que vivían infiltrados en nuestras líneas para pasar información a Franco y los que han permanecido escondidos hasta ahora. —La voz de Sara nos sorprende, ha estado callada todo el rato y de repente hace ese comentario en voz baja, casi en un susurro; aunque por la forma en que lo dice parece más una amenaza, un temor de lo que nos espera a todos una vez que todas estas personas han salido a la luz—. Ahora empezarán las venganzas, las delaciones, las detenciones, las torturas, los fusilamientos..., y este espanto no terminará nunca.

Yo miro a mamá para ver qué dice, pero calla. Parece que está de acuerdo con lo que dice Sara.

En la plaza de Cuatro Caminos dos mujeres y un hombre subidos en un camión reparten comida entre la multitud, llevan camisas azules remangadas hasta los codos a pesar del frío. La gente se apiña alrededor del camión.

—Ángela, espéranos aquí junto a la boca del metro que vamos a ver si conseguimos algo de comida. No te muevas de aquí, por favor te lo pido.

Mi madre y Sara se mezclan con la gente, y yo las sigo con la mirada hasta que las pierdo de vista.

A mi lado, un niño de la edad de mi hermano Andrés, más o menos, le dice a su hermanita que no se mueva de allí, que va a por comida y que viene enseguida.

La niña es muy pequeña, tal vez más pequeña que mi hermana Chari o por ahí. Tiene el pelo de un rubio pálido, lo lleva recogido en dos coletas, aunque está sucio y enredado. Lleva un abrigo con un bolsillo descosido, le queda bastante pequeño, por debajo se puede ver un buen trozo del vestido. Aunque la niña dice que sí con la cabeza, el chico no se decide a dejarla sola entre tanta gente, mira nervioso a uno y otro lado como buscando una solución a su problema.

Los dos tienen un aspecto tan indefenso, tan desolado que, sin conocerlos de nada, me dan mucha pena y me empiezo a acordar de mis hermanos.

—Vete si quieres, que yo cuidaré de ella hasta que vuelvas —le digo acercándome a la niña dispuesta a protegerla de lo que sea.

El chico me mira con alivio y sale corriendo. Su hermana lo mira hasta que desaparece entre el gentío, no puede evitar que se le escapen unos tristes gemidos que intenta contener a pesar de ser tan pequeña.

—¿Sabes hablar? —le pregunto a la niña para distraerla un poco.

—Sí —me contesta y me mira con cara de *porquépreguntasesatontería*.

—¿Cómo te llamas?

—Pili.

—Tienes un nombre muy bonito. Yo me llamo Ángela. ¿Cuántos años tienes?

—Tres.

—Ese chico que está contigo es tu hermano, ¿no?

—Sí.

—¿Y tus papás?

—Mamá está en el hospital porque está malita.

—¿Y tu papá?

—No sé.

—Oye, Pili, tienes hambre, ¿verdad?

Pero la niña ya no me contesta, está aburrida de mis preguntas, se acuerda de su hermano y lo busca entre la muchedumbre.

—Oye, Pili, ¿cómo se llama tu hermano?

—Luis, pero... ¿por qué no viene?

—No te preocupes, vendrá enseguida, está cogiendo algo para comer. ¿Tienes hambre? ¿Has desayunado?

Sigue sin responder, vemos aparecer a mi madre y a Sara que vienen con comida en las bolsas esas de red que siempre llevan en el bolso porque no abultan nada y luego cuando se usan caben muchas cosas.

—Mira, Pili, esa señora que viene es mi mamá y la otra es Sara, una amiga nuestra que tiene un hijo muy guapo que se llama Mauro.

La niña las mira con curiosidad. Tiene los ojos color miel con una clara expresión de inteligencia.

Cuando Sara y mi madre llegan hasta nosotras puedo ver una manzana en la bolsa, meto la mano dentro y la cojo.

—Sería mejor que la guardases para luego —me dice, aunque me deja cogerla.

Pero yo la limpio un poco en el faldón del abrigo y se la doy a la niña, que la contempla entre sus manos antes de morderla. Es una manzana pequeña, algo arrugada y con imperfecciones en la piel. Se ve que no es una manzana de esas brillantes que comprábamos antes.

Todas miramos con interés a la niña y a la manzana que continúa intacta en sus manos.

—A lo mejor no puede morderla con sus dientes de leche —dice Sara y se pone a buscar en su

gran bolso una navajita o algo para partir la manzana.

Por fin la niña se acerca la fruta a la boca y la muerde, un gran mordisco que le llena la boca y se marca perfectamente en la manzana.

Se ve que la cría tiene hambre, mastica rápidamente mirando la manzana con ojos golosos para darle otro bocado en cuanto pueda tragar el trozo que tiene en la boca.

Veó a su hermano salir de entre la gente, con la chaqueta ha hecho una especie de bolsa para llevar la comida que ha podido conseguir en el camión. Le observo mientras se dirige hacia nosotras con pasitos rápidos y cuidadosos para que no se le caiga su preciada carga, es muy pequeño, no creo que tenga más de ocho años.

—¿Vivís cerca de aquí? —le pregunta mamá cuando llega hasta nosotros.

—Sí, aquí cerca, en la calle Almansa —contesta el chico mientras mira detenidamente a su hermana para ver si está bien. Sonríe cuando la ve comiendo la manzana, se nota que la quiere mucho.

—¿Y vuestros padres? —continúa preguntando mi madre que, cuando le interesa algo mucho, puede llegar a ponerse muy pesada.

—Mi madre está en el hospital, tiene el tifus.

—¿Y tu padre?

—No sé, dicen que murió, pero mi madre no se lo cree, dice que volverá, que tenemos que esperarlo.

—Entonces, ¿estáis solos?

—No, porque mañana viene mi madre que ya se ha curado y la monja nos ha dicho que mañana le darán de alta.

Y mi madre deja por fin de preguntar, aunque no parece muy convencida, pero sabe que no podemos hacer casi nada, que estos tiempos que corren ahora son así, que como estos chicos debe de haber miles en este Madrid sitiado.

## Capítulo 15

Regresamos a casa por Bravo Murillo, la gente sigue en la calle, se saludan, cantan, celebran, algunos se abrazan... Vemos a los primeros soldados de los nacionales, son los regulares y son sencillos como nosotros; aunque van mejor vestidos que los nuestros porque casi todos llevan el uniforme y las botas y no el mono azul y las alpargatas de los milicianos, pero por lo demás parecen hombres normales y corrientes que se saludan con los paisanos y dan tabaco a quien se lo pide como si fuera lo más normal del mundo, como si hasta ayer mismo no hubieran estado matándose unos a otros en las trincheras, como si nunca hubiera habido guerra.

Enfrente de la boca del metro de Alvarado un soldado con el fusil en bandolera le enciende un cigarrillo a un hombre vestido con un raído traje y él también enciende otro y se lo fuman charlando amistosamente apoyados en la baranda del metro, parecen amigos de toda la vida. Yo miro a mi madre, veo que también ha visto esa escena y agacha la cabeza pensativa como hace siempre que algo la conmueve. A mí me parece que piensa en papá, que también podría estar ahora compartiendo un cigarro con ese hombre del traje raído, que todo este horror nos lo podíamos haber ahorrado si todos fuéramos tan civilizados como ese soldado y ese hombre de paisano que fuman un cigarro charlando tan amigos.

—Mirad esos dos —dice Sara que parece que nos ha leído el pensamiento—, fumando tan amigos como si aquí no hubiera pasado nada. Así, así tenía que ser todo.

En la esquina de Marqués de Viana un grupo de hombres rodea a uno que habla a gritos:

— Los regulares están conduciendo a los oficiales republicanos por la Castellana, pero van tranquilos, sin violencia, caminan juntos charlando tranquilamente, no parecen prisioneros —dice moviendo los brazos nerviosamente.

Todos lo escuchamos esperanzados, tal vez no haya represalias, a lo mejor los vencedores olvidan y perdonan y empezamos juntos una nueva vida.

Todas estas cosas que vemos en la calle hacen que poco a poco nos vayamos tranquilizando, que pensemos que las cosas no van a ser tan malas como creíamos, que no se van a dar esas crueles venganzas que, según cuentan, han ocurrido en Andalucía con todas esas violaciones y torturas y fusilamientos.

—Sara, quédate a comer con nosotras, hoy no es un día para estar sola.

—No sé, Julia, no quiero molestar...

—No es ninguna molestia, preparamos algo de comer y después nos quedamos charlando un rato y, de paso, nos hacemos un poco de compañía.

—Sí, Sara, anda, quédate... —insisto yo para que Sara acabe de decidirse.

Después de comer y de recoger la mesa, mamá prepara un poco de malta que ha traído Sara de su casa y nos sentamos a charlar.

Sara nos cuenta que llevan casi veinte años en Madrid, que vinieron cuando Mauro era muy pequeño, que eran de Almazán, una villa de Soria bastante grande, pero sin salidas ni posibilidades de prosperar.

Sara dice que su marido era ambicioso, quería proporcionar a su familia una vida mejor, no quería que Mauro, casi recién nacido, sufriera la esclavitud del trabajo en el campo, quería que su hijo estudiara o tuviera un buen oficio que le permitiera ganarse la vida:

—Primero se vino él y yo me quedé con el niño en casa de mis padres, pero enseguida encontró esta casa y un trabajo en la construcción y nos trajo a nosotros. Mi marido era muy hábil con las manos, no tardó en aprender el oficio de ferrallista, eso le sirvió para ganar más que un simple albañil y poder mantener a su familia.

»Tetuán, cuando llegamos hace veinte años, era casi como ahora, los traperos seguían echando

toda la basura de Madrid en los descampados y la gente iba a la busca para aprovechar lo que no querían ni los mismos traperos. Era un barrio obrero y tan pobre o más que ahora. Fue duro, él trabajaba todo el día y yo me quedaba sola con el niño. Yo era muy joven, no estaba acostumbrada a estar sola, en Almazán siempre estaba con mi madre, mis hermanas, los vecinos... Pero aquí la gente es amable y nos ayudamos unos a otros, entre los pobres no hay más remedio que hacerlo así, hoy por ti y mañana por mí. Rosa y Valentín ya estaban aquí, fueron los primeros vecinos que conocí y también los primeros en echarme una mano para desenvolverme en el barrio.

»Además, Gonzalo, su hijo pequeño, es de la edad de Mauro. Rosa y yo nos ayudábamos para sacarlos adelante mientras nuestros maridos estaban trabajando en la obra porque Valentín y mi marido trabajaban en la misma obra, se iban juntos y volvían juntos, aunque no era muy raro que parasen a tomar unos chatos de vino en cuanto tenían algo de dinero en el bolsillo, pero como solían parar en la taberna de Mariano, los niños, cuando empezaron a andar, cruzaban y se quedaban jugando en la puerta con Dani, el hijo de Mariano, que también era de su edad y el pobrecito todavía no había tenido esa terrible enfermedad que le inutilizó una pierna. Cuando ya teníamos la cena preparada los llamábamos; en verano, después de cenar, salíamos al patio a tomar el fresco como ahora.

—Y ¿quién vivía en nuestra casa en esos tiempos? —le pregunto yo a Sara porque nunca me había parado a pensar en quién viviría en esta casa antes de que viniera mi tía.

—Sí, vivían dos viejecitos muy amables que fueron los primeros en llegar al barrio y en ocupar estas casitas, pero cuando murió ella los hijos se llevaron al padre a un asilo y no tardó en acompañar a su mujer...

Llega mi tía, viene con cara de cansancio y una bolsa con comida, pero su cara se anima cuando nos ve a las tres sentadas, charlando alrededor de la mesa del comedor.

—Ya veo que estáis celebrando el final de la guerra, pero hay que esperar para ver qué pasa porque lo que es yo no acabo de fiarme de estos. Supongo que ya habéis comido, ¿no?

—Sí —contesta Sara—, precisamente estábamos hablando de ti y de los viejecitos que vivían aquí antes de tu llegada.

—Ah, creo que eran muy amables y muy buenos vecinos, ¿verdad?

Sara no tiene tiempo de contestar porque llaman a la puerta, entran Rosa, Valentín y un joven que es su vivo retrato. Es Gonzalo, el hijo pequeño de Rosa y Valentín, que viene con la camisa azul de la falange remangada hasta los codos a pesar de que estemos por la tarde, bueno, no, la noche porque hablando y hablando se nos ha hecho de noche.

—Gonzalo, ¡qué alegría verte, hijo! —dice Sara y se levanta y lo besa con verdadero cariño, mi tía también se ha levantado y le da la mano con simpatía, pero mamá y yo nos quedamos mirando la escena porque como no lo conocemos y viene así vestido no nos atrevemos a decir nada.

—Mira, Gonzalo, la señora, Julia, es la cuñada de María y Ángela, la niña, es su sobrina, que ahora están viviendo aquí —dice Rosa.

El joven se acerca a nosotras y nos da la mano. Es muy guapo, tiene los ojos azules, brillantes, el pelo de un rubio oscuro y lleva un bigotito también rubio bien recortado para que no le tape la boca y no le llegue a las comisuras de los labios. Se parece a su padre, aunque está mucho más

delgado y no está calvo como Valentín.

—Sentaos, por favor —dice mi tía y acerca unas sillas a la mesa porque en esta casa lo único que no faltan son sillas—. Estaréis contentos de que el hijo pequeño dé señales de vida —comenta mientras ellos se sientan; aunque se queda un poco cortada porque se da cuenta de que ha metido la pata hablando de lo contentos que están sabiendo que los otros dos hijos estarán huyendo y a saber cuándo volverán a verlos.

Pero Rosa no tiene en cuenta ese comentario porque sabe que mi tía no lo ha hecho con mala fe:

—Bueno, ya sabes que la alegría nunca llega completa, cuando se cumple algo que deseas con todas tus fuerzas al mismo tiempo está sucediendo algo que te duele en el alma —contesta suspirando y Valentín mira al suelo con esa mirada tan suya de tristeza y resignación.

Se hace un silencio largo, tenso, de esos silencios cargados de melancolía, esos silencios que con tanta frecuencia se dan en estos tiempos.

—Sara, ¿sabes algo de Mauro? —pregunta Gonzalo, rompiendo ese silencio tan desagradable.

Sara lo mira sobresaltada, temerosa, con ese miedo instintivo que sienten las madres cuando presienten que un peligro amenaza a sus hijos.

—No sé nada, hace días que no viene por aquí, y que no tengo noticias tuyas —contesta Sara y mira a Gonzalo interrogándolo como si él sí supiera algo.

—Mejor que no sepas nada, Sara. De verdad que siento decirte esto porque ya sabes que Mauro fue mi mejor amigo hasta que esta miserable guerra nos separó y que, a pesar de todo, yo lo sigo considerando y queriendo como ese buen amigo que fue; pero corre mucho peligro si lo capturan, sé de fijo que algunos van detrás de él buscando venganza y que van a hacer todo lo posible por encontrarlo.

—Pero ¿quién lo puede odiar así? Si Mauro jamás hizo daño a nadie.

Sara solloza, se retuerce las manos en un gesto de angustiosa desesperación, mirando a Gonzalo como si de él dependiera la vida o la muerte de su hijo. Y yo también me pongo muy nerviosa, las lágrimas empiezan a escaparse y, como ya me conozco, sé que cuando empiezo a llorar así no podré controlarme. Pero yo tampoco comprendo quién puede odiar a Mauro tanto como para desear su muerte. A Mauro, que tiene poco más de veinte años, que con esa edad no ha podido hacer mal a nadie.

—En todos los bandos hay canallas despreciables que buscan vengar antiguos odios amparándose en el caos y la crueldad de la guerra. Mauro tiene algunos enemigos, lo sé bien, por eso quiero avisarte. Me han dicho que alguien está empeñado en atraparlo y... mejor no decirlo.

—Pero ¿quién?, Gonzalo, por favor, dímelo, necesito saberlo para saber a quién me enfrente.

—No quería decírtelo, pero más tarde o más temprano lo vas a saber y, cuanto antes sea, mejor. Se trata de Pedro, el hijo del carnicero...

—¿Quién, Pedrito, el falangista, el hijo del carnicero?

—El mismo.

—Pero si erais amigos, habéis jugado juntos desde pequeños, ibais al mismo colegio, a la misma clase, salíais juntos de jóvenes... Pero si todavía me acuerdo cuando pasaba por casa a buscarlo los domingos por la tarde y las bromas que se gastaban... No puede ser, Gonzalo, dime que te equivocas, dime que es un error... No, no puedo creer que esta maldita guerra haya podido cambiar tanto a las personas.

—No ha sido solo la guerra, Sara, en este caso no. En este caso se trata de un odio que viene de lejos, precisamente de cuando salíamos juntos. Es una vieja historia que ocurrió en aquellos tiempos. Conocimos a unas chicas y Pedro se enamoró enseguida de una de ellas. Estaba loco por ella y ella también parecía hacerle caso hasta que conoció a Mauro. No lo conocía porque Mauro estuvo un tiempo saliendo con una chica y no venía con nosotros. Recuerde que nos encontrábamos en la taberna de Mariano, el padre de Dani, por la noche cuando ya habíamos dejado a las chicas en casa y nos juntábamos en la taberna para tomar un vino y comentar las andanzas del domingo o jugar una partida de cartas.

—Sí que me acuerdo, Mauro salía con Angelines, una chica muy maja que vivía en Alvarado... Cómo me gustaba esa chica para mi hijo, pero no he vuelto a verla, no sé qué habrá sido de ella.

—Sí, era esa, Angelines, que trabajaba de costurera con una modista de la calle Goya y Mauro iba a buscarla cuando salía de la obra.

Bueno, pues una de esas tardes de domingo Pedro le contó a Mauro que estaba enamorado como nunca de una chica, que quería presentársela para saber su opinión de amigo porque estaba dispuesto a casarse con ella...

—Pero si erais unos niños, si no teníais ni veinte años, ¿cómo podía pensar en casarse a esa edad?

—Ya, pero el caso es que Pedro lo pensaba y estaba dispuesto a hacerlo. Mauro acababa de romper con Angelines porque en eso de las chicas era muy variable y le duraban poco, claro, como se le daban tan bien... Quedamos todos para el domingo siguiente y Pedro le presentó su novia a Mauro y todos nos dimos cuenta de que se quedó prendada de él, no le quitaba ojo, lo perseguía en el baile, paseando se colocaba a su lado... Era descarado, todos lo veíamos y lo comentábamos entre nosotros, todos menos Pedro que seguía cada vez más enamorado.

»Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Parece ser que la chica le confesó su deseo a Mauro y que este la rechazó porque sabía el amor que su amigo Pedro sentía por ella, pero ella no se conformó, se indignó tanto al verse rechazada que decidió vengarse y su venganza fue contarle a Pedro la historia al revés, que Mauro la acosaba, que no la dejaba en paz... Pedro, que estaba loco por ella, se lo creyó todo; una noche de verano, en una verbena de Tetuán, se fue a por él como una fiera. Mauro no podía entender lo que estaba ocurriendo, pero al final para defenderse de los golpes de Pedro lo tiró al suelo y lo sujetó hasta que llegamos los demás y nos lo llevamos y desde entonces no se han vuelto a hablar y de ahí viene ese odio irracional, vengativo, hasta desear la muerte del que fue su mejor amigo, un odio que en este caso nada tiene que ver con las ideas políticas. Ya ve usted, Sara, cómo están las cosas.

Nos quedamos en silencio, Sara llora y yo tampoco puedo evitar que se me salten las lágrimas. Hasta mi tía, que se ha levantado para trajinar en la cocina, se suena la nariz con el pañuelo que lleva siempre en la manga.

Al final todas las mujeres lloramos, todas menos mi madre que calla con su expresión de siempre, que ya sé cómo se llama porque encontré la palabra el otro día buscando en el diccionario del colegio: «melancolía». Melancolía es lo que tiene mi madre que es, según el diccionario, una tristeza vaga, profunda y permanente. Eso es lo que tiene mi madre, una tristeza permanente que no se le quita nunca, melancolía, una palabra bonita pero terrible y es que terribles son estos tiempos tan tristes donde no cabe la risa, solo las lágrimas.

## Capítulo 16

Casi es la hora de acostarnos, se oyen ruidos en el patio, llaman a la puerta, nos ponemos nerviosas, nos miramos y nos ponemos aún más nerviosas al ver nuestras caras. Por fin mi tía, con cara de intriga y también con un poco de miedo, abre la puerta.

—Corred, daos prisa, vamos a casa de Valentín, que van a dar una noticia muy importante en la radio. —Sara nos mete prisa desde la puerta y nosotras salimos corriendo tal y como estamos.

En casa de Valentín ya están todos alrededor del aparato: Valentín, Rosa, Gonzalo, Dani el de la tienda y otros vecinos. La radio está en el comedor, encima del aparador. Es un aparato muy bonito con dos ruedas, una para el volumen y otra que mueve una aguja que va indicando los números de las emisoras. Yo lo sé manejar muy bien porque Valentín me ha enseñado cómo se hace, pero ahora está Gonzalo moviendo la rueda con mucho cuidado para coger la emisora lo mejor posible.

Dan las diez y media en el reloj de pared de Valentín. Siempre me ha gustado ese reloj con el péndulo y las barras que cuelgan de las cadenas y la música que suena cada cuarto. En la casa de Córdoba teníamos un reloj de esos con un potente tictac que era el alma de la casa. El mueble medía más de dos metros desde el suelo, dentro el abuelo guardaba los guantes de algodón que usaba para subir las cadenas y ajustar el péndulo; también guardaba allí, en el fondo del reloj, algunas cosas suyas que eran sus secretos porque la puerta del reloj tenía una llave de oro que el abuelo guardaba con las otras llaves en uno de los bolsillos del chaleco para que nadie pudiera curiosear en sus secretos. Nadie podía tocar ese reloj, solo él, aunque a mi hermano Andrés y a mí algunas veces que estaba de buen humor nos dejaba subir las cadenas mientras él sujetaba las pesas por debajo para que no se descolgasen con nuestro tirones, pero siempre nos ponía los guantes blancos de algodón manchados de un azul verdoso por el roce con el latón de las cadenas.

Al final, todos los viernes antes de cenar, bajo la vigilancia del abuelo, mi hermano Andrés y yo subíamos las cadenas de aquel enorme reloj que daba los cuartos imitando el sonido de un famoso reloj que me parece que está en Londres.

En la casa había más relojes porque al abuelo le encantaban, dedicaba una buena parte de su tiempo libre a su mantenimiento, para ello usaba un cuarto pequeñito donde tenía todas las herramientas necesarias para atender el cuidado de los relojes.

A veces, cuando íbamos a decirle que la cena estaba lista nos mandaba entrar en su cuartito y nos explicaba muchas cosas sobre los relojes y sus mecanismos. A mí me aburría un poco, pero a mi hermano Andrés le encantaba, se sabía de memoria los nombres de todas las piecitas y las

rueditas y cuerdas y demás artilugios que componen el mecanismo de un reloj.

Había un reloj que a mí me gustaba especialmente. Un reloj de cuco, de la Selva Negra, decía mi abuelo. Era una casita de madera con esos tejados inclinados y ventanas con las contraventanas también de madera con un corazón en el centro. La ventana de arriba se abría y salía un cuco que cantaba las horas, después sonaba una música distinta para cada hora que te permitía saber la hora que era aunque no hubieses contado los cantos del cuco. En la puerta había una pareja de campesinos vestidos con las ropas de la Selva Negra. Él se llamaba Hans y salía de la casa cuando iba a hacer mal tiempo. Ella se llamaba Greta y solo salía si hacía bueno. También había un perro con su casita y un abeto y un molino y un pozo... ¡Cuánto tiempo he pasado en esa salita granate contemplando ese reloj!, esperando la salida del cuco para ofrecerle miguitas de pan que jamás comía y pasas que tampoco me aceptó nunca, hasta que fui mayor y comprendí que no eran reales, que solo eran piezas maravillosas del mecanismo de aquel reloj que sonaba siempre un poco después de las campanadas del reloj grande del salón porque mi abuelo decía que atrasaba algo, pero que no quería que nadie lo tocara porque no se fiaba nada de los relojeros.

—Es el parte de guerra en Radio Nacional de España desde Burgos, acaban de decir que lo ha escrito Franco de puño y letra —nos cuenta Gonzalo, que sigue afinando con la rueda de la radio.

Por fin se oye una potente voz que da un poco de miedo, dice que es el parte oficial de guerra desde el cuartel general del Generalísimo, que en el día de hoy el ejército rojo está cautivo y desarmado y *quenosequemas*, pero que la guerra ha terminado.

Se hace un silencio, nadie sabe qué decir ni qué va a pasar ahora. Gonzalo apaga la radio. En la calle se oyen voces. La casa de Valentín, como es la primera del patio, tiene un ventanal en el comedor que da a la calle, desde allí vemos a la gente en la calle saludando con la mano extendida y gritando «¡Viva Franco!, ¡Arriba España!»... La verdad es que desde que han entrado los nacionales en Madrid solo se oyen esos gritos y en las fachadas de algunos edificios cuelgan carteles con esos mensajes. A lo mejor por eso los llaman *fachas*, porque cuelgan carteles de las fachadas. Pero no, porque los otros también ponían carteles enormes con las fotos de Stalin... ¡Qué lío!

—María —dice mi madre—, llévate a la niña a casa, por favor, que le quiero preguntar una cosa a Valentín.

—Vamos, Ángela —dice mi tía—, que mañana tú y yo tenemos que madrugar.

—¿Y mamá no viene?

—Ahora vendrá, ¿no has oído que quiere preguntar una cosa?

—Pero ¿qué quiere preguntar? ¿Por qué no lo podemos oír nosotras? —Yo no me fio mucho porque pienso que a lo mejor quieren hablar otra vez de que me vaya a Valencia o algo así.

—Venga, Ángela, no seas pesada, ya te lo contará tu madre cuando vuelva.

En casa, como mamá no acaba de llegar, nos preparamos para acostarnos.

—Oye, tía, ¿tú sabes lo que significa la palabra melancolía?

—Sí, más o menos, es una tristeza, una tristeza que no te deja nunca, que va contigo a todas partes.

—En el diccionario pone que es una «tristeza vaga», pero ¿qué quiere decir eso de vaga?

—Supongo que significa vaguedad, que no se sabe de dónde viene, que no se conoce el porqué y el origen de esa tristeza...

—Tía, ¿tú crees que mamá tiene melancolía?

—Es muy posible, pero la tristeza de ella no es vaga, se sabe muy bien de dónde viene. Bueno, y ahora vamos a dormir que mañana tenemos que levantarnos temprano.

Pero no puedo dormir, miro al techo, oigo la suave respiración de mi tía que duerme plácidamente. Madruga tanto que se ha quedado dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada; aunque dicen que ella y yo somos iguales, a mí me parece que no, porque yo tardo mucho en dormir y me cuesta mucho despertar por la mañana y ella es al revés, por la mañana se levanta enseguida y se pone a hacer cosas con una actividad que a mí me agota solo con mirarla.

No sé qué me pasa hoy, para todos es una buena noticia eso de que la guerra ha terminado y que por fin podremos hacer una vida normal, sin sitio, sin bombas, sin racionamientos..., pero hay algo que a mí me preocupa mucho y lo peor es que no sé muy bien de qué se trata, es como una amenaza, como una negra sombra que se acerca lentamente y que da mucho miedo.

Mi madre me dice que le doy muchas vueltas a las cosas, que eso no es bueno, que lo pasado, pasado esta y que hay que mirar adelante para poder seguir viviendo, pero yo no puedo evitarlo, no puedo dejar de pensar en las cosas que nos pasan, que son siempre cosas malas, que nunca jamás vienen noticias alegres que nos permitan mirar al futuro con confianza. Es verdad que yo paso mucho rato pensando y dándole vueltas a esas cosas malas, tratando de entender, que quizás debería prohibir a esos pensamientos entrar en mi cabeza, pero es que no me doy cuenta, cuando quiero reaccionar ya están ahí, y ya no puedo hacer nada porque soy su esclava y solo tengo que dejarme llevar hacia donde ellos quieran ir.

No sé qué tiene que hablar mamá con Valentín tan secretamente, a lo mejor está dándole vueltas otra vez a lo de Valencia, porque mi madre cuando se empeña en una idea no hay forma de convencerla. Por eso papá le decía que era la persona más testaruda que había conocido nunca porque, aunque nunca discutía, tampoco era posible convencerla y siempre acababa volviendo a su idea.

Yo no quiero irme a Valencia, no lo voy a hacer porque ella misma me prometió que nunca jamás nos separaríamos y si no cumple su promesa para mí sería una decepción porque ella siempre me ha enseñado que hay que cumplir con lo que se promete, que hay que mantener la palabra y si no que no se comprometa uno.

Mi tía sigue respirando suavemente y eso me tranquiliza, no estoy sola en la oscuridad. Oigo la puerta que se abre y se cierra con un leve golpe. Es mamá, que cree que estamos dormidas y procura moverse en silencio. Entra en el cuarto de baño, veo el resplandor de la luz, tarda un buen rato en salir. Después se pone el pijama a oscuras, para no despertarnos, y se mete en la cama con todo el cuidado del mundo.

Aunque no puedo ver su cara hay algo en ella, en sus movimientos, que me dice que no es buen momento para preguntar y, a pesar de la curiosidad que me pica, me callo e intento dormirme.

## Capítulo 17

Al salir de clase viene conmigo Eugenia. Es una chica de mi clase que vive en Marqués de Viana. A mí no me hace mucha gracia que me acompañe porque es muy aburrida, pero sor Narcisa nos ha dicho que tenemos que ser muy buenos con ella porque lo está pasando muy mal. Sor Narcisa la quiere mucho, aunque no es de las más aplicadas y sor Eulalia, la superiora, también la quiere y le dirige la palabra cada vez que se cruza con ella.

Al principio yo no sabía por qué lo estaba pasando tan mal, pero un día la señorita Mari, que es una de las cuidadoras que ayudan en clase a sor Narcisa, estaba contándole a las otras cuidadoras que el padre de Eugenia desapareció y que el hombre que vive con su madre le pega unas palizas brutales y que por eso algunos días trae todas esas marcas de golpes en la cara y en las manos, que es lo único que se puede ver de su cuerpo.

—A saber cómo tendrá el cuerpo de golpes la pobre niña, —contaba la señorita Mari—. Pero ahora eso se ha terminado porque, desde que están los nacionales, los curas y las monjas mandan mucho. Antes sor Eulalia no se podía meter en nada, tenía que permanecer bien callada para que no vinieran otra vez los comunistas a quemar el convento, pero ahora es distinto, ahora la última vez que la niña vino a clase llena de golpes y moratones, sor Eulalia habló con don Anselmo para que le dijese a ese hombre que si volvía a ponerle la mano encima a la niña iría a la cárcel directamente y don Anselmo dijo que lo haría al día siguiente.

Don Anselmo es el sacerdote que viene todos los días al convento a decir las misas y dice la señorita Mari, por cierto yo no sé qué hace esa mujer para enterarse de todo, bueno pues contaba que don Anselmo no solo habló y amenazó a ese miserable sino que también le dijo a la madre que tenía que ir a hablar con la superiora del colegio.

«Cuando vino la madre de la chica, sor Eulalia le dijo que era una miserable por permitir que ese canalla maltratase a su hija de esa manera, que si tanta necesidad tenía de hombre para meter en su casa a semejante individuo..., y la madre se echó a llorar y le dijo que no se sabía nada de su marido y que ese hombre la ayudaba con los gastos para sacar adelante a sus hijos. Pero sor Eulalia le dijo que si volvía a pegar a la niña, don Anselmo los denunciaría e irían los dos a la cárcel y le quitarían a sus hijos. No sé qué le dijo don Anselmo a ese canalla, pero el caso es que la chica no ha vuelto a venir con señales de golpes».

Por el camino Eugenia me cuenta que quiere ingresar en la orden de las hermanas, que quiere ser monja y parecerse a sor Eulalia y a sor Narcisa y yo le pregunto que si tiene vocación de monja, porque la vocación es lo más importante para poder renunciar a las cosas del mundo, pero ella me dice que sí, que claro, que está deseando tener la edad para ingresar como novicia y que las monjitas ya lo saben y están de acuerdo.

—Pero ¿lo sabe tu madre?

—No, y no se lo pienso decir hasta que llegue el momento.

—Pero ¿por qué no se lo dices a tu madre?

—Porque me da miedo, temo que me lo prohíba o algo peor... No sé, pero ellos son capaces de

cualquier cosa.

Yo me quedo callada porque no tengo ganas de discutir, tengo preocupaciones en la cabeza mucho más graves, pero no lo entiendo, no puedo entender por qué Eugenia no le cuenta a su madre una cosa tan importante. Desde luego yo no podría ocultar en casa una cosa así, además, seguro que mi madre y mi tía adivinarían enseguida que algo me ronda en la cabeza y acabarían sonsacándomelo..., menudas son.

Cuando entro en casa mamá está sentada en el comedor con las manos abiertas sobre la mesa. Delante de ella tiene dos montones de dinero, uno pequeño de billetes del nuevo régimen y otro mucho más grande de billetes de la república y los mira pensativamente.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, hija, no pasa nada, solo que cada vez somos más pobres, cada vez las cosas se tuercen más... Yo ya no sé qué más cosas peores nos pueden ocurrir.

Mamá me cuenta que ha ido al banco para cambiar el dinero que tenía de la república, que la mayoría del dinero no tiene ningún valor, solo algunas series de billetes, que por todo lo que llevaba le han dado unas pocas pesetas que no nos van a llegar para nada.

—Tendré que buscar trabajo inmediatamente —continúa mamá, hablando en un tono que a mí me asusta bastante—, ya he puesto un anuncio en la tienda ofreciéndome para dar clases de piano y de francés o para ayudar a los niños que vayan mal con los estudios. Pero ¿quién va a estar interesado en clases de piano en este barrio de obreros? También le he dicho a Sara que se informe de si hay algún trabajo, aunque sea para limpiar el cine como ella y mañana iré a ver a doña Elena, a lo mejor ella, que conoce a mucha gente adinerada, sabe de alguien interesado en mis clases.

Cuando llega mi tía se lo contamos todo y le dice a mamá, poniendo una cara muy seria, que mientras ella pueda seguir trabajando y ganando un jornal, mi madre no tendrá que ponerse a limpiar los váteres de los cines ni de nadie.

—Gracias, María, ya sé que siempre podré contar con tu ayuda, pero es preciso que encuentre pronto un trabajo... Bueno, y ahora vamos a preparar algo de cena que mañana todas tenemos muchas cosas que hacer.

Mi tía quiere tomar hoy un poco de vino con la cena y me manda a la tienda de Dani a por un cuartillo y veo allí colgado el cartel anunciando las clases que quiere dar mamá.

En la cena estamos más animadas, mi tía nos cuenta cosas de su trabajo, de sus compañeras o de lo que ve por la calle o en el metro cuando vuelve a casa. Estamos tan acostumbradas a las malas noticias que ya casi nada nos puede asustar durante mucho tiempo.

## Capítulo 18

Cuando abro la puerta para irme al colegio dos hombres están en el patio aporreando la puerta de

Sara.

—Mamá, hay dos hombres llamando a la casa de Sara.

Mi madre sale enseguida, vemos que Sara abre la puerta, que los dos hombres la empujan violentamente y se meten en la casa.

—¿Dónde está el hijoputa de tu hijo? —dice uno, empujando a Sara contra la pared.

Mamá y yo estábamos en la puerta, que se habían dejado abierta de par en par.

—No lo sé, hace semanas que no le veo, pero ¿para qué lo quieres?

—Él sabe bien para que lo quiero, para darle un paseíto muy divertido. Venga, dime dónde está, vieja bruja, que no tenemos todo el día.

—De verdad que no lo sé, y si lo supiera no te lo diría. Pero ¿qué te pasa, Pedrito? Si era tu mejor amigo.

—¡No me llames Pedrito! —grita, y le pega un soberbio bofetón a Sara que la tira al suelo—. ¡Esto para que aprendas a respetar!

—¡Cobarde! —dice mi madre, colocándose entre él y Sara—. ¿Es de hombres pegar a las mujeres?

—¿Y esta de dónde sale?

—Eres un cobarde, pegar a una señora que puede ser tu madre y que no tiene quien la defienda... Eres un canalla miserable. ¡Largo, marchaos de aquí! —Es Rosa que estaba detrás de nosotras, pero no nos habíamos dado cuenta. Se pone delante de mi madre y escupe en la cara a ese hombre, mirándolo con una ferocidad que yo no había visto nunca en ella.

El hombre levanta la mano para golpearla, aunque parece que duda.

—Pégame —dice Rosa—, pégame si te atreves, que yo sí tengo quien me pueda defender.

Y el otro baja el brazo, parece asustado por la mirada de Rosa.

—Volveremos a por él, vieja puta, no creas que se va a escapar —exclama, amenazando con el puño desde la puerta de la calle.

Nos quedamos solas, mirándonos en un tenso silencio. Sara sigue en el suelo, le sangra el labio y la nariz, tiene la marca de los dedos en la cara y el ojo cerrado que empieza a ponerse morado.

Rosa se desploma en una silla rompiendo a llorar, tiene un carácter tranquilo y apacible, pero todo lo que ha pasado, ese arranque de ira que ha tenido, ha afectado tanto a sus nervios que al final se derrumba en un llanto desconsolado, imparables, infinito. Rosa llora por todo lo que ha pasado en esta maldita guerra, por sus hijos mayores que ya no están con ella, por todos los muertos que ha visto, por la miseria y por el hambre y por el dolor que ha destrozado su vida...

Yo lo entiendo, hay algo dentro de mí que me explica muy clarito lo que está pasando, noto que las lágrimas también quieren salir de mis ojos y brotan imparables y me da mucha rabia porque no es el mejor momento para ponerse a llorar, porque hay que ser fuerte y sobreponerse a toda esta

desesperanza.

Menos mal que está mi madre que no hace mucho caso a Rosa, la deja llorar y atiende a Sara, la levanta del suelo, le limpia con agua fresca la sangre del labio y de la nariz y le pone en el ojo un pañuelo empapado también en agua fría para que no se le hinche más.

—Ángela, vete al colegio, que vas a llegar tarde —me dice sin dejar de atender a Sara.

—Pero, mamá...

—Ni mamá ni nada, vete al colegio que aquí ya no pintas nada.

En el colegio el día se me hace muy largo, no dejo de pensar en lo que ha pasado. Es la primera vez en mi vida que veo una cosa así, un chico joven y fuerte pegando a una mujer que bien puede ser su madre y que, de hecho, es la madre del que fue su mejor amigo.

Salgo del colegio y vuelo a casa, pero en casa no hay nadie. Están en casa de Sara, mi madre y Rosa están con Sara sentadas a la mesa del comedor. Sara parece estar mejor, aunque tiene el ojo hinchado y morado. Tienen unas tazas delante, debe de ser una infusión de manzanilla o de tila o de té o algo así.

—Ángela, toma un poco de manzanilla que todavía está caliente —me dice Sara y se levanta para traerme una taza.

Bebo en silencio la manzanilla caliente; aunque está muy avanzada la primavera y hace ya calor, yo tengo frío por dentro.

Sara aprovecha, sirve más manzanilla en las otras tazas, después se sienta y permanece callada. Todas estamos calladas, no hay nada que decir, solo pensar y hacernos compañía en nuestra desesperanza, en nuestro dolor, en nuestros miedos...

Estamos así, calladas cuando entra mi tía y a continuación Gonzalo y Valentín. Sara acerca unas sillas para que se sienten y ellos se van sentando, pero nos miran intrigados porque no tienen ni idea de lo que ha pasado.

Y entonces Rosa empieza a hablar, muy despacio, lo va contando todo con una voz dulce y como rota, lo explica con un extraño tono ausente, como si ella no hubiera estado, como si fuera una cosa muy lejana que pasó en otro planeta... Pero no omite nada, es como cuando te cuentan una película con pelos y señales, pero solo lo que ha pasado sin decirte nada sobre lo que siente el que lo cuenta..., no sé cómo explicarlo, pero es así como lo está contando Rosa.

Yo miro a Gonzalo y a Valentín, ¡cómo se parecen! Los dos tienen las manos extendidas sobre la mesa, los dos miran en silencio sus manos que se crispan, a los dos se les nota en la cara el movimiento al apretar las mandíbulas y a los dos les brillan los ojos con pena y con rabia.

—No es eso, no es eso... —le oímos decir a Gonzalo—, no es para eso por lo que hemos luchado...

Se levanta de un salto y sale a la calle sin correr, pero andando con largos pasos. Su padre sale detrás de él y nosotras también los seguimos.

—Por favor, Gonzalo, no vayas, déjalo, no vale la pena continuar con esto...

Sara implora, corriendo detrás de Gonzalo, intentando seguir el paso rápido y decidido que lleva Gonzalo bajando la calle hacia Marqués de Viana.

Es sábado la carnicería está abierta porque es el día de cobro y muchas mujeres van a pagar lo que deben y a comprar algo con el dinero que traen sus maridos.

—Sal de ahí, cabrón, que tenemos que hablar tú y yo —le ordena Gonzalo, pero Pedrito está

dentro del mostrador con su padre y no se mueve. Mira a Gonzalo acobardado, pero no se mueve —. Sal de ahí, cobarde, o entro a por ti.

Gonzalo se mete por detrás del mostrador, pero el padre tiene en la mano el enorme machete de cortar la carne y lo levanta amenazador:

—Quieto, no des un paso más si no quieres que te corte el cuello.

Y parece dispuesto a lo que sea para defender a su hijo.

—Usted no se meta en esto, su hijo y yo tenemos que hablar de hombre a hombre..., a ver si es capaz de pegarme a mí como pega a mujeres indefensas.

—No des un paso más, Gonzalo, no hagas que me pierda yo también por defender a este cobarde —dice el padre de Pedro, pero sin bajar el enorme machete.

Nosotras estamos paralizadas en la puerta de la carnicería, ya es de noche en la calle, las luces del local están encendidas, todo tiene un aire trágico, como si fuera el escenario de un teatro.

Entonces Rosa, otra vez Rosa, coge a su hijo por el brazo y lo arrastra fuera del mostrador:

—Vámonos, Gonzalo, no te manches las manos con este miserable cobarde —dice tirando de su hijo y Valentín se pone entre los dos, pasa sus brazos por encima de los hombros de su hijo y de su mujer y los saca de la carnicería, suavemente, en silencio...

No hay nada más que hablar, ya está todo dicho y nos volvemos a casa, caminando en la noche oscura.

## Capítulo 19

Ya es casi la hora de cenar, he terminado de hacer los deberes y he puesto el mantel en la mesa, pero mi tía no ha llegado todavía. Estamos preocupadas porque ella nunca se retrasa, si viene en el metro suele llegar de cinco y media a seis y si viene andando, de seis y media a siete, pero son casi las nueve y no sabemos nada de ella. Yo estoy todo el rato asomándome al patio para ver si la veo venir. Ahora los días son mucho más largos, aunque ya no hay sol todavía hay una luz que te permite ver perfectamente. Sara ha debido de regar el patio porque huele a tierra húmeda y el suelo está mojado. Hay luz en casa de Sara y en casa de Rosa y Valentín también, deben de estar cenando.

—Ángela, ¿quieres hacer el favor de entrar y cerrar la puerta?, que se nos va a llenar la casa de mosquitos.

Mi madre conserva la calma de siempre, pero yo estoy cada vez más nerviosa, no puedo evitar pensar que todas las cosas que nos pasan últimamente son malas, tengo ganas de llorar, pero no quiero hacerlo. ¡Qué rabia me da ser tan blandita!

Pero noto que mamá también empieza a preocuparse. Sale a la entrada del patio, la puerta ya está cerrada, la cierra siempre Valentín que suele ser el último en llegar, pero mi madre abre la puerta

y se asoma a la calle. Se oyen las campanadas de las nueve en las iglesias cercanas y empieza a caer la noche.

Mamá está parada en la puerta, inmóvil, mirando la calle y yo estoy en la puerta de casa mirándola a ella.

—¿Qué ocurre, Julia? —Es Rosa que sale de su casa, se conoce que ha sentido la presencia de mi madre en la entrada del patio.

—Que estamos muy preocupadas, son ya las nueve y María no ha venido, ya sabes que nunca llega después de las siete... No sé qué le habrá podido pasar.

Desde mi sitio no puedo oír lo que dice Rosa, pero veo salir a Valentín que debía de estar cenando porque lleva el pijama de rayas y una servilleta atada al cuello.

—Qué María no ha venido aún y Julia está muy preocupada. No sabemos qué le ha podido pasar.

—Tranquilas —dice Valentín y se quita de un tirón la servilleta del cuello—, de momento no podemos hacer nada. A lo mejor se ha entretenido con alguien al salir del trabajo o se ha estropeado el metro, que no sería nada raro.

Mamá no contesta porque nunca lo hace, pero yo sé que no se queda nada convencida y viene hacia casa muy pensativa.

Por fin aparece mi tía, mamá y yo estamos sentadas en el comedor, entra y se queda parada en la puerta como si no esperase vernos allí, después cruza corriendo el comedor y se encierra en el baño.

Mi madre y yo nos miramos, nos ha dado tiempo a ver cómo viene. El vestido verde estampado tan bonito que se hizo hace poco lo trae todo desgarrado, el pelo sobre la cara, que la tiene llena de arañazos, y los brazos también los tiene arañados y con sangre.

Esperamos un momento, pero como no sale, mamá se acerca a la puerta del baño y llama con los nudillos.

—María, ¿estás bien?

Pero mi tía no contesta, no se oye nada dentro.

—María, ¿qué te pasa?, abre, por favor.

Mi madre está aporreando la puerta, empieza a ponerse nerviosa, cosa muy rara en ella.

—María, abre, si no abres tiro la puerta abajo.

Entonces se abre la puerta, mi tía está sentada en el taburete mirando a la pared, pero no llora ni nada. Mamá se acerca a ella y le retira el pelo, tiene la cara arañada y con marcas de golpes. Mi tía se deja hacer, tiene los brazos caídos y también están llenos de arañazos y de marcas rojas como de dedos.

Yo corro hacia ella y la abrazo por la cintura con mi cabeza en su regazo, nunca la he visto así y tengo mucho miedo, me parece que le ha tenido que pasar algo terrible para que esté así.

Mi madre le levanta la falda porque vemos que le cae un hilo de sangre a lo largo de la pierna, tiene debajo de la rodilla una herida abierta que sangra.

—Esta herida tiene muy mal aspecto —dice mi madre—, voy a hervir agua para limpiarla un poco; aunque tendríamos que ir al hospital para que te miren.

Mientras se calienta el agua, mamá le quita la ropa para ver si tiene más heridas en el resto del cuerpo y me manda a mí que vigile para ver cuándo empieza a hervir el agua.

—Pero, María, dime qué te ha pasado, por favor, dime quién te ha hecho esto.

Mi tía calla, es muy obstinada; aunque como mi madre insiste deja de mirar a la pared y se pone a mirarla a ella fijamente, con ojos de rabia y desesperación. Yo estoy paralizada en la puerta del cuarto de baño con el cazo de agua hirviendo y un pañuelo limpio en la mano.

—No me ha pasado nada —dice por fin—, que me he caído, nada más que eso.

—Pero, María, no digas tonterías, una simple caída no ha podido causarte todas esas heridas, por favor. ¿Por qué no quieres contarnos la verdad?

—¿Qué es lo que quieres que te diga! —grita mi tía de repente y le sale una especie de espuma por la boca—. Dime, qué es lo que quieres que te cuente. Que me han asaltado. Que me han pegado y me han violado... ¿Eso es lo que quieres que te cuente? Y ¿de qué serviría?, dime, ¿de qué serviría? ¿Es que tú puedes hacer algo si te cuento todo eso? ¿Es que tal vez tú puedes conseguir que castiguen a los que me han hecho esto? Deja las cosas como están, Julia, diremos que me he caído y ya está, no quiero hablar más de este asunto.

## Capítulo 20

Me entretengo un poco al salir del colegio, hace una tarde preciosa y nos quedamos algunas chicas charlando en la puerta.

Al llegar a casa mi madre me da una carta, es de Valencia, por fin nos escribe mi hermano Andrés, Paquito también ha escrito algunos párrafos y al final Pepita nos manda unas líneas.

—¿Qué pasa, mamá, es que son malas noticias? —pregunto porque veo que mi madre me da la carta con triste expresión.

—No, hija, no me hagas caso, es que estoy con mi insoportable melancolía.

—Mamá, ¿tú tienes una tristeza vaga?

—¿Qué pregunta, Ángela! Seguro que lo has leído en algún diccionario. Tristeza creo que sí que tengo, pero no es precisamente vaga porque creo que tengo bastantes motivos para no estar como unas castañuelas.

Como veo que mi madre no está por la labor de darme muchas explicaciones me enfrasco en la lectura de la carta que, por otra parte, lo estoy deseando. Mi hermano Andrés escribe muy bien

para sus diez años, y no me refiero a la letra sino al contenido porque lo cuenta todo de una forma tan clara, tan sencilla que parece que lo estás viviendo.

Dice que desde abril van a la playa, unas veces a San José, otras a Pinedo y casi siempre a la Malvarrosa, como no conozco ninguna de las tres no presto mucha atención a esta parte porque, en realidad, no conozco nada y es que no conozco el mar, nunca lo he visto; aunque sin querer me quedo con los nombres de las playas por culpa de esta dichosa memoria que tengo, que se me queda todo, que no me deja olvidar nada.

El agua está un poco fría, pero ellos se bañan siempre si no hay muchas olas, como el domingo pasado que no pudieron bañarse porque había olas gigantes que rompían bramando (ahí sí que lo he pillado porque eso es un verso de un poema de Bécquer), Andrés dice que el mar, aunque lo veas tan bello, es un traidor y que no hay que fiarse nunca.

Cuenta muchas cosas de Valencia, sobre todo del barrio de Ruzafa y de las Fallas que se celebran en marzo, aunque este año no se han podido celebrar por la guerra. Dice que tiene muchos amigos en el barrio y en el colegio, que lo llaman el madrileño, aunque él les dice que no es de Madrid, que es de Córdoba, pero nada, les da igual.

Me hace gracia porque pone algunas palabras en valenciano, expresiones que yo no había oído nunca, pero veo que lo que de verdad le apasiona a mi hermano es el mar, puede estar páginas y páginas hablando del mar. A mí me da un poquito de envidia porque no lo he visto nunca, solo en fotografías y no es lo mismo.

Paquito dice que ya sabe nadar, que le ha enseñado Andrés, que todavía nada al estilo perrito, pero que en el verano cuando no estén las olas nadará a braza. No me puedo imaginar a Paquito nadando en el mar, me da un poco de miedo que un niño tan pequeño nade solo tan tranquilamente en esa inmensa cantidad de agua.

*«La mer, le nom général de mer est donné a la baste etendue d'eau salée qui occupe les trois quatrièmes parties de la surface terrestre...».* Me viene a la cabeza este texto que me hacía traducir mamá en las clases de francés.

Al final de la carta Pepita nos manda muchos recuerdos, nos dice que nos animemos a ir a Valencia este verano, que en la casa hay sitio, que tiene muchas ganas de conocernos, que Chari, Chari es mi hermana pequeña, aunque yo siempre la llamo la niña, está creciendo mucho y que cada día está más guapa, que ha sido un verdadero regalo en esa casa sin niños.

En el sobre también viene una foto: está mi hermano Andrés con una camiseta de rayas de esas que llevan los marineros y Paquito a su lado, enorme, algo gordito y casi tan alto como él. La niña está muy cambiada, se parece a mí, es rubia y grandona como yo. Lleva un vestido muy bonito, parece caro, se ve que es la niña mimada de Pepita. Por cierto, Pepita también sale en la foto: es una señora que parece mayor, desde luego mucho mayor que mamá, es bastante gorda, viste de oscuro, lleva el pelo recogido en una especie de trenza por detrás; aunque en la foto no se puede apreciar el color del pelo, parece que ya está casi blanco.

Lo dejo todo a un lado. Ahora entiendo mejor la tristeza de mamá porque es verdad que leer todo esto te pone muy triste, no sé por qué, porque tendría que alegrarme recibir noticias de mis hermanos, pero la carta me hace notar su ausencia, leo las palabras de Andrés y me parece escuchar su voz, pero él no está aquí, está muy lejos y veo que cada vez se aleja más de nosotras

y, lo peor, es que no sé cuándo volveré a verlos.

Mamá me da una hoja para que les ponga unas letras. Ella ya ha escrito más de dos páginas. Yo me pongo a contarles cosas, aunque no sé muy bien qué poner porque no quiero contar cosas tristes y todo lo que nos pasa aquí es triste y oscuro. Al final cuento cosas del colegio. Les digo que sigo ayudando a sor Narcisa con las niñas más retrasadas. Les cuento que sor Narcisa me ha propuesto ingresar como novicia en el convento, pero que yo no quiero porque el día de mañana me gustaría formar una familia y tener un marido alto y fuerte y guapo como papá y tener unos hijos preciosos como mis hermanos... El caso es que al final me enrolló como hago siempre y es que, como dice mi tía, la imaginación se me desborda siempre y también me dice que tenga cuidado porque la imaginación es más peligrosa y más dolorosa que la memoria y yo peor porque tengo las dos cosas..., bueno, eso es lo que dice mi tía.

Mamá me dice que todavía no guarde la carta porque la tía querrá escribir algunas líneas a los niños.

Me cuenta que ha ido a ver a doña Elena, que ha estado muy cariñosa y la ha obligado a quedarse a comer con ella. Ahora le va mucho mejor, mandan los suyos, aunque ella no tiene ideas políticas, pero sí que es verdad que pertenece a una clase social más allegada a los que han ganado la guerra.

Mamá le ha contado lo que le ha pasado con el cambio del dinero y que si sabe de algún colegio o alguna familia que necesite una profesora de piano o de francés o de matemáticas que, por favor, nos avise porque estamos un poco necesitadas de encontrar trabajo.

Mamá también le ha preguntado a Sara si necesitan a alguien para limpiar el cine porque Sara nos contó que cuando se mató su marido en la obra, al caer desde un quinto piso por el hueco de la escalera que estaban haciendo, el administrador le dio el trabajo de limpiadora en el cine Tetuán y eso, aunque no es mucho, le ha permitido ganarse la vida todos estos años en que su hijo Mauro estaba en la guerra.

Sara le ha dicho que preguntará, pero no le ha dado muchas esperanzas porque hay tanta gente buscando que se necesita un buen enchufe para todo.

Estamos hablando de todo esto cuando llega mi tía, viene amargada como siempre le ocurre desde que le pasó eso.

Mamá le dice que han escrito los niños desde Valencia, que si quiere ponerles algunas letras, que aún no hemos cerrado el sobre.

—Diles que los quiero mucho y que me acuerdo mucho de ellos —comenta mientras atraviesa el comedor y se mete en la alcoba porque ahora ya no duerme en la habitación grande con nosotras, dice que hace mucho calor y que prefiere dormir en una cama sola. Yo creo que es por lo de la pierna porque le debe de doler mucho y, además, le huele muy mal, pero no quiere ir al hospital y le chilla a mamá cuando la quiere llevar porque dice que no están los tiempos para perder un día de trabajo.

## Capítulo 21

Hoy es el último día de clase, nos dan las vacaciones unas semanas antes porque quieren hacer reformas en el convento, que está hecho una pena. También este es el último año que puedo estar en la clase de sor Narcisa, el próximo año estaré en la clase de las mayores.

Al salir del aula para ir a comer, sor Narcisa me dice que después vaya a verla, que me espera en el jardín interior, que sor Eulalia, la superiora, quiere hablar conmigo. Yo me imagino que es para preguntarme otra vez si quiero entrar en la orden.

Hoy, como es el último día, la comida está muy rica, sobre todo el postre. Han hecho un flan y unas pastas riquísimas y es que «las monjas para esto de los dulces tienen mano de santo», como dice siempre mi tía.

Pero, aunque la comida es muy buena, todas estamos un poco tristes porque es el último día que nos vemos y porque cada una en su casa debe de tener problemas muy gordos como los tengo yo porque los tiempos son así, aunque ninguna de nosotras hablamos de nuestros problemas porque nos da vergüenza, porque hablar de esas cosas sería como quedarse una desnuda delante de todas. Al menos eso me parece a mí.

En el jardín privado del convento se nota cómo rompe la primavera, rompe en las plantas que lo adornan, en la exuberancia, en el color, en el aroma..., sobre todo en el aroma que me recuerda el jardín de mi casa de Córdoba. Ya sé que este es mucho más grande y está lleno de árboles y paseos y que el nuestro solo tenía un limonero y una fuente y que el resto eran simples macetones, pero el olor en primavera es el mismo y por eso me acuerdo de Córdoba mientras lo cruzo para reunirme con sor Narcisa que me espera en su banco favorito, enfrente de la fuente, bajo la fresca sombra de un ciruelo de Pissard de preciosas hojas, rojo oscuro como púrpura y que ahora en primavera está en todo su esplendor.

Sor Narcisa está sentada en su banco favorito, lee en un librito pequeño, seguro que son las obras de santa Teresa de Jesús, que también es su favorito. Cuando me oye llegar levanta la vista del libro, me mira y me sonrío mientras lo cierra con el cuidado que ella pone en todo lo que hace. ¡Qué sonrisa más bonita tiene sor Narcisa! Algunas veces se parece a mi madre, ahora por ejemplo. Tiene una sonrisa algo triste, como si le diera vergüenza mostrar un poco de alegría con la desolación que impera en el mundo. La misma sonrisa que tiene mi madre las pocas veces que sonrío.

—Ángela, ven, siéntate a mi lado que dentro de un rato vamos a ir a ver a sor Eulalia que quiere verte y despedirse de ti.

Sor Eulalia es la superiora del convento, es del estilo de sor Narcisa, dulce y cariñosa; aunque yo y las demás niñas la vemos bastante poco porque siempre está en su despacho en el interior del convento.

—Bueno, ¿qué?, Ángela, ¿has vuelto a pensar en lo que te dije de ingresar como novicia en nuestra orden?

—Sí, hermana, sí que lo he pensado mucho y también lo he hablado en casa con mi madre y con mi tía, pero no puedo, no tengo vocación. Yo lo que más deseo es casarme con un hombre que me quiera como quería mi padre a mi madre y tener hijos y vivir todos juntos en familia en una casa

con un jardín como era la casa de Córdoba. Aquellos fueron los años más felices de mi vida y solo pienso en volver a vivirlos. Por eso sé que no tengo vocación y que nunca podré tenerla porque me aparta de mi sueño.

Sor Narcisa sonríe otra vez cuando le cuento todo esto y me acaricia el pelo con infinita ternura, mirando pensativa el agua que cae cantando de los chorros de la fuente.

—Bueno, pequeña, tal vez eso que tú deseas sea la mejor forma de servir a nuestro Señor. Probablemente sea esa...

Nos levantamos, vamos caminando despacio, en silencio, pensando cada una en sus cosas hacia el despacho de sor Eulalia.

Llamamos a la puerta, nos dice que pasemos, está sentada en su despacho, escribe en un cuaderno de esos con pastas de hule negro y nosotras esperamos que termine de escribir.

—Pero sentaos, por favor —nos pide y cierra con cuidado el cuaderno y enrosca lentamente la caperuza de la pluma estilográfica.

Nosotras nos sentamos enfrente, en la punta de la silla, ella nos contempla callada, con la risa en sus ojos, con una mirada dulce y tierna que me da tranquilidad y hace que me sienta bien. «Qué guapa es sor Eulalia», pienso, admirando sus ojos color miel y su cara perfecta y su boca y su nariz y todo. Parece una de esas artistas de cine y eso que la toca que llevan las hermanas no le puede sentar bien a nadie, pero a sor Eulalia sí, a ella le sienta maravillosamente, mejor que a nadie.

—Hola, Ángela, tenía muchas ganas de verte y hablar un ratito contigo. Ya me ha dicho sor Narcisa que no quieres ingresar como novicia en nuestra orden.

—Al parecer tiene otros proyectos —interviene sor Narcisa. Yo creo que lo hace porque quiere salir en mi defensa al ver que yo agacho la cabeza y no encuentro la repuesta—, quiere ser madre y formar una familia.

—Bueno, pues esa es también una buena forma de servir al Señor... Tal vez la mejor de todas.

—Sí, eso me ha dicho también sor Narcisa —respondo loca de alegría al ver que sor Eulalia me comprende igual que sor Narcisa y porque quiero justificar mi decisión y no defraudar las esperanzas que estas monjitas han puesto en mí.

Después sor Eulalia cambia de tema y me pregunta por Dolores, Lola, que si sabemos algo de ella, pero yo le digo que en casa nos acordamos mucho de ella, que hablamos con frecuencia y que estamos muy preocupadas porque no sabemos qué le habrá pasado y que mi tía María dice que se teme lo peor, aunque yo no sé muy bien qué quiere decir con eso de «lo peor».

—Nosotras también estamos preocupadas y pedimos a Dios todos los días por ella en nuestras oraciones; bueno, por ella y por tu padre porque gracias a ellos podemos estar ahora hablando aquí tan tranquilas. Os voy a contar algo que no conoce nadie en este convento porque lo he mantenido en secreto durante todos los años que tú, Ángela, has estado con nosotras y os pido que vosotras también lo mantengáis en secreto.

Sor Eulalia empieza a contarnos, hablando muy bajito:

—Una mañana, pocos meses después de empezar la guerra, en esos tiempos tan turbios con Madrid bombardeado y sitiado, llegó al convento una partida de comunistas, venían con antorchas, bidones de gasolina... Nos ordenaron salir a todas las monjas porque querían quemar el convento, ¿te acuerdas hermana Narcisa?

—Sí que me acuerdo y todavía me estremezco al recordarlo.

—Entonces, cuando ya estábamos todas en la calle, temblando de frío y de miedo en la puerta del convento y ellos iban a comenzar a prender el fuego, llegó un coche de la CNT, se cruzó en la acera, delante de la puerta del convento y bajaron de él Lola y un comandante que era tu padre, Ángela.

»Tu padre se enfrentó a aquella masa de hombres enfurecidos, se subió al capó del coche y les habló desde allí. Les dijo que no habían hecho la guerra para eso, que para eso no morían los hombres en el frente, para quemar conventos y dejar a pobres mujeres indefensas en la calle, que luchaban y morían por la libertad, para que todos pudieran sentir y vivir según sus convicciones sin que nadie se lo impida, que para eso estaban luchando y que el enemigo estaba en el frente, en las trincheras y no en un convento de monjitas, que no iba a consentir ese tipo de acciones y que todos los que estaban allí se tenían que incorporar inmediatamente al frente de Madrid que llevaba meses sitiado.

»Pues ahora ya sabes, Ángela, que gracias a tu padre se libró este convento de las llamas cuando estaban a punto de quemarlo y a nosotras no sé de qué nos libró porque no quiero ni pensar lo que querían hacer con nosotras ese horrible día.

Sor Eulalia dice que se hizo un profundo silencio y que todos los que estaban allí se fueron retirando y que Dolores tranquilizó a las monjitas y les dijo que entrasen en el convento que ya nadie les iba hacer daño y que mi padre seguía de pie en el capó del coche, que, con los brazos caídos, miraba cómo se retiraban aquellos hombres y que en su cara se podía ver una expresión de desaliento y de tristeza.

—Por eso estamos todas tan agradecidas y rezamos todos los días por ellos —me dice sor Eulalia mirándome con esa mirada suya que acaricia y que tanto me conmueve— y por eso también te queremos tanto a ti, que eres su hija y una niña buena y aplicada. Seguro que tu padre, desde el cielo al lado del Señor, estará muy contento viendo que su hija se comporta como él habría querido que lo hiciera.

»Tampoco te quise contar nada a ti, hermana Narcisa, porque no quería que esta historia influyera en tu relación con Ángela, pero ahora que el próximo año Ángela ya no estará en tu clase quiero que lo sepas y te pido que no lo comentes con las demás hermanas.

Sor Eulalia se queda mirándome en silencio porque yo estoy muy emocionada y es que me imagino a mi padre subido en ese coche, tan alto como era, con esa voz a veces suave y a veces tonante, hablando a toda esa gente que eran de los suyos y que se comportaban como miserables y me imagino también la pena que sentiría al ver a sus camaradas abusar de unas débiles monjitas, con lo que a él le molestaba eso, porque me acuerdo que siempre nos decía: «Hay que ser manso con los débiles y fiero con los fuertes».

—Y por eso, Ángela —continúa sor Eulalia—, quiero que sepas que, en estos tiempos tan difíciles que nos ha tocado vivir, si alguna vez necesitáis algo de nosotras estaremos siempre aquí

para ayudarlos en lo que esté en nuestra mano.

Entonces yo le cuento lo del dinero y todo eso, que casi no nos han dado nada por todo el dinero que teníamos de antes y que mi madre está buscando algún colegio o algo para dar clases de francés o de piano o de matemáticas...

Sor Eulalia me dice que cuando pase el verano y comiencen los cursos le buscará unas clases aunque sean privadas, que no se le olvidará, que pensará en algo. Yo me quedo muy contenta, deseando llegar a casa para decírselo a mi madre... «Por fin una buena noticia va a entrar en casa», pienso toda ilusionada con una alegría infinita.

No sé por qué, pero ahora me ha dado por utilizar la palabra «infinito» para todo: infinito por aquí, infinito por allá... A veces me pasa eso, que la tomo con una palabra y no la suelto hasta que me aburro de ella o encuentro otra nueva que la sustituye... Debe de ser una manía mía.

Pero hay que reconocer que la palabra infinito es preciosa, son ocho letras en las que caben todas las cosas, las más grandes, las que nunca se acaban, las más altas, las más anchas, las más largas... Yo creo que no existe ninguna palabra que defina lo enorme tan bien como la palabra «infinito», ni siquiera «interminable» que es muy parecida pero distinta, o «ilimitado» que también se parece a las otras dos.

Me vuelvo a casa dándole vueltas a todo esto y en lo que me ha contado sor Eulalia sobre mi padre, me siento emocionada pensando en lo valiente que era y triste porque ya no está con nosotras y porque al llegar a casa no lo veré sentado en su butaca y no podré besarle y abrazarlo y decirle lo valiente que es y que lo quiero mucho.

## Capítulo 22

Llaman a la puerta, oigo que mi madre abre y oigo su voz, pero no puedo entender lo que dice.

—Mamá, ¿quién era? —pregunto desde la cama porque ahora, como estoy de vacaciones, me quedo un ratito más en la cama, aunque ya estaba despierta cuando han llamado—. Mamá, ¿quién era? —Tengo que insistir porque mi madre no me responde.

—Nada, un telegrama para la tía. Levántate, que ya va siendo hora.

Me levanto y voy corriendo a ver el telegrama porque aquí casi no recibimos cartas, solo de tarde en tarde algunas de Valencia de mi hermano Andrés. Pero está cerrado, viene de Córdoba, no conozco a la señora que lo envía.

—Deja eso que es para tu tía y siéntate para desayunar.

Mamá parece preocupada. Dice que los telegramas nunca traen buenas noticias, pero no quiere abrirlo hasta que llegue mi tía.

Estos días de vacaciones son muy tranquilos, María se va como siempre temprano al taller y

nosotras nos quedamos en casa. Por la mañana mamá me deja jugar un rato con algunas chicas de la calle, casi todas son más pequeñas que yo porque la mayoría de las que son de mi edad están trabajando. Jugamos a la piedra o a los alfileres o a las tabas... Bueno y, algunas veces, a la comba, que es lo que más me gusta.

Por las tardes después de comer y fregar los cacharros mamá me da la clase de francés, más bien de gramática que es lo que peor se me da porque el francés lo leo y lo hablo perfectamente desde que era pequeña, pero escribirlo es mucho más difícil por la gramática y los acentos y todo eso. Dos días a la semana hablamos de literatura francesa y lo pasamos muy bien, mamá sabe mucho y además tenemos todas las cajas de libros que trajeron mis padres de Córdoba y las guardaron en el trastero de María para no tener que andar con las cajas de casa en casa... ¡Menos mal! porque si no ahora ya no los tendríamos, se habrían perdido cuando la bomba.

Los libros que se trajo mi padre de Córdoba son un poco rollo, todos de política y filosofía y esas cosas. Pero los de mi madre son muy interesantes. La mayoría están en francés, pero no me importa porque lo entiendo perfectamente. Solo hemos abierto una caja porque mi madre no quiere abrirlas todas de momento, pero en la que hemos abierto vienen las obras de Tolstoi, Turgueniev, Dostoievski, los cuentos de Chéjov, las obras de Julio Verne... Todos en francés.

Ayer, en la hora de literatura, mamá leyó un cuento de Chéjov y me gustó tanto que voy a empezar a leer todos los que vienen en el libro, aunque es bastante gordo. El cuento se titula *Vanka* y se trata de un niño de nueve años que vivía con su abuelito en una aldea, en la casa de los terratenientes. A Vanka lo llevan a Moscú a casa de un zapatero para aprender el oficio, pero el zapatero y su mujer son unos malvados que maltratan al niño, pegándole brutalmente, obligándolo a permanecer por la noche acunando al hijo de ellos para que no llore y no los despierte. Apenas le dan de comer, solo las sobras de ellos se las arrojan a él y al perrito que vive con ellos.

A Vanka le había dicho el carnicero que las cartas en Moscú se echan en los buzones y una troica las recoge y las reparte por todo el mundo. Entonces Vanka no se acuesta la noche de Navidad, aprovecha que sus amos se van a escuchar la misa del gallo y se pone a escribir a su abuelito contándole que duerme en el portal y que pasa mucho frío y todo lo que le hacen los amos, que se quiere escapar para ir con él a la aldea, pero no tiene botas y no sabe bien cómo llegar. Por eso le pide que venga a buscarlo, que será muy bueno, que cuidará muy bien de él cuando sea muy viejecito.

«¡Ven, abuelito, ven! En nombre de nuestro Señor te suplico que me saques de aquí. Ten piedad del pobrecito huérfano...», escribía el niño. Después dobló el papel en cuatro dobleces y lo metió en un sobre que había comprado el día anterior. Luego, cerró el sobre, meditó un poco y puso en el sobre la siguiente dirección:

«A mi abuelito que está en la aldea»

Y esa noche durmió feliz, pensando que pronto vendría su abuelito a llevárselo con él a su querida aldea.

A mí, cuando lo estaba leyendo mi madre, se me saltaron las lágrimas con el pobre Vanka de nueve años, más pequeño que mi hermano Andrés, y con los niños en Rusia que también lo pasaban muy mal, pero lo que más pena me dio luego fue pensar que esa carta nunca llegaría a su destino porque Rusia es muy grande y tiene miles de aldeas.

Por eso me gustó tanto el cuento porque Chéjov cuenta las cosas con tanta sencillez y porque no le hace falta decir que esa carta con esa dirección se perderá y jamás llegará a su abuelito.

Pero para leer he cogido un libro de aventuras porque no quiero leer más cosas tristes, bastante tristeza tenemos ya en nuestra vida diaria. De la caja he escogido un libro de Julio Verne, también está en francés, se titula *La vuelta al mundo en 80 días* y trata de un caballero inglés que hablando con otros caballeros de su club les apuesta a que es capaz de dar la vuelta al mundo solo en ochenta días y cuenta todas las aventuras de ese caballero en su viaje. Me parece que debe de ser muy interesante y empiezo a leerlo enseguida, pero no me puedo concentrar, no hago más que pensar en el telegrama. Eso que ha dicho mi madre de que los telegramas nunca traen nada bueno me da vueltas en la cabeza todo el rato.

De repente entra mi tía, todavía no es la hora de comer. Es muy raro porque ella suele llegar a eso de las seis de la tarde, pero nunca a esta hora. Entra y se deja caer en una silla del comedor. Trae una cara de dolor y de cansancio que nos asusta.

—María, por Dios, ¿qué te ocurre?, ¿estás enferma?

Mamá ha acudido enseguida, alarmada, desde la cocina y le toca la frente.

—Tienes fiebre, acuéstate que te voy a preparar algo caliente... ¡Ah!, se me olvidaba. Ha llegado este telegrama para ti.

Mi tía abre nerviosa el telegrama. Lo lee enseguida y se lo alarga a mi madre dejando caer su brazo sobre la mesa en un desmayado gesto. Su cara expresa un dolor infinito, pero no llora.

Mi madre lee el telegrama en voz alta. Dice que la abuela Rafaela murió ayer. Lo escribe una prima de la abuela. La encontraron ya muerta en el pasillo de su casa. Llevaba muerta varias horas. Seguramente falleció en la madrugada. La entierran hoy en la tumba familiar del cementerio de Córdoba.

Mamá corre a abrazar a mi tía y yo también las abrazo a las dos. Lloramos en silencio. Después la acompañamos hasta la cama porque tiene mucha fiebre. Mientras ella se mete en la cama, mamá va a por una palangana con agua fría para mojarle la frente y la nuca y los brazos, intentando bajar la fiebre. Luego entornamos la puerta y la dejamos tranquila para que pueda dormir un poco.

Pienso en mi abuela Rafaela. ¿Qué se puede decir de una abuela querida que se ha muerto?

Que era la alegría. Que le gustaba reír. Que cuando ella llegaba se iba la tristeza.

«¡Qué mujer! Con lo mal que la ha tratado la vida», le oí decir a mi otra abuela una tarde que hablaba con mi madre en el patio de Córdoba.

Recuerdo cuando venía a casa en Córdoba, casi todas las tardes en verano, traía las rosquillas de anís y merendábamos en el patio esas rosquillas tan ricas con un gran vaso de limonada. Siempre llegaba contando cosas graciosas que le habían ocurrido en el camino o nos contaba un chiste con esa gracia que tenía ella que nos hacía reír y el trago de limonada que teníamos en la boca salía disparado en cualquier dirección.

—Déjalos que merienden —decía mi madre, siempre tan seria—, si es que eres tú peor que ellos.

Y la abuela ponía cara de formalidad y nos hacía una mueca graciosa cuando mamá no miraba y

nosotros volvíamos a reír y la limonada volvía a salir disparada en finas gotas que mojaban a todo el que se ponía por delante.

Ella fue la que hizo compañía a mi abuela Julia cuando mataron a mi abuelo, la que la consolaba y la escuchaba en silencio, suspirando al sentir el dolor de la abuela Julia, pensando tal vez en su querido marido que también había muerto unos años antes.

Ella era la que venía todos los días para intentar que comiera algún bocado, para coger su mano y llevarla al patio a que le diera un poco el fresco y el olor de las flores y el sonido de la fuente y el canto de los pajaritos... «Niños, tenéis que ser muy buenos con la abuela Julia porque está muy triste», nos decía siempre... la abuela Rafaela.

No puedo dejar de sonreír recordando esas cosas. Esos tiempos tan felices que ya se han ido y que nunca jamás van a volver.

María ha empeorado. Mamá sale muy preocupada de la habitación. Ha estado dándole unas friegas con agua fría en un inútil intento de bajar la fiebre, pero no ha podido. María está muy mal, la fiebre le provoca una especie de sopor que la mantiene inconsciente.

—Ángela, corre a casa de Rosa y diles que tenemos que llevar a tu tía al hospital. Que necesitamos su ayuda —me dice desesperada.

Yo corro, vuelo atravesando el patio. Estoy muy asustada y entro en la casa de Valentín sin llamar a la puerta:

—¡María está muy mal. Dice mi madre que hay que llevarla al hospital enseguida! —grito plantada en medio de la sala.

Me miran sobresaltados. Valentín está sentado y Gonzalo de pie, en camiseta de tirantes y calzoncillos, busca una emisora moviendo la rueda de la radio. Hace mucho calor a esa hora de la tarde en que todavía no han regado el patio.

Rosa aparece alarmada en la puerta de la cocina secándose las manos en el delantal:

—Pero ¿qué pasa, Ángela?

—Que mi tía María está muy malita y hay que llevarla enseguida al hospital —contesto y me voy poniendo colorada porque me he dado cuenta de que me he metido en la casa sin llamar a la puerta.

—Dile a tu madre que se vayan preparando, que me visto en un momento y voy a buscar un coche. Corre, que enseguida vengo —me dice Gonzalo y se mete en su habitación para vestirse.

Intentamos despertar a María, pero no conseguimos que despierte del sopor que la mantiene dormida. Entre mi madre y yo la vestimos, pero no podemos levantarla porque, aunque mi tía está muy delgada, es una mujer grande, yo he salido a ella, pero mamá es muy menuda y no nos alcanzan las fuerzas para levantarla.

Oímos llamar a la puerta y entra Gonzalo:

—¿Estáis ya?

—Es que no podemos levantarla de la cama. Está inconsciente.

Entonces Gonzalo entra en la alcoba y la coge en brazos y la levanta con tanta suavidad y facilidad como si fuera una pluma y cruza el patio corriendo con ella en los brazos. Nosotras dos salimos corriendo detrás de él.

En la puerta espera aparcado un coche negro muy bonito, grande y brillante y un chico de la edad de Gonzalo sentado al volante. Debe de ser un coche de esos que usan algunos jefes de la Falange o algo así y el chico es el chofer. Entre los dos acomodan a María en los asientos traseros, Gonzalo se sienta delante, al lado del conductor y mi madre detrás, al lado de María, que duerme con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

—Ángela, por favor, quédate en casa y no te muevas de aquí hasta que yo vuelva —me pide mi madre desde el coche.

Arrancan rápido en dirección a Bravo Murillo y enseguida desaparecen en la esquina dejando solo una nube de polvo.

Y yo me quedo en la puerta llorando amargamente con todo el desconsuelo y la desesperanza de mi deshabitada niñez.

### Capítulo 23

Siento una mano que se posa sobre mi hombro.

—Vamos dentro, pequeña, aquí todavía hace mucho calor.

Sara me empuja suavemente hacia el interior del patio, detrás Rosa y Valentín contemplan en silencio la escena. Rosa solloza y Valentín la consuela con ese gesto suyo paciente y comprensivo.

—Quédate a comer en casa —me dice Sara cuando estamos frente a su puerta.

—Pero es que mi madre ya me ha dejado la comida hecha y se va a estropear.

—Quédate. Ya la comeréis por la noche o mañana.

Ya es noche cerrada cuando llega mi madre.

—Pero, Ángela, ¿todavía no te has acostado?

—Te estaba esperando. ¿Qué ha pasado con María?

—Se ha quedado en el hospital, mañana le van a operar la pierna para ver qué se puede hacer. Me ha dicho el médico que hemos esperado demasiado tiempo, que teníamos que haber ido mucho antes... Bueno, vamos a dormir que mañana quiero llegar pronto al hospital.

—Mamá, si quieres podemos cenar un poco. Está toda la comida del mediodía porque he comido en casa de Sara.

Cenamos las dos en silencio, no tenemos muchas ganas de hablar porque sabemos que hablemos de lo que hablemos siempre será algo triste.

Nos acostamos y rezamos. Empiezo yo a rezar y mamá me sigue. Nunca la había oído rezar, aunque sé que es creyente.

Amanece. La dudosa luz del alba se estrella contra el cristal de la ventana sin fuerza todavía para penetrar en la habitación. Ya se oyen los carros de los traperos y el canto de algún gallo que saluda a la mañana.

Mi madre se levanta, no hemos dormido nada en toda la noche, solo vueltas y más vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Seguro que las dos pensábamos en María.

Camino del hospital pasamos cerca de las ruinas de nuestra casa. Se pueden ver desde la esquina de la calle. Todo sigue igual, aunque ya no está la bañera colgando de la pared. No puedo evitar pensar en Mae, mi querida muñeca, que estará todavía debajo de todos esos cascotes y me entran ganas de llorar. Por mucha pena que una tenga, siempre hay sitio para más pena, siempre cabe más.

Miro a mi madre, pero ella camina sin mirar para nada a las ruinas, ni siquiera un vistazo a nuestra calle. Esa debe de ser la disciplina de la que siempre me está hablando, que tenemos que mandar en nuestra mente, que no hay que dejar entrar a los pensamientos negativos porque al final se hacen dueños de nuestros sentimientos y nos llenan de nostalgia. Por eso mi madre es tan fuerte, porque tiene esa disciplina que yo no tengo y creo que nunca podré tener. Para mí es tan difícil no dejarme llevar por los recuerdos de otros tiempos mejores. Es cierto que esos pensamientos algunas veces me consuelan; aunque reconozco que casi siempre acaban poniéndome triste y haciéndome llorar, pero mi madre no, ella no es así, no deja que la embargue la nostalgia ni la pena. Ella es capaz de superarlo todo y seguir mirando al futuro sin que las lágrimas le impidan avanzar.

En el hospital una monja nos dice que no podemos entrar, que están limpiando la sala y después los médicos visitarán a las enfermas, que volvamos dentro de un par de horas.

Mamá y yo bajamos a los jardines del hospital, nos sentamos a la sombra de un árbol frondoso. No hace calor todavía. Mi madre, como siempre, permanece en silencio. Es tan callada, no se parece a María ni a mí que siempre tenemos algo que decir, pero ahora yo también callo. Estoy muerta de sueño. Frente a nosotras un petirrojo se exhibe posado en las ramas de un pequeño arbusto. ¡Qué bello es! No sé por qué lo llaman petirrojo porque en realidad el color del pecho es de un anaranjado intenso y la cabeza y la espalda son gris claro, un gris claro francamente precioso. Es el pájaro más bonito que existe y qué descarado, salta delante de nosotras y se pone de frente y de perfil y luego se da la vuelta, mirándonos siempre con esos ojitos redondos, negros, brillantes...

Mamá también mira al pajarito con ternura. A lo mejor piensa las mismas cosas que yo, que ahora estará criando a sus pollitos sí, aunque está muy entrada la primavera, casi estamos ya en verano. Seguramente los pollitos están a punto de abandonar el nido, sí, de salir volando a cualquier sitio

para vivir ya por su cuenta, sí. ¡Qué suerte que tienen! Que pueden volar, escapar, ir donde quieran, al sitio que más les guste, sí. Pueden volar por ejemplo hasta Córdoba, a nuestro patio y quedarse a vivir entre las ramas del limonero, sí, y hacer compañía a Camila, la tortuga, que seguramente se encontrará muy sola sin mi compañía ni la de mi hermano Andrés que éramos los que le dábamos la lechuga esas tardes de verano cuando ella salía de sus escondites secretos después de regar el jardín, sí.

Cómo me gustaría a mí tener alas como el pequeño petirrojo y poder volar hasta Córdoba; aunque ya no está mi abuelo ni mi abuela Julia, tampoco la abuela Rafaela porque ha muerto hace ya dos días y tampoco está mi padre. Si estuviera papá le construiría una casita al petirrojo, una casita cálida y cómoda para que pudiese criar a sus pollitos, sí.

Pero en Córdoba ya no queda nadie, tal vez no sea buena idea ir hasta allí para ver el jardín vacío sin nadie de los que estábamos antes, ni siquiera Camila la tortuga que nunca salió del jardín... No, seguramente los pollitos no irán a Córdoba cuando empiecen a volar. Se irán a Valencia a ver el mar, esa mar que tanto le gusta a mi hermano Andrés, que yo todavía no conozco. Sí, se van a ir a Valencia y, a lo mejor, mi hermano Andrés los ve y se acuerda de mí como yo me estoy acordando de él, sí.

Subimos otra vez a la sala del hospital. Nos encontramos con una enfermera joven y muy guapa. Es también muy amable. Nos dice que a María la han llevado a la sala de operaciones, que todavía no ha bajado y que seguramente no podremos verla hasta la tarde, que es mejor que volvamos por la tarde.

Y por la tarde regresamos al hospital. Una monja nos acompaña hasta la sala donde está María. Es una sala muy larga con dos hileras de camas, una a cada lado de la pared, con grandes ventanales que dejan pasar la luz de la tarde a través de las persianas. La cama de María está al final, es la última, bajo uno de los ventanales. María está como dormida. Mamá y yo la contemplamos en silencio. De vez en cuando ella hace como un gesto de dolor, pero no abre los ojos. De pronto me fijo en sus piernas bajo la sábana. Solo se ve el bulto de una pierna, la otra se acaba a la altura de la rodilla. Miro a mi madre aterrorizada, pero ella calla. Creo que ya lo debía de saber, pero no me ha querido decir nada.

Al salir la enfermera guapa nos dice que el médico hablará mañana con nosotras, que María está muy malita, que han tenido que amputarle la pierna por debajo de la rodilla y que demasiado tiempo, que hemos esperado demasiado tiempo, que cuando hemos ido ya no se ha podido hacer más.

Es casi de noche cuando llegamos a Marqués de Viana. Ya no hace tanto calor. En la calle hay todavía mucha gente. Siempre me ha gustado ir con mi madre camino a casa a esa hora de la tarde pensando que pronto llegaríamos a casa y haríamos todas esas cosas que siempre hacemos antes de acostarnos. Recuerdo precisamente aquella tarde cuando íbamos todos bajando por esa calle a casa de la tía María. A pesar de que nuestra casa había sido destruida por la bomba y que todo lo que teníamos se había quedado debajo de los cascotes, íbamos contentos con nuestras ropas nuevas, pensando en que pronto estaríamos calientes en casa, que encenderían el brasero y cenaríamos todos y estaríamos juntos.

Pero ahora no, ahora la pena no me deja tener sentimientos agradables. Ahora la pena es como una sombra negra que lo llena todo de oscuridad y tristeza.

En el patio están los vecinos esperándonos. Ya han regado las plantas y el suelo y se está mucho más fresco que en la calle. No sé quién habrá regado porque es un trabajo que me han encargado a mí, a cambio me dan una pequeña propina que yo voy guardando en una caja de galletas.

Mi madre les cuenta lo de la pierna y todo eso que nos dijo la enfermera. Ellos la escuchan en silencio, con cara de preocupación, pero yo empiezo a acordarme de mi tía sola en ese hospital y de la sábana bajo la cual solo se notaba el bulto de una pierna y del dolor que debía de sentir cuando le cortaron la pierna y después con esa herida enorme... Y otra vez empiezo a llorar en silencio, no puedo evitar que las lágrimas llenen mis ojos y caigan después por la cara, tan abundantes que no doy abasto a limpiarlas con el dorso de la mano.

Entonces Sara me pone la mano en el hombro y con un pañuelo me va limpiando suavemente todas las lágrimas que brotan sin que yo lo pueda evitar.

—Ten confianza —me dice—, María es muy fuerte y saldrá de esta. Verás cómo pronto estará aquí de nuevo con nosotros, contándonos esas cosas tan graciosas que sabe contar tan bien con su acento cordobés.

Y la voz tierna y cálida de Sara me tranquiliza, calma mi llanto y me hace sonreír entre las lágrimas, recordando a María con su acento andaluz contándonos cosas de la gente, imitando su voz y sus gestos, haciéndonos reír a todos, sí, mi tía María aquellas noches de verano en el patio.

Ahora todos hablan de aquellos recuerdos. Del año pasado en Nochebuena cuando María comenzó a cantar *Los campanilleros* y Mauro la acompañaba, raspando una botella de anís.

Lo recuerdo perfectamente como si lo estuviera viendo en este momento. La voz un poco rasgada de María cantando:

*«... En la noche de la Nochebuena los campanilleros por la “madruga”,  
me despiertan con sus campanillas y con sus guitarras me hacen llorar.*

*Y empiezo a cantar*

*y al sentirme “tos” los pajarillos saltan de la rama y echan a volar...».*

No sé qué me pasa con esa canción que me hace llorar siempre que la oigo. Claro que hacerme llorar a mí no debe de ser muy difícil, pero esa noche nos hizo llorar a todos. María canta muy bien, sí, sabe poner el sentimiento necesario en la voz para emocionarnos a todos los que la escuchamos. Sobre todo en estas canciones de nuestra tierra que tantos recuerdos nos traen.

Por la mañana hablamos con el médico. Es un hombre ya mayor, tiene cara de estar muy cansado, agotado, diría yo para ser más exacta. En sus gestos se le nota algo así como un desaliento, como cierta desesperanza ante tanto sufrimiento y lo impotente que se siente para aliviarlo. Nos dice más o menos lo que ya nos adelantó ayer la enfermera tan guapa. Que María llegó muy mal al hospital, que no teníamos que haber esperado tanto, que le han tenido que amputar una pierna y que aún no sabe cómo va a evolucionar, pero María es una mujer joven y fuerte y la naturaleza puede hacer milagros.

Se despide de nosotras y nos pide que no la molestemos hoy porque la intervención ha sido muy dolorosa y necesita descansar, que volvamos mañana por la tarde que ya estará más recuperada.

A mí me hubiera gustado asomarme a la sala de los enfermos para ver a mi tía antes de irnos, pero mi madre es muy obediente y nos vamos sin ver a María cumpliendo las órdenes del médico.

Como volvemos andando y se acerca el mediodía llegamos muertas de calor. Menos mal que la casa está fresquita porque mamá, acostumbrada a los calores de Córdoba, sabe mantener la casa fresca en las horas de más calor del día.

Enseguida aparecen en casa Sara y Rosa. Han estado esperando impacientes nuestro regreso porque quieren saber cómo sigue María y mamá les cuenta lo que nos ha dicho el médico y que no la podemos ver hasta mañana por la tarde.

Al día siguiente por la tarde vamos al hospital. Nos acompañan Sara y Rosa, quieren ver a mi tía, la quieren mucho, han sido bastantes años de buena vecindad y se quieren casi como hermanas.

Subir por Marqués de Viana a esa hora tan temprana de la tarde es un infierno y por eso decidimos coger el metro cuando llegamos a Tetuán.

En el hospital una monja nos acompaña hasta la sala donde está María, nos dice que solo podemos entrar de dos en dos y que no nos quedemos mucho tiempo porque hay muchas enfermas que necesitan descansar. Pasamos primero mamá y yo. Los ventanales tienen echadas las persianas y en la gran sala se disfruta de una fresca penumbra. Nada más entrar corro hacia la última cama, que es la de María, y ella me ve y me ofrece una lánguida sonrisa y yo la abrazo y la beso y ella también me abraza.

—Ángela, por favor, ten cuidado que puedes hacerle daño a tu tía —me dice mamá, aunque ella también la besa y abraza.

Nos sentamos cada una en un lado de la cama, cada una con una mano de María cogida entre nuestras manos y nos miramos en silencio. La cara de María es el vivo retrato del dolor. Esta pálida, demacrada, conserva todavía las huellas del enorme tormento que ha debido de sufrir. Estoy a punto de llorar pensando en estas cosas, pero ella empieza a hablar. Habla bajito. Tiene la voz débil, como sin fuerza, como si le faltara aliento. Nos pide que por favor pasemos por el taller para explicar lo que le ha pasado y para cobrar el sueldo del mes y algunos atrasos que todavía no ha cobrado.

Después de esto nos callamos, no necesitamos hablar, no hay nada que decir, simplemente estamos bien así, sentadas a cada lado de la cama, mirándonos en silencio con las manos cogidas.

Pero no podemos quedarnos mucho tiempo, la monja nos ha pedido que seamos breves. Le decimos que fuera esperan Sara y Rosa que también han venido a verla y salimos, aunque cuando salgan ellas entraremos un momento para despedirnos.

En el pasillo nos encontramos con el viejo médico que nos reconoce y se para a hablar con nosotras.

—Son ustedes los familiares de María, ¿verdad? —nos pregunta con el mismo gesto cansado y melancólico de ayer— Y ¿qué?, ¿cómo la han encontrado?

Mamá queda callada, yo que la conozco sé que no sabe qué contestar y sobre todo estando yo delante, pero yo, aunque sé de sobra que los niños no deben entrar en las conversaciones de las personas mayores, no puedo evitar preguntarle al médico si María se podrá curar, si se va a poner

bien.

—No lo sé, pequeña —contesta con ese tono desesperanzado que ya tenía ayer—, es aún muy pronto para saberlo, los médicos no debemos nunca alimentar falsas esperanzas. Reza por ella para que Dios nos ayude y esperemos.

Nos levantamos muy temprano para ir al taller de María. Soy muy dormilona y estos días que estoy de vacaciones me he ido acostumbrando a levantarme cada vez más tarde. Pero mamá es así, cuando tiene que hacer algo lo hace enseguida sin esperar ni ir dejándolo de un día para otro.

Como protesto un poco, mamá me dice que si quiero me puedo quedar en casa en la cama, que ella puede ir sola y volver enseguida. Entonces yo me levanto de un salto porque no quiero perderme la visita al taller de mi tía y conocer a sus compañeras de las que tanto nos hablaba.

Nos atiende la jefa, que es una señora algo mayor pero muy simpática. El resto de las chicas, al enterarse de que somos la familia de María, dejan todo lo que están haciendo y nos rodean acosándonos a preguntas. Mi madre les cuenta todo lo que nos ha dicho el médico, pero como lo hace con ese aire tan escueto que siempre tiene, las demás la miran impacientes, como queriendo saber más.

—Le han tenido que cortar una pierna.

Mi voz chillona y fuerte de niña suena como un disparo entre el grupo de mujeres que nos rodean. Me miran todas horrorizadas y después miran a mi madre como queriendo comprobar que es verdad lo que digo. Mamá asiente con la cabeza sin pronunciar una sola palabra y se hace un espeso silencio en ese grupo de mujeres tan bulliciosas hace solo un momento.

Algunas, cuando comprenden mejor la noticia, sollozan y se van sentando en sus puestos de trabajo sin decir nada más, refugiándose allí, en su trabajo, escapando de esa nube negra que acaba de caer sobre sus cabezas.

—Venid, vamos a ver al cajero —nos dice la jefa para sacarnos de esa situación tan tensa—, tenéis que cobrar el sueldo de María y algunos atrasos por trabajos extra que ella hacía. No sé si sabéis que María es la mejor modista del taller y es la que se encarga siempre de los trabajos más difíciles. También tendréis que venir cada quince días o por lo menos una vez al mes, hasta que se reponga María, para cobrar un fondo de ayuda que tenemos para estos casos. No es mucha cantidad, pero con estos tiempos que corren un poco de dinero nunca viene mal.

## Capítulo 24

Me despiertan unos golpes fuertes en la puerta. Mi madre ya está levantada, aunque yo no la he oído levantarse. Mi madre abre la puerta y escucho una bronca voz de hombre que dice que es policía y pregunta por ella.

—Sí, soy yo —contesta mamá—. ¿Qué desea?

—Tiene que acompañarnos.

—Pero... ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No lo sé, en la comisaría se lo dirán. ¡Vamos!, prepárese que tiene que venir con nosotros inmediatamente.

—¡Mamá! ¿Qué pasa? —Me levanto de la cama y acudo corriendo a la puerta. Mi madre, paralizada, está frente a dos hombres de aspecto algo siniestro.

—¡Venga, señora, que no tenemos todo el día! —grita el más alto y se dirige hacia mi madre con cara de pocos amigos.

—Sí, sí, un momento que termino de vestirme, por favor.

Yo en pijama, parada en medio del comedor, estoy tan aturdida que no sé qué decir y mucho menos qué puedo hacer.

Sale mamá, ya arreglada, de la habitación. Cuando pasa por mi lado me besa y me dice que esté tranquila, que volverá enseguida. Luego salen a la calle, cerrando la puerta.

Yo los sigo desesperada, les grito para que me digan adónde se llevan a mi madre, pero no me contestan. Los alcanzo corriendo y les suplico por favor que me digan adónde se llevan a mi madre. Mamá me dice que me meta en casa, pero yo sigo corriendo a su lado, tirándole de la manga al más alto, que parece el jefe.

Enseguida salen del patio. En la puerta hay un coche negro muy viejo y meten a mi madre dentro y yo agarro la puerta y el coche arranca y mamá me mira impotente desde la ventanilla y el coche desaparece enseguida en la esquina y otra vez queda solo la nube de polvo y de humo.

Me visto rápido, las ideas me hierven en la cabeza, pero se me ilumina una luz que me dice lo que debo hacer y vuelo a la calle, sin pararme a oír las llamadas de Sara y de Rosa que corren detrás de mí.

Atravieso las calles como en un sueño. Solo una idea fija en mi cabeza que me dirige a mi destino sin atender a ninguna otra cosa. Busco atajos, atravieso callejas por las que nunca he pasado, callejas que en otra ocasión me daría miedo solo pensar en pasar por ellas, pero ahora no, ahora en mí cabeza solo cabe un miedo: el terror de no saber qué van a hacer con mi madre. Demasiadas historias de paseos y fusilamientos contra las tapias, demasiadas tragedias de ese tipo se han ido acumulando en mi mente y ahora surgen terribles, descarnadas...

Subo los escalones de la casa de dos en dos. Llamo a la puerta desesperada. Tardan y llamo otra vez y luego otra vez... No sé cuántas veces.

—¡Ángela! ¿Qué ocurre? —Doña Elena abre la puerta. Me mira alarmada y yo la miro y no sé qué decir.

—Mi madre —digo por fin—, se han llevado a mamá.

—Pero ¿quién? Ángela, por favor, tranquilízate. Ven, entra y cuéntame todo.

Pasamos a la cocina, al final del largo pasillo. La cocina de Turandot, la cocina desde cuya

ventana se ven todavía las ruinas de nuestra casa.

Y le cuento todo lo que ha pasado, los dos hombres que han entrado en casa y que se han llevado detenida a mi madre en un coche negro y viejo.

—Pero ¿adónde se la han llevado y quién ha sido?

—No lo sé, eran policías...

Doña Elena estaba desayunando cuando yo he llegado, me pone un tazón como el que nos puso aquel día de la bomba y lo llena de leche caliente con una jarra que tiene en la cocina. También me pone una rebanada de pan y mantequilla.

—Desayuna un poco mientras yo termino de vestirme —me dice y desaparece por la puerta de la cocina.

Turandot, el canario amarillo, sigue en su jaula al lado de la ventana, pienso en mi hermano Paquito, la primera vez que habló después de la muerte de papá. «Turandot», dijo y fuimos todos corriendo a la cocina a ver a Turandot. Después Paquito no volvió a decir nada más.

Desde la ventana de la cocina todavía se ven las ruinas de nuestra casa. Antes venía tan apurada que ni siquiera he mirado para ellas. De nuevo pienso en Mae, debajo de todos esos cascotes por mi culpa, por olvidarme de ella cuando huíamos de las bombas.

Bebo la leche humeante porque tengo mucha sed después de la carrera, pero no toco el pan, no tengo ganas de comer nada.

Subiendo por Reina Victoria me pongo nerviosa. Doña Elena es una señora ya mayor y no puede andar tan deprisa como yo.

—Perdona, Ángela —me dice porque se ha dado cuenta de mi impaciencia—, pero mis piernas ya no pueden correr como las tuyas.

La comisaría está llena de gente. Un guardia nos dice que nos pongamos en una cola enorme ante el mostrador.

—¡Tía Elena!, pero ¿qué haces aquí? —Un militar joven saluda y besa a doña Elena.

—Luisito, hijo, qué alegría encontrarte aquí. Hemos venido a preguntar por la mamá de esta niña, que se la han llevado detenida esta mañana.

—¿Cómo se llama tu mamá? —me pregunta y yo le digo que se llama Julia Campuzano.

Entonces él nos lleva a una pequeña salita donde hay unas sillas y nos dice que lo esperemos ahí, que viene enseguida.

Mientras esperamos, doña Elena me cuenta que es Luisito, su sobrino, el hijo mayor de su hermano Luis, que ha luchado con los nacionales y que es capitán de caballería.

Enseguida vuelve, pero no trae buenas noticias. Nos dice que no puede hacer nada, que son órdenes directas del Gobierno Militar, que han detenido a mamá por estar casada con un alto cargo de la CNT y por trabajar en ese sindicato hasta el final de la guerra. La van a trasladar pronto a la cárcel de Ventas y allí podré ir a verla todos los domingos.

—Toma este pase y no lo pierdas. Está firmado por el comisario jefe y el coronel. Solo tienes que enseñarlo cuando vayas a ver a tu madre y te dejarán pasar. Este domingo aún no estará. Mejor que vayas a partir del domingo de la semana que viene.

Y me da un pase lleno de firmas y sellos y pone que se me permita entrar en la prisión todos los domingos para visitar a mi madre.

Nos despedimos del capitán, que besa con cariño a doña Elena y a mí me da la mano.

—Si necesitas algo díselo a mi tía y procuraré ayudarte en lo que pueda. Voy a estar pendiente de este asunto. No temas, que no me olvidaré de ti.

De regreso, doña Elena me pregunta por mí tía y yo le voy contando lo del hospital y lo de la pierna y todo eso y ella me pone la mano en el hombro y seguimos caminando así, pero en silencio. Noto que doña Elena está triste porque es muy buena y le da mucha pena que pasen estas cosas.

Doña Elena me dice que me quede con ella hasta que se solucione todo, pero yo no puedo, no quiero, deseo volver a casa, estar entre las cosas de María y de mamá y así sentirlas más cerca; aunque acepto quedarme a comer en su casa porque por la tarde quiero ir a ver a María.

María está peor. Duerme con un sueño agitado y febril. La mujer que ocupa la cama de al lado me dice que está muy malita, que debe de sufrir mucho, que sería mejor que Dios se la llevase de una vez, que hay que dejar que las personas se vayan cuando tienen que irse.

María esta ardiente de fiebre. Permanezco sentada a su lado, acompañando su sueño febril sin soltar su mano caliente que se aferra a la mía como si me pidiera que no la suelte, que no la deje partir así, tan sola.

Poco a poco va muriendo la larga tarde de verano, la sala se va quedando en una penumbra que parece aumentar los gemidos de dolor de las enfermas. Soledad absoluta, solo el dolor habita esa enorme sala y yo empiezo a sentir miedo, ese miedo que algunas veces me asalta y no sé qué hacer para librarme de él. Beso a María y abandono la sala hundida en una oscura tristeza que me encoje el corazón. Camino hacia casa por esas calles que tantas veces he recorrido de la mano de mamá y de María, pero ahora esas mismas calles parecen más grandes, más solitarias, más oscuras.

## Capítulo 25

Por fin llega el domingo. Toda la semana esperando la llegada del domingo. En el pase que me dio el sobrino de doña Elena pone que puedo ir por la mañana de diez a doce y por las tardes de tres a cinco. Yo quiero aprovechar todo el día para estar con mamá. Nunca había estado tanto tiempo separada de ella. Han sido diez días que se me han hecho eternos, pero hoy por fin voy a encontrarme con ella.

Me late el corazón mientras me peino ante el espejo del cuarto de baño. Abro el armario y escojo el vestido estampado que me hizo María antes de ponerse tan malita. ¡Qué bien cose! El vestido me sienta bien, aunque he adelgazado estos días y me queda algo ancho en la cintura, pero aun así

me sienta bien. El color blanco estampado con esas flores rojas y ramas verdes me favorece, quita palidez a mi cara ya de por sí muy blanca y más ahora que no veo la calle. En todos estos días apenas he salido de casa, solo algún momento para comprar un poco de comida en la tienda de Dani y volver corriendo a encerrarme otra vez con mis recuerdos, abriendo las cajas de los libros que trajeron mis padres de Córdoba, ojeando todos aquellos libros prohibidos que antes no podía ni mirar.

*Ana Karenina, Madame Bovary, Crimen y Castigo*, que dejé de leer porque me asusté mucho con el crimen de Raskólnikov y tuve pesadillas toda la noche pensando en la sangre y todas esas cosas horribles que salen en el libro. Tiene razón mamá cuando dice que esos libros no puede leerlos una niña que todavía no ha cumplido los doce años. No son como los cuentos de Chéjov, que también he dejado de leer porque me ponen muy triste y no me ayudan nada a salir de esta pena que no me deja nunca.

Lo que sí que he leído esta semana, más bien diría que he devorado, ha sido *El conde de Montecristo*, la historia más bonita que he leído en mi vida. Es que no podía dejar de leer. Paraba un rato para comer y hacer las cosas de casa y volvía a leer ese libro, tumbada encima de la cama porque así no tenía que sujetar con las manos el librote, que es enormemente grueso y pesa un montón. Allí, en la cama, he estado leyendo desde por la mañana con los rayos del sol que entraban por la ventana y se estrellaban en la cama, calentando mi cuerpo hasta que el calor me obligaba a levantarme para correr las cortinas y volver enseguida para continuar leyendo la apasionante historia de Edmond Dantès.

Por las tardes temprano corría hasta el hospital para ver a mi pobre tía, que empeora día a día. María Luisa, la enfermera tan guapa, me dijo el otro día que no quería engañarme, que abrigaba muy pocas esperanzas de que María pudiera superar esa cruel enfermedad. Después de estar unas horas sentada en la cama al lado de María, corría otra vez a casa para refugiarme en la lectura del libro. Hasta que ayer por fin terminé de leerlo con pena, porque me costaba tener que salir definitivamente de aquel maravilloso mundo.

Por cierto, ayer, cuando me peinaba con los cepillos de mamá en el tocador de la habitación grande, me tropecé, en un cajón secreto, con una cajita de plata, cerrada con llave, pero encontré la llave pequeñita, también de plata, en el fondo del cajón, detrás de las prendas íntimas que guarda mamá y que ahora ya no se pone nunca.

Cuando abrí la cajita descubrí muchos secretos de mamá, algunas joyas muy bonitas que siempre llevaba en el bolso y una carpetita de piel que guardaba dentro hojas de papel dobladas en cuatro. Abrí una, la primera que estaba, una hoja de papel con renglones como las de los cuadernos del colegio, encontré la letra inclinada y enérgica de mi padre. Una letra que no se parece nada a la mía; aunque yo suelo cambiar mucho de letra porque imito las que veo y me gustan. Por ejemplo, ahora me ha dado por escribir imitando la letra redonda y elegante de madame de Sévigné, cuyas cartas a su hija leíamos en las clases de francés que me daba mamá por las tardes. La letra de madame de Sévigné es redonda y elegante y se caracteriza sobre todo por los circulitos redondos que pone encima de la «i» y que a mí me fascinan. Me gusta tanto que ahora escribo siempre buscando las palabras con muchas letras «i» para poder poner esos circulitos tan graciosos en lugar de un simple punto. A lo mejor por eso me gusta tanto la palabra «infinito», porque aparece tres veces la letra «i».

La letra de mi padre era completamente distinta, una letra muy varonil, inclinada, enérgica..., pero

lo que pude leer en esa hoja de papel rayada de cuaderno me emocionó completamente porque jamás hubiera pensado que mi padre, un hombre duro y frío, un guerrero lleno de esas ideas revolucionarias que gobernaban su vida, pudiera escribir un poema de amor tan bello. Pero sí, a medida que avanzaba en la lectura de los versos, podía reconocer perfectamente la voz de mi padre. Mi querido padre, ese gigante tierno que tanto me quería y que siempre me protegía de cualquier cosa que me pudiera asustar. Al lado de mi padre no existían el miedo ni el frío, solo una confortable seguridad y una cálida sensación que siempre abrigó aquella dulce niñez mía en Córdoba.

Otra cosa que pude notar en aquellos versos era el profundo amor que sentía por mamá y también por nosotros sus hijos, que para él éramos como la culminación de su amor, de ese amor que compartió con mi madre.

¡Qué pena que una historia tan bonita terminase tan pronto! María decía siempre que todas las cosas bellas son breves, son cortas porque todo lo que dura mucho tiempo acaba siendo monótono y aburrido. Pero yo no sé, no sé qué es mejor: si una cosa muy bella y muy corta o algo menos bello, pero que permanezca en el tiempo. No sé, la verdad.

De todas formas los versos de mi padre me emocionaron porque según los leía podía verlo a él, sus enormes manos, su mirada tierna y segura y su voz, su voz cálida pronunciando esos versos despacio, como lo hacía cuando nos contaba los cuentos antes de dormirnos:

*A Julia*

*Nosotros dos juntos,  
caminando por el tiempo,  
recorriendo la vida  
juntos, cogiéndonos la mano algunas veces,  
entrando en la juventud,  
conociéndonos, enamorándonos... conociéndonos de nuevo,  
besándonos bajo las estrellas del cielo de verano,  
entre la niebla primaveral del puente sobre el gran río,  
en el parque pisando las hojas caídas del otoño,  
sobre la nieve en el centro del invierno..., besándonos.  
Jurándonos amor eterno ante el altar de la iglesia centenaria.  
Haciéndonos hombre... y mujer,  
recibiendo a los hijos que van llegando.  
Amándonos y odiándonos*

*y amándonos y odiándonos*

*y amándonos...*

*Viendo crecer a nuestros hijos.*

*Nosotros dos, juntos,*

*Cogiéndonos la mano algunas veces,*

*contemplando la vida...*

*La vida que nos ha ofrecido este amor.*

*Nuestro amor infinito.*

*Andrés de Osuna*

Toda la noche la he pasado dando vueltas, inquieta, emocionada con la idea de volver a ver a mi madre. Mucho antes de las diez ya estoy en la puerta de la cárcel. Es un edificio enorme, bastante nuevo, pero con un siniestro aspecto. Por lo menos para mí. A pesar de lo temprano de la hora ya hay bastante gente esperando a las puertas. Casi todo son mujeres mayores y niños. Seguramente madres que van a ver a sus hijas acompañadas de sus nietos, los hijos de las pobres presas.

Rosa y Sara me han preparado un paquete para mi madre con comida y otras cosas que seguramente podría necesitar en la cárcel. El paquete me pesa bastante, sobre todo después de cargar con él durante todo el trayecto del metro, desde Tetuán, haciendo el trasbordo en Cuatro Caminos para coger la otra línea hasta Ventas.

Poco después de las diez se abren las puertas de la prisión y vamos entrando a una sala enorme con largas mesas y bancos. Estoy nerviosa, un temblor involuntario me recorre todo el cuerpo y me hace tiritar como si tuviera frío a pesar de que es una calurosa mañana de verano. Después por una puerta trasera empiezan a entrar las presas. Parecen todas iguales vestidas con un delantal y una especie de mandilón gris.

No veo a mi madre. Corro hacia ellas para buscar mejor, pero no la veo y comienzo a inquietarme pensando que a lo mejor no está en esta cárcel; aunque en la entrada, cuando han revisado mi pase, el guardia ha consultado una lista muy larga y me ha dicho que sí que está, que pase a la sala de visitas.

De repente veo parada ante mí a una presa que, al principio, con la agitación que me domina no reconozco quién es. Solo cuando me sonrío y avanza hacia mí para abrazarme reconozco a mamá, pero no puedo evitar un gesto de sorpresa y susto porque mamá está irreconocible. Le han cortado el pelo al cero. Está tan delgada que en la cara solo se ven sus ojos oscuros, brillantes, bellísimos; a pesar de que están hundidos en las cuencas cuya profundidad se ve aumentada por su delgadez.

La abrazo y la beso llorando por la emoción y por la pena de ver a mi madre en tan lamentable estado. Ya soy casi más alta que ella. Nos separamos un poco para contemplarnos mejor. Parece una niña de ojos tristes a pesar de los dientes tan blancos que deja ver su sonrisa.

—¡Ángela, pequeña, qué ganas tenía de verte! ¿Cómo estás? ¿Comes bien? ¿Cómo te apañas tu sola en la casa?...

Mi madre no deja de hacerme preguntas. Solo le preocupo yo, aunque mi aspecto es seguramente mucho mejor que el suyo. Yo le cuento todo atropelladamente, pero ella quiere saberlo todo y me interrumpe constantemente para conocer más detalles de la vida que llevo sin ella.

Por fin nos tranquilizamos un poco, nos sentamos en la esquina de un banco y le puedo contar más tranquilamente todas esas cosas que ella quiere saber.

Le hablo de la vida que llevo, de que los vecinos se preocupan mucho por mí, que la mayoría de los días como en casa de Sara, que he ido a ver a doña Elena ya dos veces. La primera me acompañó ella a la comisaría y allí nos encontramos con un sobrino suyo que es capitán y me consiguió este pase que me va a permitir venir a verla todos los domingos por la mañana y por la tarde. También le cuento que hemos recibido carta de Andrés y que están muy bien en Valencia. Dice que, como es verano, van mucho a la playa porque en Valencia está haciendo mucho calor. Paquito ha escrito unas líneas, ya escribe mucho mejor y se nota que ya no le lleva la mano Andrés como pasaba antes. Le digo que yo todavía no le he contestado porque quiero que ella también le ponga unas letras y saco una hoja de papel para que mamá escriba algo, pero ella me dice que es mejor que lo escriba yo en casa porque a lo mejor me quitan el papel en la salida. Me pide que les diga que les quiere mucho, que se acuerda todos los días de ellos, que sean buenos y obedientes y que les manda muchos besos y todo eso. Pero no quiere que les diga que está en la cárcel.

Después de decir esto nos quedamos calladas, como dándonos cuenta de la realidad que, por un momento, habíamos olvidado hablando de los niños y de Valencia y de la playa. Pero mamá enseguida sigue haciéndome otras preguntas. Me pregunta por María y yo le digo que voy a verla casi todos los días, pero que está muy malita, que siempre duerme y tiene fiebre. Le cuento que el otro día por la tarde vinieron a verla dos compañeras del taller y que se fueron llorando cuando la vieron así. No puedo evitar llorar yo también con el triste recuerdo de mi pobre tía María agonizando en esa cama del hospital. Mamá me acaricia la mano y me habla de otras cosas para alejar de mí esos negros pensamientos. Yo sé que lo que le he contado también la ha afectado mucho, pero ella es tan fuerte, tiene tanta disciplina para sobreponerse a las penas...

Me empieza a hablar de otras cosas, me pregunta qué hago durante todo el día, que si salgo mucho a la calle a jugar con las otras chicas y yo le digo que no, que no me apetece salir a jugar con ellas porque no quiero que me hagan preguntas, además en la calle hace mucho calor. Le digo que sigo siendo la encargada de cuidar las plantas y de regar el patio por las tardes y que me dan una propina por mi trabajo y que después nos seguimos reuniendo casi todas las noches a charlar un rato hasta que llega la hora de acostarnos.

Los vecinos me dicen que tengo buena mano con las plantas, que se me dan muy bien, que se nota mucho cuando las cuido yo.

—Sí, tienen razón, siempre has tenido muy buena mano con las plantas. En eso te pareces a tu abuela Julia, que fue quien te enseñaba en Córdoba. Os recuerdo a las dos en el patio hablando con las flores y tú que te sabías el nombre de todas las plantas a pesar de lo pequeña que eras. ¿Te acuerdas?

Le cuento que durante el día, en las horas de más calor, lo que más hago es leer en francés los

libros de las cajas, que acabo de terminar *El conde de Montecristo* y que me ha gustado mucho, que había momentos en que no lo podía dejar.

Mamá sonrío y dice que sí, que a ella también le gustó mucho esa novela cuando la leyó hace ya muchos años, que Dumas es un escritor muy ameno y que tiene otras novelas que seguramente también me gustaran mucho cuando las lea. *Los tres mosqueteros*, por ejemplo.

—Mamá —pregunto de repente—, ¿tú sentías por papá un amor infinito?

Y ella se ríe con ganas. Es la primera vez que lo hace.

—Claro que sí —me responde sin dejar de reír.

Pero de repente me mira fijamente con esos ojos tan penetrantes que tiene, que son capaces de leer todo lo que pasa por mi cabeza y yo me doy cuenta de que he metido la pata, que, como siempre, no puedo tener la boca cerrada.

—Has abierto mi cajita, ¿verdad?

No le puedo mentir, le digo que sí, que no pude evitarlo, que lo siento mucho. Entonces ella me dice que no está bien profanar la intimidad de los demás, aunque sea tu propia madre. Me impresiona mucho esa palabra que ha utilizado: «profanar». Suena muy solemne, muy seria y grave. La miraré en el diccionario en cuanto llegue a casa.

Después mamá me pide que no lo haga más, que ella pensaba enseñarme las cosas de esa cajita, pero quería hacerlo estando las dos juntas para poder contarme sus sentimientos por cada uno de los objetos que guarda como un tesoro. Yo me arrepiento de verdad de haberlo hecho y me avergüenzo porque me doy cuenta de que he roto la ilusión que abrigaba mamá de compartir conmigo sus secretos.

Las mujeres que vigilan y que están paseando continuamente por la sala nos dicen que se han terminado ya las dos horas de visita de las mañanas y nos ordenan salir inmediatamente y mandan a las presas que se levanten y comiencen a abandonar la sala en fila, de una en una, como en el colegio cuando vamos al comedor.

Una señora ya mayor que ha venido a visitar a su hija, también presa, me acompaña a la salida. Buscamos la sombra fresca de unos árboles y nos sentamos a comer algo y hacer tiempo hasta la hora en que comience la visita de la tarde.

—¿Es tu madre esa señora que has visitado?

—Sí —contesto—, la detuvieron hace diez días, es la primera visita que hago.

—Pobrecitas —empieza a decirme—, la vida que les hacen llevar, hacinadas en esas celdas que están hechas para dos personas y meten a seis o siete y a veces más. Algunas están con niños pequeños, sus hijos que no tienen dónde dejarlos y viven con ellas en la cárcel en esas condiciones miserables. Les dan para comer lentejas, sucias y llenas de tierra que se las echan en los platos a las cuatro de la mañana. Las que están dormidas y no se enteran se encuentran por la mañana las lentejas frías, negras, asquerosas...

»Hay una galería, la primera de la derecha, de condenadas a muerte y dicen que se producen sacas por las madrugadas para fusilarlas... No sé, el caso es que no se las vuelve a ver. El otro día se

llevaron a la chica que dormía al lado de mi hija, era una chica triste porque ya habían fusilado a su hermano y a su padre. Entraron por la noche, le dijeron que se vistiera y cuando se puso el vestido la pobre chica se agarró al cuello de mi hija llorando «¡Mari, que me matan! ¡Que me van a matar!» y se la llevaron y no la han vuelto a ver.

Escucho todas esas cosas que me cuenta esta señora mientras comemos a la sombra fresca de los árboles. Como y lloro a la vez. Pienso en mi madre; aunque ella no está en esa galería, pero estará viendo y viviendo esas atrocidades.

Por la tarde, cuando pasamos de nuevo, es lo primero que le pregunto a mamá.

—Bueno, Ángela, no pienses en esas cosas —me dice—, una cárcel no es un sitio cómodo. Hay que tener paciencia y fortaleza para sobreponerte a todo esto sin que te afecte demasiado.

—Pero ¿a ti te han torturado y te dan esa comida tan asquerosa? —le pregunto porque conozco a mi madre y sé que nunca me contará cosas que me hagan sufrir.

—No, no me han torturado. Sí es verdad que en la celda estamos muy apretadas porque somos muchas, pero nos llevamos bien y es mejor eso que la soledad absoluta y el aislamiento. Además, mañana lunes empiezo a dar clases de francés y de gramática a las presas más jóvenes y a las que quieran apuntarse... Por cierto, no dejes de pasar por el colegio para ver cuándo empezáis el curso porque ya debe de estar próximo.

—No, el otro día vi a una niña de mi clase y me dijo que van muy atrasados con las obras de reforma, que seguramente hasta octubre no podremos empezar.

—Bueno, pero tú acércate y entérate bien, que no te cuesta mucho trabajo ahora que tienes todo el tiempo del mundo. Y no dejes de ir a ver a tu tía al hospital.

Llega la hora de irnos. Las presas se van retirando en fila, yo me quedo parada en medio de esa gran sala, viendo alejarse a mi madre tan menuda entre las demás presas. Una pena infinita me oprime, como si una enorme garra me apretase el corazón.

Abandono la cárcel con los ojos nublados por las lágrimas, pensando que cualquier tipo de alegría se ha olvidado por completo de nosotras. Solo la pena, la negra tristeza nos visita todos los días sin olvidarse nunca de acudir a la cita.

Cuando llego a casa veo que las plantas están un poco mustias. Ha hecho mucho calor hoy y las pobres necesitan agua. Aprovecho para regarlas y el patio también para que esté fresco ahora que ya se está marchando el sol; aunque antes voy corriendo al diccionario para buscar la palabra «profanar» que me ha dicho mamá esta mañana y me ha dejado muy intrigada.

En el diccionario aparecen dos significados:

Tratar algo sagrado sin el debido respeto o aplicarlo a usos profanos.

Deslucir, desdorar, deshorrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Bueno, no sé a qué se podía referir mamá al decir que «no está bien profanar las cosas de los demás» solo por abrir su cajita, quizá se refería a eso de hacer uso indigno... No sé, pero he prometido que no lo haré más y cumpliré mi promesa, aunque me hubiera gustado seguir leyendo los versos de mi padre porque me ha sorprendido que un guerrero gigante como él fuese tan

romántico.

Nada más terminar de regar aparece Sara y enseguida salen Rosa y Valentín que ya ha regresado del trabajo. Están impacientes por tener noticias de mi madre. Claro, yo sé que no es por cotillear, que es porque la quieren y les preocupa su suerte.

Les cuento todo, también lo que me contó esa señora al mediodía, aunque les digo que a mamá no la han torturado ni nada de eso. Les digo que mañana empezará a dar clases de francés y de gramática a otras chicas presas y que eso la pone más contenta y la anima bastante porque a ella lo que más le gusta es dar clases, que yo lo sé por propia experiencia.

Pero ellos no dejan de preguntarme, yo estoy deseando meterme en casa y quedarme sola porque no me gusta nada volver a recordar todo eso de la cárcel. Quiero quedarme sola para seguir leyendo *Los miserables*, que es una novela muy gorda de Víctor Hugo que ayer empecé a leer el primer tomo; aunque no se lo he dicho a mi madre porque a lo mejor no le gusta que lea esas cosas y me pide que lo deje, que no siga *profanando* sus cajas de libros...

Rosa me dice que no deje de visitar a doña Elena para ver si puede enterarse del juicio y de qué se le acusa a mi madre y para que su sobrino el capitán hable en su favor y los jueces sean más clementes.

—Claro —dice Sara—, porque, en realidad, ella no ha hecho nada malo, ella no tiene la culpa de las ideas que pudiera tener su marido y trabajó en el sindicato de la CNT para poder comer, pero ella nunca estuvo afiliada a ningún partido ni a ningún sindicato... Lo único que hizo fue ser una buena esposa y una buena madre y eso no lo puede condenar ningún juez.

Los demás asienten muy serios, a mí esas palabras de Sara me tranquilizan porque veo claramente que tiene razón, que mi madre nunca hizo nada malo. Más bien todo lo contrario, porque ayudó a todos los que pudo y nunca dejó de ser buena y de creer en Dios, aunque no iba a misa porque no tenía tiempo con tanto niño pequeño para cuidar y tantas cosas que hacer en la casa.

Por fin nos despedimos y me voy a casa, aunque en la puerta Sara me dice que pase a cenar algo con ella, pero yo le digo que no, que tengo algunas cosas que se pueden estropear y que estoy muy cansada y me quiero acostar pronto.

—Bueno, pero espera —insiste ella— que te voy a dar un poco de caldo para que lo calientes en casa y tomes algo calentito antes de acostarte. Si le echas unos trozos de pan duro estará mucho más rico.

Sara se mete en su casa a por el caldito, pero yo la espero en la puerta porque no quiero entrar para que no me entretenga.

En casa caliento el caldo y me pongo el pijama para acostarme y seguir leyendo *Los miserables* ya metida en la cama. En francés se titula *Les misérables*. Yo voy todavía por el primer tomo, que se titula «Fantine», aunque no sé quién es Fantine porque aún no ha salido en la parte que ya he leído, pero me gusta mucho ese nombre, «Fantine», me gustaría llamarme así.

Antes de acostarme me siento en el tocador, están los cepillos de mamá, pero ya no son los de plata porque esos se perdieron con la bomba. Estarán debajo de todos los escombros, a lo mejor los está usando Mae para peinar su cabellera rubia.

Los cepillos de ahora son de esos baratos, con el mango de madera, pero cojo uno para cepillar mi pelo. No puedo dejar de pensar en mi mamá, cepillándose su melena negra todas las noches. Lo hacía despacio, muy despacio, pensativa. Creo que era en ese momento del día cuando ella hacía un repaso de todas las cosas que le habían pasado. Algunas veces me dejaba que yo la cepillase y procuraba hacerlo suavemente como lo hacía ella, admirando la seda de su cabello que brillaba bajo la tenue luz de la lamparita. «¡Qué bien lo haces, Ángela!», me decía siempre y eso me animaba y me ponía contenta.

## Capítulo 26

Por la tarde, nada más terminar de comer, salgo corriendo al hospital para ver a María. Ayer, después de salir de la cárcel, no tenía el ánimo suficiente para ir a verla. Voy inquieta porque no sé qué tal estará, hace ya dos días que no la veo.

Subo por Marqués de Viana buscando las raras sombras porque el calor aprieta. Estas son las peores horas. Estoy muerta de calor cuando llego a Bravo Murillo y me meto en el metro.

Atravieso volando los jardines del hospital, subo de dos en dos los escalones que me conducen a la primera planta. No hay nadie del hospital en los pasillos ni en la sala de las enfermas, que está en una fresca penumbra con las persianas de los ventanales echadas. Corro hasta el final donde está la cama de María, pero la cama está vacía. Miro alrededor para ver si está en otra cama.

—María se fue ya —me dice la enferma que yace en la cama de al lado—, nos dejó esta madrugada. Por fin ha dejado de sufrir. ¡Dios la acoja en su seno!

Salgo corriendo, desesperada. En el pasillo me encuentro con María Luisa, la enfermera.

—Ángela, te estaba esperando. María ha fallecido esta mañana. Estaba muy mal, era lo mejor que le podía pasar para dejar de sufrir. Aquí no podíamos hacer ya nada. Si la quieres ver está en el depósito, ven que te acompaño.

Bajamos al depósito donde está mi tía tapada con una sábana. Está mucho más guapa porque ya no tiene en su rostro esa expresión de dolor que tenía todos estos días. Ahora sus rasgos se han relajado como aliviados por fin.

Estoy un rato mirando a María. Me vienen, poderosas, las imágenes del día de la bomba cuando llegó por la tarde a casa de doña Elena con la ropa nueva y fuimos todos en el metro a su casa. Recuerdo el frío que hacía, un frío gris claro, pero estábamos todos juntos, nos sentíamos seguros y no teníamos ya miedo de nada. Los libros que nos compró a mi hermano Andrés y a mí en la librería de lance de Gervasio y cuando llegamos a su casa tan acogedora, que enseguida se empezó a calentar con el calor que despedían las estufas...

María Luisa me pasa el brazo por los hombros y me lleva suavemente hacia la salida. Por el camino me dice que la enterrarán mañana a las cinco de la tarde, que si quiero asistir ella me acompañará con las dos monjitas que también la han estado cuidando.

—Pero, Ángela, dime una cosa por favor, ¿dónde está tu madre?

Se ha parado, me mira fijamente, parece muy preocupada.

Entonces yo no puedo más y, aunque cierro los ojos violentamente porque dicen que así no salen las lágrimas, rompo a llorar con todo el desconsuelo y la desesperanza que me agobian y le cuento lo de la cárcel y todo eso, aunque Sara me ha dicho que no le comente a nadie esas cosas. Le cuento lo de las torturas y el pelo rapado y las chicas que las sacan de su celda para fusilarlas al amanecer y las celdas donde duermen apretujadas y lo de las lentejas negras..., y no puedo parar de llorar a pesar de que sigo cerrando los ojos con violencia.

María Luisa calla, me deja llorar, sabe que eso es ahora lo que más necesito. Salimos a los jardines y nos sentamos en un banco bajo la sombra fresca de un árbol, es el mismo banco donde habíamos estado sentadas mamá y yo el primer día, frente al arbolito donde estaba el petirrojo que se iba a ir al mar de Valencia. Pero hoy el petirrojo no está, a lo mejor ya se ha ido a Valencia a ver el mar; solo se oye el canto áspero de las cigarras estimuladas por el calor.

—Bueno, Ángela, me tengo que ir a atender a otros enfermos. Si quieres esperarme aquí te recojo cuando acabe mi trabajo y te acompaño a casa. ¿Vives sola ahora?

Pero yo me quiero ir ya de allí. Le digo que no, que no vivo sola, que vivo en una casa con un patio ajardinado donde viven otros vecinos que me atienden y me ayudan si necesito alguna cosa. Entonces nos despedimos hasta mañana que será el entierro a las cinco de la tarde.

En casa me tiro en la cama, sigue haciendo mucho calor y es todavía muy pronto para regar las plantas. No tengo ganas de leer *Los miserables*, no tengo ganas de nada, solo tengo pena y una rara angustia que nunca he sentido.

Un rato después llaman a la puerta, pero no contesto porque no tengo ganas de ver a nadie. Vuelven a llamar y como no respondo oigo que se abre la puerta suavemente y enseguida la voz de Sara en mi habitación. Yo no me muevo, sigo tumbada mirando a la pared. Sara se sienta en el borde de la cama y guarda silencio. Durante un rato estamos así las dos, calladas. Por fin Sara me pregunta por María. Debe de imaginarse lo que ha pasado porque me habla con una voz muy apagada y yo le cuento que ya se ha ido y que mañana a las cinco la enterrarán y, otra vez, rompo a llorar desconsolada.

Sara me acaricia el pelo en silencio, dejándome llorar, a ver si las lágrimas son capaces de calmar un poco mi tristeza.

—Bueno, pequeña, voy a decírselo a Rosa y a Valentín que estarán muy preocupados y ahora vengo otra vez a verte.

Triste comitiva acompaña a María hasta el cementerio, aunque dicen que las mujeres no debemos asistir a los entierros, en este caso todas somos mujeres. Rosa y Sara, porque Valentín no ha podido faltar a la obra del edificio que están construyendo, María Luisa, las dos ancianas monjitas y yo. Son solo las cinco pero es una tarde oscura y fría, el calor espantoso que ha hecho en los últimos días ha provocado estas nubes tormentosas que se van oscureciendo rápidamente.

Al salir del cementerio las nubes se han puesto negras, se ha ido la luz del sol, casi se ha hecho la noche y el cielo se desgarran en un fuerte chaparrón acompañado de terribles truenos y relámpagos.

Menos mal que en la puerta del cementerio nos espera un enorme coche negro y el conductor nos hace señas para que subamos deprisa. Es Gonzalo, que ahora trabaja de chofer de un jefe y ha venido a buscarnos porque se temía la tormenta que se avecinaba. El interior del coche es enorme, con asientos que se levantan, cabemos perfectamente las seis. Gonzalo conduce entre el aguacero por un Madrid que de repente se ha quedado vacío. No se ve apenas nada tras los cristales de las ventanillas a pesar de que los limpiaparabrisas se mueven frenéticamente barriendo el cristal. No sé cómo Gonzalo puede orientarse entre tanta agua.

Primero dejamos a María Luisa y a las monjitas en la puerta del hospital. Las monjas me abrazan y me dicen que pida al buen Dios por María, que ellas también lo harán. María Luisa me besa, está un poco emocionada, yo creo que después de tantos días viéndonos a diario nos hemos cogido cariño.

—Ángela, por favor, ven a verme y no dudes en llamarme si necesitas algo en lo que yo pueda ayudarte, aunque ya veo que vas a estar bien acompañada por estas señoras que cuidarán muy bien de ti, pero ven a vernos de vez en cuando.

Luego sale del coche alejándose bajo la lluvia. ¡Qué guapa es! Hasta corriendo bajo este chaparrón sigue siendo elegante.

## Capítulo 27

Estoy regando las plantas, después de la tormenta no he vuelto a regarlas y ya necesitaban un poco de agua. Estar con las plantas me relaja, me aleja de los negros pensamientos que siempre me acompañan. Cada planta necesita un cuidado: quitar las hojas que ya han muerto, sujetar un tallo que se vence, quitar ramitas ya secas, buscar a los caracoles que se comen las hojas y pueden provocar que la planta se muera...

Rosa, desde la puerta de su casa, me llama:

—Ángela, avisa a Sara y venid a casa que están dando una noticia muy importante en la radio.

Valentín está subiendo el volumen con la rueda de la radio. Una voz anuncia que Inglaterra y Francia han declarado la guerra a Alemania, que en esa guerra se involucrarán todos los países aliados con uno u otro bando y empieza a citar los países que van a entrar en la guerra.

—Todo lo que más temíamos se cumple, comienza la guerra en Europa —dice Valentín cuando el señor de la radio termina de hablar—. Es una noticia muy mala y encima nuestros hijos que están en Francia se verán implicados en esa maldita guerra.

—Pero ¿tú crees que los chicos se meterán en esto? —pregunta Rosa, casi suplicando para que su marido le diga que no, que los chicos no se verán metidos en una guerra que no es la suya.

—Lo siento, Rosa, pero seguro que sí. Son antifascistas y lucharán contra los nazis. Además están bien entrenados, vienen de pelear duro en nuestra guerra, saben manejar las armas y combatir soportando todas las calamidades. Nuestros hijos lucharán y lo harán, por eso que te digo, en primera línea. Ya me gustaría poder tranquilizarte y decirte que no, pero no puedo engañarte. Y lo

peor —continúa Valentín—, lo peor es que seguramente Franco entrará en el conflicto ayudando a los alemanes porque ellos también lo ayudaron aquí. Ya veréis como no tardamos mucho en tomar parte...

Sara que ha estado en silencio todo el rato exclama entre sollozos:

—Otra vez hermanos contra hermanos. ¡Maldita sea la guerra!

Todos la miramos, ha dicho en voz alta lo que cada uno de nosotros estábamos pensando más o menos. Sara solloza, seguro que piensa en Mauro. Sabe que si está en Francia combatirá contra los fascistas a muerte.

Valentín apaga la radio y se sienta en una silla mirando fijamente al aparato. Lo mira como si ese trasto fuese el culpable de todo. Él también pensará en sus dos hijos mayores, que seguramente estarán en Francia porque estuvieron luchando hasta el final y muy probablemente no pudieron huir en los barcos que salían para Rusia y habrán cruzado la frontera hacia Francia como tantos otros.

Estoy deseando encerrarme en casa y refugiarme en la lectura de *Los miserables*, leer es lo único que consigue apartar de mi cabeza los negros pensamientos que no me dejan nunca. La sensación de desamparo, la desesperanza de no ver una salida a esta situación mía, la soledad... No tengo ganas de salir a jugar con las otras chicas de la calle, no quiero que me pregunten; aunque si no me preguntaran tampoco saldría, no estoy para jugar.

La lectura sí, con la lectura consigo meterme en la historia como si la estuviera viviendo yo. Siento que me escapo volando y que me voy alejando de esta vida horrible y viajo a lugares mejores, más alegres y más amables. En alguno de esos momentos me he enfrascado tanto en la lectura que cuando levanto la vista del libro no sé dónde estoy, tardo un poco en darme cuenta de que estoy sola en una casa y que seguiré sola durante mucho tiempo y es entonces, en estos momentos, cuando más amarga es mi tristeza.

Casi siempre leo tumbada en la cama, algunas veces lo hago en una sillita baja que usaba mi pobre tía para coser y que es también muy cómoda para leer. No me gusta mucho leer en el patio porque los ruidos me distraen y no me dejan meterme en la historia como me ocurre en el silencio de casa.

Ya voy por el segundo volumen de *Los miserables*, que se titula «Cosette». Cuanto más avanzo más me gusta y más me emociono con las desventuras de Jean Valjean. Lo que más me anima es pensar que tengo varias cajas llenas de maravillosos libros que no he leído y que podré leer cuando quiera. Muchas noches abro una de las cajas y voy sacando los libros, leo los títulos que me hacen pensar en muchas cosas diferentes, acaricio las pastas y los lomos, algunos son realmente preciosos, encuadernados en piel suave de colores granate, verde oscuro, negro... todos colores muy elegantes, con las letras del título y del autor doradas o plateadas haciendo juego con el color de las pastas. ¡Qué suerte que mamá dejase las cajas aquí! porque si no estarían ahora debajo de todos los cascotes de la otra casa. Cascotes y escombros que ha sido lo único que ha quedado de nuestra casa después de la bomba.

Son cajas bastante grandes, yo no puedo ni moverlas, en una de ellas los libros de Víctor Hugo ocupan casi la mitad. Están todos en francés, pero no me importa porque ya casi no me doy cuenta de si estoy leyendo en francés o en español. Leo capítulos enteros sin tener que consultar el

diccionario de francés/español; aunque si lo hago alguna vez es para saber el significado de alguna palabra que no conozco, pero no para conocer su traducción en español. El domingo cuando visite a mi madre le tengo que contar mis avances en francés, por lo menos será una de las pocas cosas alegres que le podré decir.

También estoy pensando en poner un número a cada caja y hacer una lista con el título de cada libro y de su autor y poner en qué caja está guardado. De esta forma cuando quiera leer un libro determinado no tendré que revolver todas las cajas para buscarlo. Se lo voy a decir también a mi madre, seguro que le parece buena idea.

Hoy me he levantado temprano porque quiero ver a doña Elena y contarle todo lo que me dijo aquella señora de las chicas que fusilan al amanecer y las torturas que hacen y todo eso. Le voy a rogar que hable con su sobrino el capitán para que mire por mamá, que está sola allí sin nadie que se ocupe de ella. Quiero llegar temprano porque ella me dijo el otro día que la mejor hora para ir a verla es de diez a once, que nunca sale de casa antes de esa hora.

Por el camino me encuentro con Clara, es una compañera del colegio y mi mejor amiga allí; aunque no nos vemos mucho porque Clara es la mayor de cuatro hermanos, como yo, y tiene que ayudar mucho a su madre. «Ya me gustaría a mí tener que ayudar a mi madre con mis hermanos porque eso significaría que estamos todos juntos», le digo yo siempre que me habla de ese tema.

Clara me cuenta que las obras del colegio van un poco atrasadas y que no podremos empezar antes de octubre, que su madre fue el otro día a preguntar y le dijeron que todavía no sabían, que volviese a finales de septiembre, que para entonces ya tendrían una fecha concreta.

Al llegar a casa de doña Elena no tengo más remedio que pasar por delante de las ruinas de casa. Para no ponerme triste quiero hacer como mamá, que no mira hacia allí, pero yo no puedo, una fuerza invisible me desvía la vista hacia esas ruinas y otra vez los ojos se me empañan por las lágrimas. Tengo que pararme un momento en el portal hasta que se me pase porque no quiero que doña Elena me vea llorando.

Doña Elena se alegra mucho de verme, yo creo que me tiene verdadero cariño como yo a ella. Es que es tan amable y cariñosa que no se la puede dejar de querer. «Es una dama», decía siempre mi pobre tía refiriéndose a ella cuando hablábamos en casa. «Sí, es una verdadera señora, de las más auténticas que conozco», contestaba siempre mi madre. ¡Qué tiempos aquellos!, cuando conversábamos tranquilamente las tres en casa mientras caía la tarde.

Doña Elena me dice que pase y nos sentamos en la mesita de la cocina con Turandot, el canario amarillo, que sigue en su jaula junto a la ventana de la cocina, esa ventana desde la que se ven las ruinas de nuestra casa. Ahora Turandot se está bañando en su bañera pequeñita, acorde con su tamaño, llena de agua templada, en la que se mete y se sacude las plumas.

Como siempre, doña Elena me pone un tazón de leche caliente y una rebanada de pan con mantequilla y nos sentamos a hablar. Entonces yo empiezo a contarle todo eso que me contó aquella señora de la cárcel, pero, a medida que se lo voy contando, los ojos se me van llenando otra vez de lágrimas. Es que no puedo dejar de ver a mi madre, tan pequeña, con la cabeza rapada, desapareciendo con las demás presas detrás de esa siniestra puerta y la última mirada desde la puerta, una mirada de infinita tristeza y el gesto desmayado que me hizo con la mano para decirme adiós. No puedo, no puedo quitarme esas imágenes de la cabeza y me tengo que callar porque el

llanto ya no me deja seguir.

Doña Elena me aprieta la mano sobre la mesa, pero no dice nada, ella también está muy emocionada, seguro que no puede decirme nada que me sirva de consuelo. Después de un rato, cuando me ve un poco más calmada, me pregunta por María y entonces yo le cuento que ya se acabó, que el martes pasado la enterramos un poco antes del aguacero.

Doña Elena suspira, se levanta con el tazón de leche ya vacío y se pone a lavarlo dándome la espalda. Yo creo que lo hace para que no la vea llorar porque pude ver cómo la emoción cambiaba su cara mientras yo le iba contando lo de María. Está un buen rato lavoteando el tazón hasta que viene otra vez a sentarse conmigo.

—Esta misma tarde voy a ir a casa de mi hermana, mi cuñado es general, tiene muchas relaciones y le voy a suplicar que haga algo. No te preocupes, pequeña, que vamos a mover todo lo que haya que mover para que tu madre salga de ese infierno. El domingo, cuando vayas a verla, dile que no está sola, que algunas personas estamos mirando por ella. Y tú, Ángela, sigue siendo tan buena y confía en Dios, pero ven a verme más a menudo, sobre todo si necesitas algo o te ocurre alguna cosa. Por favor, hazlo así y yo estaré mucho más tranquila viéndote con frecuencia y sabiendo que me vas a tener informada de cualquier cosa que te pase.

## Capítulo 28

Amanece, apenas he dormido, la luz del alba entra tímidamente en la habitación, en septiembre los días son ya más cortos, debe de ser tarde. Hoy es domingo, voy a ver a mi madre. No he podido dormir casi nada pensando en ella y eso que me quedé leyendo hasta bien tarde. Apagué la luz porque me parecía que tenía mucho sueño, pero me desvelé y estuve dando vueltas en la cama toda la noche.

Pensaba en cómo le puedo contar a mi madre lo de María. No sé, no sé cómo se lo puedo decir y marcharme y que ella se quede en esa celda a solas con la terrible noticia... La quería tanto, estaban tan unidas desde que se conocieron. Jamás las oí discutir, a pesar de que a María le encantaba discutir, pero con mamá no podía y al final acababan riéndose las dos porque sabían que nunca llegarían a enfadarse en serio... ¡Qué distintas eran! María era la vida, todo en ella era impulsivo, energético, era rápida en las decisiones y en las actuaciones. Mamá no, mamá es la reflexión pura, todo lo piensa y lo medita, lo deja enfriar y solo actúa cuando es muy necesario, cuando no tiene más remedio. Yo creo que esa forma de ser es la que le está permitiendo resistir a tantas desdichas sin querer morir. ¿Qué sentirá cuando le cuente que ya la hemos enterrado?

Sé que cuando le cuente la muerte de María ella callará, se lo guardará, tal vez se le humedezcan los ojos o se le llegue a escapar alguna lágrima... quizás, pero la mayor parte del dolor se quedará muy dentro de ella, en ese rincón de su alma donde guarda todas sus tristezas, que no son pocas. ¡Qué despiadada es la vida con mi pobre madre! A veces me pregunto ¿qué hará encerrada durante tantas horas?, ¿qué pensamientos cruzarán por su cabeza?, ¿qué ideas la atormentarán?... Debe de sentirse tan impotente con sus hijos dispersos por ahí, tan pequeños y ella encerrada sin saber qué es de ellos, sin poder hacer nada para protegerlos. Seguro que siente cosas parecidas a

Fantine, la de *Los miserables*, que murió dejando sola en el mundo a su pequeña hija.

Estoy pensando en todas estas cosas todavía tumbada en la cama, mirando al techo con pereza porque ahora tengo sueño, después de esta noche en vela los ojos se me cierran y me piden dormir, pero no puedo, me tengo que levantar para estar antes de las diez en la puerta de la cárcel y que mamá me vea cuando salga en la fila con las demás presas por esa puerta tan siniestra.

Me levanto, se me está haciendo tarde y no me puedo parar mucho a desayunar y a todas las cosas que suelo hacer por la mañana.

En la entrada de la cárcel hay ya mucha gente esperando. Son casi las diez, deben de estar a punto de abrir las puertas. Por el camino he venido pensando en las cosas que le voy a contar a mamá y en qué orden. Desde luego lo primero que le tengo que decir es lo de María, no puedo estar hablando con ella tranquilamente de otras cosas sin contarle esta desgracia, aunque sé que cuando se lo diga ya nada podrá ir con normalidad porque esta desgracia marcará durante mucho tiempo nuestras vidas.

Me coloco en la cola. Soy la única niña que espera entrar, las demás son casi todas mujeres mayores, pocas jóvenes y algunos hombres también mayores que, seguramente, vienen a visitar a sus hijas. ¿Dónde estarán los maridos o los hijos de esas presas? Algunos habrán muerto, otros estarán huidos en Francia o aún más lejos y otros estarán también en la cárcel como sus mujeres.

Cuando se abren las puertas se hace un silencio absoluto, todas saben que las carceleras son estrictas y que no tolerarán ningún tipo de jaleo.

Por fin entro en la sala y me coloco en el mismo sitio del otro día porque sé que mamá mirará hacia allí cuando salga por la puerta. Después de un rato empiezan a salir las presas, en fila de una. No veo a mi madre, aunque ya han salido la mayoría. Empiezo a ponerme nerviosa y avanzo hacia la puerta para ver mejor a las que van saliendo. ¡Por fin! Mamá, es la más pequeña de todas. Parece que ya le ha crecido un poco el pelo, su pelo negro de seda. Viene hacia mí sonriendo con esa rara sonrisa suya de dientes blancos que brillan en su boca ahora tan grande por su extrema delgadez. Me abraza y me besa. Sabemos que esas cosas no están permitidas en las visitas, pero las carceleras hacen la vista gorda porque ven que soy una niña. A lo mejor ellas también tienen hijas de mi edad y las besan cuando llegan a casa después del trabajo. No sé si las carceleras se van a sus casas después de su trabajo o si duermen en la cárcel vigilando siempre a las presas. Se lo preguntaré a mamá cuando llegue el momento.

Mamá es bruja, mi abuela Julia, su madre, siempre lo decía: «Hija eres una bruja, lo ves todo, no se te escapa nada» y María también lo decía, sobre todo, cuando quería que guardáramos un secreto las dos. «Ten mucho cuidado —me decía— tu madre es una bruja que puede leer dentro de tu cabeza». Es cierto, no hay nada que pueda escapar de su mirada, esa mirada de sus ojos negros, hundidos, tan bellos.

—¿Qué ha pasado con María? —me pregunta a bocajarro, mirándome a los ojos sin soltar mis brazos.

¿Qué le puedo decir yo, pobre de mí, que no sea la pura verdad? Que el lunes cuando llegué por la mañana ya no estaba. Que se acabó. Que murió sola esa madrugada. Que el dolor en los últimos días la martirizaba cruelmente. Que la enterramos el martes por la tarde en una fosa común entre los restos de muchos otros muertos. Que el cielo se derramó en un furiosos aguacero poco después

de su entierro. Que la quiero mucho y que todos los días, todos, me acuerdo de ella...

Rompo a llorar, lloro con todo el desconsuelo del mundo donde menos debería llorar: ante mi pobre madre presa y sola en una oscura cárcel de Madrid. Lloro sin poder parar, lloro toda mi tristeza y toda mi soledad. No sé si los demás nos miran, no me importa, solo sé que soy muy desgraciada, que la vida me trata con una crueldad desmedida para una niña de mi edad y no puedo acallar este llanto que he estado guardando dentro de mí todos estos días.

Mamá deja que llore. Ya no me abraza porque sabe que las carceleras le pueden decir que se retire, que se ha terminado la visita por saltarse las normas. Una de las mujeres que vigilan se acerca a nosotras. Mamá agacha la cabeza, se teme lo peor. La mujer me toca el hombro con las puntas de sus dedos, después me levanta la barbilla para que yo la mire, y entonces... me sonrío.

—Tranquilízate, pequeña, ¿quieres que te traiga un poco de agua?

## Capítulo 29

Obedezco a mamá y voy al colegio para ver cuándo empiezan las clases. Una valla separa la parte del colegio del convento. Hay obreros trabajando en la parte del colegio. Se ven edificios nuevos, pabellones alargados de dos plantas, deben de ser las nuevas aulas que iban a construir.

Sor Narcisa me espera en el jardín privado de las monjas, está sentada en el banco de siempre y lee su libro favorito, que cierra cuando me oye llegar y me recibe con esa dulce sonrisa suya.

—¿Cómo estás, Ángela? ¡Qué ganas tenía de verte!

Y yo le digo que «bien», que venía a saber cuándo van a empezar las clases.

Sor Narcisa me dice que seguramente hasta primeros de octubre no podrán empezar, que venga ya preparada el primer lunes de octubre que es el día fijado y que si no es ese día ya podrán darnos la fecha fija.

Me cuenta que sor Eulalia ya no es la superiora, que se le han encomendado otras tareas en el convento de Segovia y que ahora la superiora es sor Antonia.

¡Sor Antonia!, no puedo evitar un sobresalto al pensar que sor Antonia, esa monja enorme que da bofetadas a los niños, es ahora la superiora del convento.

También me dice que ella ya no va a dar clases, que se han incorporado otras hermanas más jóvenes y más preparadas para encargarse de la enseñanza de las nuevas niñas que van a venir al colegio.

Aunque la miro con atención cuando me está contando estas cosas, no puedo descubrir en su rostro ningún gesto de contrariedad o despecho por todos los cambios tan injustos que han apartado a sor Eulalia y a ella misma de sus clases con las niñas. Se ve que está educada para aceptar con resignación y obediencia todo lo que se disponga sobre su persona.

Después me pide que le cuente qué tal me ha ido este verano y por qué no he ido a verla a pesar

de que ha estado esperando con mucho deseo mi visita.

Entonces yo le cuento todo lo que me ha pasado este horrible verano y, aunque empiezo a contárselo en un tono neutro, casi frío, al final no puedo evitar que el recuerdo de todas esas cosas me haga llorar y el llanto acaba por cortarme la voz y no me deja seguir.

Sor Narcisa, como hace siempre, me escucha con atención.

—Ten paciencia, Ángela, Dios pone a prueba a los hijos que más quiere y algunas veces estas pruebas son muy duras. Piensa en su hijo Jesús y todo el dolor del calvario que sufrió como prueba para redimir a los hombres.

—Hermana, yo creo que Dios nos castiga tanto porque yo no soy buena.

—No, pequeña, el buen Dios nunca se vengaría de una niña como tú ni de ninguno de sus hijos. Dios no es un ser vengativo. Dios es perdón y misericordia y amor, pero no siempre interviene en las cosas terrenales; aunque siempre, siempre acaba recompensando a los que más sufren en esta vida. Piensa en eso y no pienses que tú no eres buena, Ángela, tú eres una niña buena, sensible y generosa, tú no puedes hacer nada que ofenda al Señor y el buen Dios nunca te va a castigar.

Yo pienso que hubiera preferido que Dios me castigase a mí y que mi padre y mi tía continuaran con nosotros y mi madre no estuviera en la cárcel ni mis hermanos en Valencia, pero no digo nada porque no quiero contrariar a la buena de sor Narcisa que bastante dolor tendrá con las injusticias que están haciendo con ella.

Al salir me encuentro con la señorita Mari, que es una de las jóvenes que ayudaban a sor Narcisa en clase que, aunque es seglar, vive en el convento.

Me cuenta que esas naves que se ven donde están trabajando los obreros son las nuevas aulas y la otra son las dependencias de las nuevas alumnas que van a venir en régimen de internado.

Cuando le pregunto por sor Eulalia me dice que la han destinado al convento de Segovia porque dicen que era demasiado amiga de los rojos y no puede encargarse de un colegio con esos antecedentes. Igual que la pobre sor Narcisa, que la han apartado por el mismo motivo. Han venido monjas nuevas, todas muy jóvenes, y muchas alumnas de pago procedentes de buenas familias que han sido afectas al régimen.

—Es lo que ocurre en las guerras, que los que ganan son los que ponen sus normas —termina diciendo Mari, suspirando con resignación.

Estos días de septiembre los paso leyendo como loca tumbada en la cama. Cuando cierro el libro me cuesta un rato volver a la realidad y salir de la historia que he estado leyendo. He terminado ya *Los miserables* y estoy leyendo ahora *El hombre que ríe*, en francés *L'homme qui rit*, que también la escribió Víctor Hugo, aunque es más corta y completamente distinta a la otra porque se desarrolla en Inglaterra y es una historia terrible y muy dura. Todavía voy por la primera parte, «El mar y la noche», pero estoy impresionada por las desdichas de ese pobre niño que se llama Gwynplaine y que es abandonado por los compañeros.

Hoy es lunes, día dos de octubre, empieza el colegio. Salgo pronto para estar allí antes de las nueve. Lluve un poco y ya hace más fresco, pero como camino deprisa enseguida entro en calor. Nos reciben la señorita Mari y las otras dos del año pasado. A mí me mandan a una de las clases

en el pabellón nuevo donde ya están otras niñas que se van sentando en unos pupitres de dos en dos. Del año pasado solo estamos Clara, Carmina, yo y otras tres niñas con las que casi nunca he hablado. Las demás son todas nuevas, deben de ser esas de pago que decía Mari. Yo me siento al lado de Clara y Carmina lo hace detrás con una de las niñas del año pasado. Como la mayoría de las niñas no se conocen estamos en silencio, aunque en clase no hay ninguna profesora todavía.

Un rato después llega sor Antonia con otra monja muy joven y sor Antonia nos dice que la monja joven es la hermana Teresa, que va a ser nuestra profesora durante este año. Después lee una lista con los nombres de las seis chicas que estábamos el año pasado y otras dos nuevas que no conozco y nos dice que a la hora del recreo nos espera en su despacho y se va dejándonos con sor Teresa.

Me quedo muy preocupada porque me da mucho miedo sor Antonia y no puedo saber qué es lo que querrá de nosotras. Por eso casi no atiendo a lo que dice sor Teresa, que está contándonos los horarios y las materias que daremos en este curso, pero después lo escribe todo en la pizarra y lo copiamos en nuestros cuadernos nuevos.

El recreo es a las once y las ocho niñas de la lista nos dirigimos rápido al despacho de sor Antonia, que es el mismo que ocupaba todos estos años nuestra querida sor Eulalia. Vamos bastante intranquilas, sobre todo las seis del año pasado, porque conocemos a sor Antonia y sabemos que nada bueno nos puede venir de ella.

Sor Antonia está en sentada detrás de la mesa de sor Eulalia, pero la mesa parece mucho más pequeña con esa enorme monja sentada ahí.

Nosotras nos colocamos alrededor de la mesa, en semicírculo, con las manos cogidas por delante como mandan las normas.

Sor Antonia nos mira severamente, nos dice que, como ya hemos podido ver, las cosas han cambiado mucho este año, que la mayoría de las niñas nuevas pagan por la enseñanza y la comida y, las que están en régimen de internado, por la habitación y todos los servicios que ofrece el colegio porque los tiempos son duros y la comida es muy cara y escasa. Por eso nosotras, si no podemos pagar, tendremos que colaborar con nuestro trabajo, haciendo las tareas domésticas que son necesarias en el colegio.

Nos dice que por la mañana entraremos a las ocho y trabajaremos hasta las nueve que empiezan las clases, también lo haremos la media hora del recreo y antes y después de la comida y por la tarde al salir de clase nos quedaremos una hora más. En total serán unas cuatro horas que, aunque no son suficientes para cubrir nuestros gastos, por lo menos aportarán algo a la comunidad. Nos da un sobre a cada una para nuestros padres con los precios de las clases y de la pensión por si nuestros padres prefieren pagarlo y así no tendremos que trabajar.

Luego se levanta y nos dice que la acompañemos a las cocinas. Allí está sor Remedios que será la que se hará cargo de nosotras para asignarnos las tareas y supervisarlas. Nos deja con ella para que empecemos y se va sin despedirse. Se ve muy claro que no le caemos nada bien. Durante su discurso el tono de su voz ha sido tan duro que nos daba un poco de miedo porque su voz temblaba como cuando se habla con rabia contenida... No sé, la verdad, no sé qué será de nosotras, pero no nos espera nada bueno.

Empezamos a trabajar unas colocando la mesa para la comida y otras ayudando en la cocina,

haciendo todo lo que nos manda la hermana cocinera. Son más de las doce cuando nos dejan volver a clase, hace media hora que ha empezado y la profesora nos mira con desagrado cuando entramos interrumpiendo y haciendo un ruido inevitable porque tenemos que sentarnos en nuestro sitio.

A la una, cuando terminan las clases de la mañana, vamos deprisa a la cocina. Sor Remedios nos ha dicho que no nos retrasemos ni un minuto, que no le gustaría tener que quejarse de nosotras a sor Antonia.

Nos mandan servir en las mesas a las niñas o ayudar a la cocinera o atender las mesas por si falta algo. Luego, cuando todas han terminado de comer y salen al patio a jugar un rato hasta las tres que empieza la clase, nos ponen la comida a nosotras en una mesa larga que hay en la cocina. Comemos sobre la mesa sin mantel la comida que ha sobrado, pero a nosotras no nos ponen una naranja de postre ni nada. Cuando terminamos de comer tenemos que recoger la cocina y fregar todos los cacharros y los suelos y limpiar las mesas...

Pasan de las tres y media cuando podemos volver a clase, pero sor Teresa, la profesora, no nos deja quedarnos, nos dice que salgamos de clase y esperemos fuera a que termine la hora para entrar entre clase y clase, que, por favor, no volvamos a interrumpir en medio de la clase a las demás alumnas.

A las cinco corriendo otra vez a encontrarnos con sor Remedios que no le gusta nada de lo que hacemos ni cómo lo hacemos. Son las seis y media bien pasadas cuando nos dejan irnos a casa; aunque sor Remedios nos advierte que mañana a las ocho en punto nos espera.

Por el camino noto en el bolsillo el sobre que nos dio sor Antonia para nuestros padres. Lo saco y, sin abrirlo, empiezo a romperlo en pequeños trocitos que voy lanzando al aire por la calle como una lluvia de papel.

Por fin llego a casa. Estoy tan agotada que solo me apetece meterme en la cama y dormir, pero tengo que hacer los deberes y algunas otras cosas y calentar un poco de agua para hacer una manzanilla y tomar algo caliente. Estoy tan cansada que no tengo nada de hambre a pesar de lo escasa que ha sido la comida que nos han dado en el colegio.

Cuando termino todo pongo el despertador que usaba María porque ella tenía que madrugar mucho para llegar a su trabajo. Es un despertador enorme, hay que darle cuerda y tiene una campana que cuando suena es capaz de despertar a todo el barrio, pero a mí me viene bien porque tengo el sueño muy profundo. Lo pongo a las siete para poder llegar al colegio a las ocho. Yo por la mañana soy muy lenta haciendo las cosas.

Pongo el despertador en la mesita de noche y me meto en la cama con el libro de Víctor Hugo. ¡Qué placer entrar en la cama entre las sabanas! Desde luego que es el mejor momento del día.

Llevo muy avanzada la lectura de *El hombre que ríe*, voy ya por la última parte. Estoy muy emocionada con la historia, aunque me arrepiento de haberlo elegido porque es la historia más triste que he leído en mi vida y lo peor es que presiento que el final tampoco va a ser nada alegre. En estos momentos necesito leer cosas más animadas que me saquen un poco de esta vida tan oscura...

Me despierto a media noche abrazada al libro. Me he quedado dormida con el libro abierto. He

perdido la página por la que iba, pero lo cierro porque tengo mucho sueño y no me apetece ahora ponerme a buscar la página que estaba leyendo.

### Capítulo 30

Todos los días igual. Sor Remedios cada vez nos exige más y cada vez está menos satisfecha con nuestro trabajo y eso que, al final, casi siempre trabajamos más de seis horas. En realidad solo podemos asistir a tres clases diarias, la mitad de las que dan a las demás niñas.

Sor Remedios es una monja horriblemente fea, casi no parece humana. Es muy baja de estatura y encima anda siempre encorvada debido a una especie de joroba que le inclina la espalda. La nariz ganchuda, caída sobre la boca y la barbilla larga y torcida hacia arriba le dan un aire maligno, como de bruja. Desde luego muy buena no es.

Carmina dice que es tan mala porque está amargada de verse tan horrible y por eso tiene un pésimo carácter. Pero yo le digo que por eso no puede ser, porque yo conozco una señora con la que como todos los domingos cuando voy a ver a mi madre, que es también muy fea, casi más que sor Remedios, pero, sin embargo, es toda bondad, es de las personas más buenas que conozco.

María decía siempre que la verdadera belleza está dentro de nosotros, que se puede ser muy guapa y a la vez muy mala persona y también todo lo contrario.

Clara me da la razón, dice que ella también conoce a personas muy feas por fuera y muy bellas por dentro, pero Carmina no da su brazo a torcer. Carmina, a veces, puede ser bastante terca.

Dentro de lo malo yo he tenido suerte porque, como mi tía María me enseñó a coser, soy la encargada de remendar, zurcir y coser todo lo que necesita compostura. Por lo menos puedo estar sentada los miércoles y los viernes que es cuando me dan las cosas para coser. La que peor lo pasa es Clara, la pobre es pequeña y débil y le encargan los trabajos más duros. El otro día se cayó en el patio con un cubo lleno de agua que llevaba para fregar los pasillos. El agua se derramó por todo el suelo con la mala suerte de que sor Antonia, que pasaba por allí, lo vio todo, se fue hacia ella como una fiera y la levantó por el pelo, llamándola inútil y zarrapastrosa delante de todas las demás niñas que jugaban en el patio.

Los ojos de Clara son grises y un poco tristes y su pelo rubio ceniza y su cara pálida. Se ve que no come bien, que casi no come. Yo creo que Clara es la niña más guapa que he conocido, pero su belleza es frágil como la de las niñas protagonistas de las novelas que tanto me gustan. Es una belleza que tal vez excita la crueldad de las personas con instintos brutales a las que les gusta humillar a los débiles. Clara es la que peor lo pasa de todas nosotras porque cuando termina la dura jornada en el colegio tiene que ayudar a su madre con sus hermanos pequeños. La madre de Clara tiene que trabajar fuera, lava y plancha la ropa y eso le lleva mucho tiempo, pero no tiene más remedio que hacerlo porque el dinero que saca por ese trabajo es el único dinero que entra en la casa. El padre de Clara no se sabe si ha muerto, pero se perdió en la guerra y no han vuelto a saber de él.

A veces veo que Clara se guarda un trozo de pan o algo de fruta que han dejado las otras niñas, o

su propia comida si es algo sólido que se puede guardar. Yo creo que lo guarda para llevárselo a sus hermanitos, que deben de estar pasando mucha hambre en estos tiempos tan terribles. Es muy difícil renunciar a tu comida tan escasa y guardarla sin tener la tentación de comértela cuando el hambre aprieta. Y también hay que tener mucho valor para coger comida, porque si te pillan el castigo debe de ser terrible, pero Clara es capaz de hacerlo. Yo admiro a Clara no solo por lo guapa que es sino por su valor y su fuerza de voluntad. Cuando la monja la cogió por el pelo con esa violencia, ella no dijo nada, no se quejó, ni siquiera se defendió. Se limitó a soportar con la dignidad de una princesa la ira de la cruel monja. Todas mirábamos aterradas, sabíamos que después de levantarla por el pelo le daría uno de sus terribles bofetones. Esos bofetones con los que siempre castiga a los pobres niños que tienen la desgracia de irritarla.

Clara levantó su bella mirada gris hacia la monja, esperando con humildad el brutal golpe que le iba a dar. Miró a la cara de la monja sin ningún miedo, con toda la dulzura de sus ojos, la misma dulzura con la que debía de mirar Jesús a sus verdugos. Pero la monja, que ya tenía el enorme brazo levantado, no pudo ejecutar el castigo ante esa mirada. Dio media vuelta y se fue cruzando el patio con sus largas zancadas.

Fue una gran lección de superioridad moral sobre la crueldad y la barbarie. Lo fue, fue tan evidente que todas las niñas que lo vimos nos quedamos calladas, sobrecogidas por el valor que demostró Clara, una niña tan débil, ante esa enorme monja que utiliza su fuerza con tan desmedida crueldad. Yo creo que la propia monja se tuvo que sentir avergonzada por lo que estaba haciendo en el patio con esa niña tan frágil y tan superior a ella, pero no sé, a veces estas personas tan embrutecidas son incapaces de percibir estas cosas; aunque algo tuvo que notar porque no le pegó ni la insultó más. Simplemente la dejó y se fue andando con esos pasos largos y enérgicos que la hacen tan reconocible.

Hay algo en la mayoría de las personas que les permite reconocer la grandeza y la superioridad moral. Yo creo que eso es lo que todas vimos en Clara el otro día. Las niñas que estaban jugando dejaron de hacerlo y se acercaron para consolar a Clara y nosotras, que estábamos trabajando, fuimos corriendo para abrazarla y no consentimos que fuese ella la que recogiese el agua vertida, todas las niñas nos disputábamos las bayetas para enjugar el agua caída en el suelo del patio.

Carmina es del norte, de Asturias, habla con acento de esa tierra, un acento muy gracioso, completamente distinto del andaluz que todavía conservo yo a pesar de que ya llevo cuatro años en Madrid. Carmina es fuerte y alta, más alta que yo y eso que soy bastante grandota. También es rubia como nosotras, por eso nos llaman siempre «las tres rubias».

Ahora Carmina coge siempre el cubo de agua que tiene que llevar Clara desde la cocina a los pabellones para fregar los suelos. Hay que verlas cruzando el patio: Carmina con el cubo lleno de agua, que lo lleva con la misma facilidad que si fuera vacío. A su lado va Clara con la bayeta en la mano. Clara va un poco avergonzada, creo yo, de que su amiga le tenga que llevar el cubo. Sor Remedios lo ve y no dice nada. Tampoco dice nada sor Antonia si se cruza con ellas por el patio. Vuelve la cabeza, haciendo como que no lo ve.

Dentro de clase, cuando sor Teresa está explicando lo de los íberos y los celtas en la historia antigua de España, Clara tiene un ataque de tos. Se levanta para salir de clase y en el pasillo empieza a vomitar sangre. Sor Teresa se asusta mucho, le dice que tiene que irse a casa para que la vea un médico y me pide a mí que la acompañe.

Como hoy es sábado y no tenemos que ir al colegio por la tarde, al salir de clase le digo a Carmina que venga conmigo a casa de Clara porque no la hemos vuelto a ver desde el lunes, cuando tuvo el vómito y yo la acompañé a su casa.

Clara vive en el Paseo de la Dirección, en medio de un descampado hay unas casas entre montones de chatarra y basura donde viven los traperos. Son casas bajas que parecen chabolas y Clara vive en una de ellas, aunque ellos no son traperos.

Llamamos a la puerta. Nos abre una niña de unos seis años que es muy parecida a Clara. Nos dice que su madre no está y que Clara está acostada porque está muy enferma. Pasamos dentro, es como entrar en otro mundo completamente diferente a la sordidez y miseria que hay fuera. Aquí dentro reinan la limpieza y el orden. A la entrada hay una habitación grande y luminosa con una mesa de comedor, unas sillas y la cocina a un lado, separada por un pequeño mostrador. En el suelo, que brilla de limpio, están jugando dos niños pequeños con unas cajas que hacen como si fueran carruajes. La hermana de Clara debía de estar haciendo los deberes porque encima de la mesa hay un cuaderno de esos de caligrafía para niños y un lápiz bastante consumido de tanto afilarlo.

En la otra habitación hay tres camas, una grande y dos pequeñas. Clara está en la cama grande, parece una princesa arropada por una colcha de un blanco radiante y la luz de noviembre que entra suavemente hasta la cama, tamizada por los visillos y unas cortinas blancas con pequeñas flores verdes y rojas.

Clara nos sonríe débilmente desde la cama. Está muy pálida, más que nunca y tiene su bella mirada gris turbada por la fiebre.

—Clara, ¿qué es lo que tienes? —le pregunto, preocupada, y me siento en su cama y le pongo la mano en la frente para ver si tiene fiebre, como hacía mamá conmigo—. ¿Te ha visto un médico?

Clara nos cuenta que sí, que el colegio ha mandado un médico, que la estuvo reconociendo con aparatos que le ponía en el pecho y que le ha dicho que tiene una enfermedad del pulmón que se llama tuberculosis y que tiene que ir a un sanatorio para poder curarse.

—Ayer vino a verla una señorita joven muy alta —nos explica su hermana, que ha estado todo el tiempo en la habitación con nosotras.

—Sí, era la señorita Mari —nos dice Clara—. Me contó que sor Narcisa ha escrito a sor Eulalia para que haga gestiones en un sanatorio muy bueno para enfermos del pecho que está en San Rafael, en Segovia.

## Capítulo 31

Es domingo, pero no puedo ir a ver a mamá porque el domingo pasado nos dijeron que hoy iban a tener una inspección y quedaban suspendidas todas las visitas.

Voy a visitar a doña Elena, que hace ya más de un mes que no la veo. A lo mejor ya sabe algo del

proceso de mi madre.

Hace frío, a finales de noviembre con el otoño ya bien entrado los días suelen ser así, nublados, cortos y fríos. Menos mal que el abrigo que me hizo mi tía el año pasado me quedaba grande y no lo quiso arreglar a pesar de mis protestas. Ahora se lo agradezco porque me queda bien, quizá todavía un poco holgado y me podrá servir para el año que viene porque no veo muchas posibilidades de poder comprar otro.

No dejo de pensar en mamá, todo el día en ese infierno, esperando que llegue el domingo y cuando por fin llega suspenden las visitas. Aunque yo también estoy casi todo el tiempo pensando en el domingo, esperando que llegue, pero mi vida es más variada, entre el colegio, los duros trabajos que tenemos que hacer, las clases, los deberes y las demás cosas, se me pasan las semanas volando y es que me acuesto tan agotada que ni siquiera tengo ganas de leer. Solo leo un poco los sábados por la tarde porque los domingos, como voy a ver a mamá y después vengo tan excitada, no puedo concentrarme en la lectura y eso que el libro que he empezado ahora parece bastante interesante, se titula *Papá Goriot*, es una novela de Balzac, otro escritor francés del que mamá tiene las obras completas que ocupan media caja, casi más que las de Víctor Hugo. Aunque voy por los primeros capítulos ya me tiene enganchada, pero la mayoría de las noches me quedo dormida abrazada al libro y no avanzo nada en la lectura.

El otro día, en la clase de francés, sor Teresa se quedó muy sorprendida porque me preguntó a mí por primera vez y le di toda la respuesta hablando en francés de corrido y tan deprisa que casi no me pudo entender porque ella casi no sabe francés, aunque nos da la clase. La verdad es que lo hice sin darme cuenta y enseguida me arrepentí porque pensé que se iba a molestar por mi falta de humildad, pero no se molestó, todo lo contrario, desde entonces me trata con mucho respeto, incluso me pregunta las dudas sobre el significado de alguna palabra o sobre su pronunciación. Gracias a mí ya no necesitamos el diccionario que antes estaba siempre consultando.

Sor Teresa ha cambiado mucho en su trato con nosotras, ahora nos deja pasar a media clase cuando llegamos de hacer los trabajos que nos mandan y nos mira de otra forma. El otro día, cuando pasó por mi lado en la fila, me acarició el pelo y me dijo muy bajito: «Pobre Ángela, qué tiempos tan difíciles te ha tocado vivir».

También le gustó mucho la redacción que hice sobre el amor a la madre, que nos mandó hacer a todas. La mía fue la que más le gustó y me pidió que la leyera en alto. «*Un amor infinito*», se titulaba. ¡Cómo me gusta la palabra «infinito»! Sobre todo después de leerla en el poema de papá, se ve que a él también le gustaba.

Sor Teresa me dijo que estaba muy bien escrita y que era muy emotiva, que parecía escrita por una niña mucho mayor que yo, pero sabe que no tengo hermanas mayores y que mamá tampoco está en casa... A lo mejor por eso era tan emotiva.

La mayoría de las niñas de mi clase tienen trece años, algunas doce. Camina tiene doce, aunque pronto cumplirá trece. Clara y yo somos las únicas que tenemos once, pero también cumpliremos pronto los doce. Clara es la más pequeña de todas, después voy yo, que le saco unos meses. Sor Teresa dice que soy una niña muy madura para mi edad. El otro día por la tarde vino a verme cuando estaba cosiendo unas sábanas, se sentó a mi lado y me estuvo preguntando muchas cosas sobre lo que hacía sola en casa todo el tiempo, que en qué me entretenía por las tardes y los fines de semana. Yo no tenía muchas ganas de contarle cosas mías porque todavía no me fio mucho de

ella, a lo mejor es una espía de sor Antonia y después me la puedo cargar, pero al final me dijo que sor Narcisa le había hablado mucho de mí, que le había dicho que yo era una niña inteligente y aplicada y que la había ayudado mucho en clase con las otras niñas más atrasadas y que también le había pedido que fuese comprensiva conmigo porque tenía una historia muy dura detrás; aunque no le contó nada de mi historia porque sor Narcisa es muy respetuosa con la intimidad de los demás.

Esto ya me tranquilizó un poco, insistía tanto y parecía tener tanto interés que le conté todo lo que hacía más o menos, que los domingos voy a ver a mi madre y eso me ocupa casi todo el día entre ir y volver, que estos últimos sábados voy a ver a Clara, que también riego el patio por las tardes y mis vecinos me dan una propina por hacerlo.

—Pero cuando llega la noche y te metes en casa, ¿qué haces allí tan sola?

Entonces le conté que tengo muchos libros que trajeron mis padres de Córdoba, casi todos en francés y que los miro, acaricio los lomos de piel suave y elijo algunos para leer, que me gusta mucho Chéjov, pero lo he dejado porque me pongo muy triste con sus cuentos, que me gustó *El conde de Montecristo*, pero sobre todo los dos que he leído de Víctor Hugo: *Los miserables* y *El hombre que ríe*. Los he leído en francés y no podía dejarlos. Muchas noches me quedaba dormida y me despertaba a media noche abrazada al libro y soñando con los personajes.

Pero como ella seguía sentada a mi lado, esperando que le contase más cosas y yo, cuando alguien se pone así, no puedo callarme y me da por hablar y cuento todo lo que debo y lo que no debo, entonces le conté que también paso mucho tiempo sentada en el tocador de mamá, tocando sus cepillos, cepillándome a veces mi propio pelo, recordando su melena negra y sedosa que algunas noches se la cepillaba yo antes de acostarnos mientras nos contábamos nuestros secretos..., y le conté que me acuerdo mucho de mi madre, que me acuerdo de ella todos los días, todas las horas y todos los minutos.

No quería dejar de coser, bajaba cada vez más la cabeza para que no viera las lágrimas que me empezaban a caer como siempre tan inoportunas. Entonces sor Teresa me quitó la costura y la aguja de las manos, lo dejó todo a un lado y me abrazó.

—Hermana, haga el favor de no entretener a las chicas, que tienen mucho trabajo. —Sor Remedios interrumpió nuestra conversación y sor Teresa, cuando sor Remedios se volvió, le hizo un gesto como de burla que a mí me hizo tanta gracia que dejé de llorar.

Sor Teresa es muy joven y si te fijas bien es bastante guapa, no tanto como sor Eulalia, pero tiene los rasgos finos; aunque ese tocado que llevan favorece bien poco, hay que ser muy guapa, como sor Eulalia, para que te siente bien.

Por fin llego a casa de doña Elena. Pensando en todas estas cosas se me ha hecho el camino más corto. Sé que me voy a poner triste, pero no puedo evitar mirar las ruinas de nuestra casa. La tumba de mi muñeca.

Doña Elena me abre la puerta. Siempre parece una dama, aunque esté en ropa de casa no deja de ser una dama. Me recuerda a mi abuela Julia: los mismos gestos, la forma de hablar, la manera de moverse por la casa..., mi abuela también fue siempre una dama.

—¡Ángela! Cuánto tiempo sin saber de ti. Iba a llamarte a la tienda para pedirte que vinieras a verme.

Y yo le cuento que he estado muy ocupada, que apenas tengo tiempo libre, que salgo muy tarde del colegio porque tenemos que trabajar para pagarnos las clases y la comida y que los domingos voy a ver a mi madre y me lleva todo el día.

—¿Que tenéis que trabajar en el colegio? —me pregunta doña Elena muy extrañada mientras me pone en la mesa de la cocina el tazón con leche caliente y la rebanada de pan tostado.

—Sí. —Y le cuento todas las tareas que tenemos que hacer: fregar los suelos, arreglar las habitaciones, servir las comidas, lavar los platos y los cacharros, coser... Y las horas que nos lleva, que tenemos que llegar una hora antes y salir una hora después, que no tenemos recreo, que comemos en cinco minutos en una mesa de la cocina las sobras de las demás niñas y todo eso...

—No puedo creerlo —dice doña Elena muy impresionada—, no me puedo creer que religiosas, devotas de nuestro Señor, hagan trabajar así a unas niñas de once años. Solo por la comida. Como esclavas...

Y yo le cuento después lo de Clara, cuando se cayó con el cubo en el patio y la monja la levantó del pelo y la llamó inútil y zarrapastrosa y la dignidad de Clara aceptando el castigo, resignada, sin un gesto, sin una queja, sin nada que turbase su blanca palidez.

—¿Qué significa zarrapastrosa? —le pregunto—. Y ¿por qué nosotras somos zarrapastrosas?

—Zarrapastroso significa desaliñado, desaseado y vosotras no sois zarrapastrosas, sois unas niñas que sois pobres por las circunstancias de la vida, pero no sois zarrapastrosas y esa monja brutal no tiene ningún derecho a insultaros solo porque sois pobres.

Le digo lo del vómito de sangre que tuvo Clara en clase y que yo la llevé a casa y que el sábado fuimos a verla Carmina y yo, que vive en una casa muy humilde en un solar lleno de basura y rodeada por las casas de los traperos, pero que al entrar en su casa parece que se entra en otro mundo porque todo es orden y pulcritud, una inmaculada limpieza lo llena y lo ilumina todo.

También le cuento que tiene tuberculosis y que las monjas están haciendo gestiones para llevarla al sanatorio de San Rafael.

—Bueno, ahora vamos a hablar de otras cosas más alegres —me dice doña Elena y se sienta frente a mí—. Mi cuñado, el general, me ha dicho que en Navidad, Franco va a conceder un indulto a todos los presos que no tengan delitos de sangre, que tardarán un poco en ir saliendo de las cárceles porque se tienen que revisar todos los expedientes, que van a empezar en enero.

—Y mi madre ¿cuándo podrá salir?

—Pronto, ella no está implicada en ningún delito de sangre. Además a las mujeres que tienen hijos las dejarán salir antes si demuestran que tienen un trabajo y alguien que lo avale. Mi hermana le está buscando un trabajo entre sus amistades. Ya sabe que habla francés y que toca el piano, pero esos puestos están muy difíciles y más para una persona que ha estado presa, pero podrá entrar como doncella o niñera o institutriz en alguna buena casa de familia y después ya buscaremos otra cosa con más tranquilidad.

—¡Qué bien! Estoy deseando contárselo a mamá.

—Sí, pero ten cuidado de que no te oigan porque es información muy confidencial todavía. Mejor

que le digas que su situación se va a resolver pronto y no expliques nada más.

Yo pienso que será mejor así porque en la sala de las visitas estamos todas juntas sin ninguna intimidad y sería muy difícil hablar de todas estas cosas sin que nadie te oiga.

—Por cierto, Ángela, ¿tienes algún plan para hoy?

—No, hoy no puedo visitar a mamá, pensaba volver a casa y quedarme leyendo toda la tarde.

—¿Por qué no me acompañas a misa de doce y luego subimos a casa, hacemos la comida y pasamos la tarde juntas? ¡Venga, ánimo! Me apetece mucho pasar la tarde charlando contigo.

Yo le digo que sí, que me gustaría mucho.

—Bueno, pues espérame que voy a vestirme para ir a misa. Coge un libro y siéntate en la salita, si quieres.

Doña Elena se va a su habitación a vestirse y yo voy a la librería a buscar un libro.

—Doña Elena, ¿puedo coger un libro de medicina que hable de la tuberculosis?

—Sí, claro, pero espera que te lo busco yo porque la mayoría de los libros de mi marido son para médicos y no te vas a enterar de nada... ¡Ah!, y no me llames doña Elena, aunque soy una persona mayor me gusta que me llames Elena, simplemente Elena.

Doña Elena, mejor dicho, Elena busca entre los estantes y me da un libro gordo, con el lomo muy bonito encuadernado en piel grabada que se titula *Guía práctica de la salud*, está escrito por el doctor Federico M. Rossiter y dice que es para enfermeros y familiares.

—Toma este libro, aunque no deberías leerlo porque te vas a asustar con tantas enfermedades y algunas que, desgraciadamente, son mortales.

Y me voy a la cocina con el libro. Se está muy bien en esa cocina. Entra la luz de la calle y el sol cuando no está nublado y Turandot, el canario amarillo que salta en su jaula, mirando por la ventana, cantando a veces.

Al principio me daba mucha pena verlo encerrado mientras que los demás pajaritos vuelan libres por la calle, pero Elena me explicó que era de la otra portera que se fue, que ya nació en una jaula y que si lo soltase no sabría volver y moriría en unas horas porque no está acostumbrado a la libertad y no sabe encontrar comida.

Ahora en esa jaula grande que tiene está bastante bien. Elena le pone todos los días la comida y le cambia el agua de la bañera para que se limpie bien las plumas. Por la tarde, con todas las ventanas y el balcón cerrados lo suelta para que vuele libre por la casa el tiempo que quiera y después él solo vuelve a su jaula a cenar y a dormir.

Abro el libro, tiene muchos dibujos, busco lo de la tuberculosis. Vienen varias páginas hablando de la tuberculosis y de los diferentes tipos. Empiezo a asustarme porque habla de la muerte en seis meses como mucho en un tipo de tuberculosis que se llama *tisis galopante* y que afecta a los niños, habla de las hemorragias de sangre, como en el caso de Clara, y de la necesidad de comer mucho y bien y de cambiar de clima. También dice que es muy contagiosa, que se debe evitar el contacto con los enfermos.

Pienso en Clara, no creo que pueda comer mucho y bien, ni que el clima donde vive sea el más adecuado, ni siquiera que pueda hacer reposo. Con su madre fuera todo el día trabajando y sus hermanitos tan pequeños solos... Cómo se ensaña la vida con algunas personas, con qué ferocidad, con qué falta de piedad...

Cuando salimos de misa damos un paseo por el bulevar. Después entramos en una pastelería y Elena compra dos pastelitos.

—Los tomaremos con el postre —dice cuando salimos con el paquetito en la mano colgando de un lacito azul—. Al fin y al cabo hoy es domingo y tenemos que celebrar el día del Señor, ¿verdad, Ángela?

Me limito a asentir con un movimiento de cabeza. No dejo de pensar en los pastelitos que ha comprado Elena con crema y chocolate y una guinda encima. ¡Qué golosa soy! Siempre lo he sido, más que mis hermanos. Pero ahora llevo mucho tiempo sin probar un dulce, ni un pequeño bollo suizo, ni una galletita, nada. Por eso pienso que hoy el día no ha estado mal. Sobre todo por la buena noticia del indulto de mamá y encima, después, el pastelito.

## Capítulo 32

Hambre, el hambre me obsesiona, solo pienso en comer, el estómago protesta sin misericordia. No he comido nada desde las lentejas del jueves porque el viernes me dieron las vacaciones en el colegio, pero fue por la mañana y así se ahorraban la comida. Hoy es domingo, apenas han pasado dos días y ya estoy desfallecida por el hambre. Ahora ya no me sirve eso de beber agua a pequeños sorbos. Necesito comer algo sólido, algo que me pese en el estómago.

El viernes por la tarde vino la casera para cobrar el dinero que le debía de estos meses desde que murió mi tía. Le di todo lo que tenía y me dijo que con eso saldaba las deudas y quedaban pagados tres meses más. Me dijo que lo sentía, que sentía lo de mi tía y todo eso, pero que los tiempos estaban muy mal y ella también tenía que comer... Y se fue, se fue con todo el dinero que me habían dado en el taller de María.

Hoy es Nochebuena, pero como también es domingo voy a ir a ver a mi madre. Durante toda la noche he estado pensando en ella. Me da un poco de miedo verla porque sé que va a notar que me muero de hambre. Ella lo nota todo y seguro que esto que me pasa no se le escapa y me va a preguntar que si como, que cuánto dinero tengo, que cómo me voy a apañar en las vacaciones sin la comida del colegio... En fin, todas esas cosas. Pero ¿cómo le digo yo que no tengo nada? Que no me queda nada. Que todo se lo ha llevado la dueña de la casa. Que no sé qué comeré mañana ni pasado, ni al otro, ni al otro... ¿Cómo le digo yo eso a mi madre? A mi madre que está encerrada en una cárcel y no puede hacer nada por mí. A mi pobre madre que seguramente tiene más hambre que yo, que cuando termine la visita se la llevarán a su celda y se quedará pensando en su hija de once años sola, sin dinero y sin nada para comer y calentar un poco la casa.

Tengo miedo del encuentro y de esas preguntas que seguramente me hará mamá cuando me vea. Salgo muy temprano porque tengo más de una hora de camino. Amanece un día frío y muy nublado, parece que quiere nevar. Con el estómago tan vacío se siente más el frío. Tengo que pensar en

otras cosas porque si no lo hago el hambre me tortura más.

Ayer fuimos Carmina y yo a ver a Clara. Estaba su madre, que se parece mucho a ella. Nos dijo que había escrito sor Eulalia, que habían admitido a Clara en el hospital de San Rafael y que la iban a ingresar el próximo día ocho de enero, que es lunes.

Clara había mejorado estos días de atrás, se había levantado y trajinaba por la casa ayudando a su madre en lo que podía, pero el jueves tuvo otro vómito de sangre que la ha debilitado mucho.

Pasamos a la habitación. Clara estaba en la cama, aún más pálida que la última vez que la vimos. Tenía algo de fiebre. Nos sonrió lánguidamente cuando nos vio entrar. Nos sentamos a su lado en la cama. Yo le cogí la mano, su mano que parecía transparente de tan blanca y delgada que estaba. ¡Pobre Clara!

Llego por fin a las puertas de la cárcel. Todavía queda un rato para entrar y las visitas nos vamos poniendo en la cola en silencio porque todas estamos un poco nerviosas con la idea de ver a nuestras familiares presas.

Cuando se abren las puertas pasamos a la sala de siempre y enseguida las presas van entrando en fila de dos.

Mamá camina hacia mí. Me mira con atención, clavándome los ojos, sus ojos que lo ven todo, que lo notan todo, que lo adivinan todo. ¡Qué delgada está! Ella sí que debe de pasar hambre.

Le cuento que por fin estoy ordenando los libros, que hay muchos, pero que quiero hacerlo durante las vacaciones. Le cuento que he empezado a leer *Los tres mosqueteros* y que es muy interesante; aunque todavía estoy por el principio porque ayer fui a ver a Clara, que ya la van a ingresar en el hospital.

—Ángela, por favor te lo pido, vete a Valencia con tus hermanos. Hazlo por mí, si de verdad me quieres me tienes que hacer este favor: vete a Valencia. Pepita y Vicente te van a recibir encantados. Lo han dicho muchas veces. Vete, hasta que pase todo esto y podamos reunirnos otra vez todos. —Me dice y me mira fijamente a los ojos.

¡Claro!, si me tenía que haber imaginado que no me haría ninguna pregunta, sino que iría directamente al centro del problema. ¿Para qué me va a preguntar nada?, si no le hace falta, si es capaz de adivinarlo todo solo con mirarme, si sabe perfectamente que hace dos días que no he comido nada... Y yo disimulando, hablando de esto y de aquello como un loro.

—No, mamá, no me puedes pedir que haga eso, que rompa mi promesa y me vaya. No me voy a separar de ti. Vas a salir pronto de aquí y ese día yo voy a estar en la puerta esperándote. Después de Navidad voy a ir a ver a Elena, seguro que ya tiene más noticias. Ya verás cómo el domingo que viene te daré una buena noticia y el próximo año, el año 1940, será mucho mejor que este que se acaba.

Mi madre se calla, comprende que no me puede obligar a hacer eso. Me conoce muy bien y sabe perfectamente que no voy a cambiar mi propósito de permanecer junto a ella pase lo que pase.

Termina la visita de la mañana. Yo quiero salir sin que me vea la señora que suele sentarse a comer conmigo y esperar a que den las tres para volver a entrar; aunque me parece que hoy no ha venido, por lo menos yo no la he visto; claro que hoy ha venido mucha gente, como es Nochebuena

han venido desde provincias y todo con pases especiales de Navidad.

Pero no, sí que ha venido y ya me ha visto.

—Hola, Ángela, no te había visto esta mañana, hay tanta gente —me dice, colocándose a mi lado —. Vamos a comer a nuestro banco.

—No, hoy no puedo, tengo algunas cosas que hacer.

—Bueno, pero algo tendrás que comer, ya habrá tiempo después de hacer lo que tengas que hacer.

—No, de verdad que tengo prisa, además no tengo nada de hambre.

—Lo que no tienes tú es comida. Anda, vamos, pequeña, que repartiremos lo que he traído yo — insiste cogiéndome del brazo.

No puedo negarme. Nos sentamos en el banco. Ella saca de su bolsa un papel de estraza con dos arenques y me da uno, luego saca un trozo de pan negro de centeno y me da la mitad.

—Pero si apenas es comida para usted. No, de verdad, déjelo, comeré solo un trocito de pan.

—Venga, come y no protestes más. ¿Qué sería de nosotros en estos tiempos que corren si los pobres no repartimos lo poco que tenemos? Te conozco y sé que tú habrías hecho lo mismo por mí. ¿A que sí?

Tengo que reconocer que sí, que yo habría hecho lo mismo y con mucho gusto. Empezamos a comer el pan con la sardina salada que voy pelando ayudándome con el papel. Los primeros bocados caen fatal en mi estómago vacío.

—Come despacio, trocitos muy pequeños y mástalos mucho rato. Verás como así te quedas más satisfecha y te sienta mejor la comida —me aconseja la buena mujer y coge ella misma pequeños pellizcos de la sardina para enseñarme cómo se hace. Se ve que ella también lo está pasando mal, que el hambre la visita con frecuencia.

Por la tarde mamá y yo no hablamos, estamos felices así juntas, sintiendo nuestros cuerpos cercanos, compartiendo el mismo aire en esa triste sala de la cárcel.

La miro a placer. ¡Qué guapa es! Los ojos oscuros y profundos. Ya le ha crecido un poco el pelo negro que, como es tan fuerte, le sale de punta y hace pequeñas crestas en el flequillo, por encima de las orejas y en la coronilla. A pesar de su juventud, solo tiene treinta años, ya le brillan algunas canas, pocas todavía, entre el pelo tan negro. Dicen que las canas salen por los disgustos y, desde luego, ella sí que tiene motivos para tener canas. Le sienta bien el pelo así. A mamá le sienta bien todo, se ponga lo que se ponga todo le favorece; hasta ese mandilón gris que dan en la cárcel, que le queda enorme. «Hija, qué suerte tienes que todo te queda bien, con todo lo que te pongas estás guapa», decía siempre María cuando le probaba algún vestido de esos que ella nos hacía en su tiempo libre mientras charlábamos en el patio, tomando el fresco en verano o alrededor de la estufa en invierno.

Pasan los minutos. Las celadoras ordenan a las presas que se coloquen en fila de una y que vayan abandonando la sala.

Aunque sé que está terminantemente prohibido abrazo con todas mis fuerzas a mi madre.

—Feliz Navidad, mamá.

—Feliz Navidad, Ángela.

Después nos separamos, las carceleras han hecho la vista gorda, me quedo con mi soledad y mi desesperanza, viendo cómo desaparece mi madre tras esa puerta siniestra el día de Nochebuena de 1939.

Cuando salgo a la calle ya anochece, qué cortos son los días en diciembre. Está empezando a nevar, por eso no hace tanto frío como esta mañana. Me abrocho bien el abrigo y vuelvo a casa acompañada por mis tristes pensamientos.

Al llegar a mi calle es completamente de noche. Nieva intensamente, los faroles están encendidos y también las luces en la mayoría de las casas. A pesar de todo se nota un aire navideño con la nieve y las luces encendidas.

Algunos niños cantan villancicos y piden el aguinaldo sin importarles la nevada que está cayendo. En la esquina con Marqués de Viana una niña pequeña me pide el aguinaldo. La conozco, tiene unos cinco años y una vida bien triste y miserable. Su padre se emborracha siempre, no trabaja en nada, desaparece de casa por temporadas, pero cuando llega les pega unas palizas brutales y le quita todo el dinero a su madre, que trabaja como una esclava. A la niña la suele echar a la calle a pedir limosna; es muy frecuente ver a la pobre criatura en la calle, descalza y aterida de frío. Cuando estaba María y la veía siempre la metía en casa para que se calentase y tomase algo caliente.

Aunque sé perfectamente que no tengo nada de dinero, me palpo los bolsillos por fuera del abrigo y, para sorpresa mía, noto algo redondo y pequeño en el bolsillito con solapa que está encima del grande. Puede ser un botón o quizás una monedita... Meto los dedos en el pequeño bolsillo y saco una moneda de cinco céntimos, la contemplo incrédula en la palma de mi mano y se la doy a la niña.

—Toma, pequeña, no llevo más.

—Gracias, Ángela. ¡Feliz Navidad!

Y sale corriendo calle arriba hasta desaparecer entre la densa nevada que cae ahora con mucha más fuerza.

Al verme pasar, Dani me llama desde el mostrador de la taberna. Me dice que lo espere, viene hacia mí cojeando y mirándome con esa sonrisa bondadosa y triste que tiene el pobre chico. Al lado de la taberna, la persiana de entrada a la tienda está a medio cerrar. ¿Para qué tener abierto? Si no hay nada que vender. Dani la abre un poco para poder entrar y me dice que pase. Está oscuro, solo la luz de la calle alumbra un poco los bultos y el mostrador. Dani se mete dentro del mostrador, coge una hoja de bacalao, corta una buena tira con ese cuchillo especial, luego coge de una bolsa una cazoleta de garbanzos, corta también un pedazo de tocino, hace una especie de cucurucho con un trozo de papel y me lo da sin decir palabra. Yo me resisto a cogerlo.

—Cógelo, Ángela —me dice sin perder esa expresión de desamparo que siempre lo acompaña—. Cógelo, por favor, está noche lo metes en agua y mañana te haces unos garbanzos con bacalao para celebrar la Navidad. Si no tienes aceite vienes con una taza y te daré un poco. Me gustaría darte más cosas, un dulce o algo así, pero ya ves que no hay nada, solo vino que vamos cambiando por

el bacalao y algunas legumbres.

—Gracias, Dani, feliz Navidad —y le doy un beso toda emocionada por su generoso gesto.

El patio de casa está todo cubierto de nieve, se hunden los zapatos. Las plantas también están llenas de nieve y tienen un perfil redondeado que las hace muy parecidas unas a otras. Hay que reconocer que está muy bonito todo.

Hay luz en casa de Valentín, seguro que Rosa estará preparando la cena de Nochebuena para los tres y esta noche cenando se acordarán con tristeza de sus otros dos hijos huidos Dios sabe dónde.

También hay luz en casa de Sara. Ella sí que estará pensando todo el tiempo en Mauro, no sabemos nada de él, si consiguió escapar o si está preso en alguna cárcel o si le ha ocurrido algo peor. Qué tiempos miserables, con la desdicha metida en todas las casas.

Mi casa está helada, pero no tengo nada con que calentarla. Yo estoy empapada. Tengo el pelo chorreando, la nieve se me ha metido dentro de los zapatos y me ha mojado tanto los pies que ya casi no los siento de fríos que están. Voy a poner en agua los garbanzos y el bacalao, me voy a secar bien con la toalla, pondré otra manta en la cama y me voy a acostar con el libro de *Los tres mosqueteros*. Es muy pronto y no tengo nada de sueño. Seguro que hoy sí que avanzo con la lectura del libro.

No hago nada más que poner las cosas en dos cacerolas con agua cuando llaman a la puerta. Es Sara, que ha visto ya la luz y viene a preguntar por mamá.

—Pero, Ángela, si estas empapada. Y los zapatos y los pies mojados y encima esta casa que está helada. Vas a coger una pulmonía. Lo que nos faltaba, que tú enfermaras. Ven, coge en la mano las zapatillas, el pijama y la bata y ven a casa a calentarte y a secar la ropa. Tengo la estufa puesta y estoy preparando una sopa de ajo caliente para cenar.

Sara me ayuda a llevar el pijama y la bata y yo llevo las zapatillas. Cruzamos hundiéndonos en la nieve la corta distancia que separa mi casa de la de Sara y entramos corriendo, cerrando la puerta enseguida para que no entre el frío.

La casa de Sara está calentita. La estufa en la sala desprende un confortable calor y Sara me arrima al fuego, coge una toalla y me seca vigorosamente el pelo.

—Quítate esa ropa y dámela para secarla en la estufa. Toma, sécate bien los pies —me dice dándome otra toalla y me va quitando cosas, secándome y poniéndome el pijama.

Yo empiezo a entrar en calor y a sentirme mejor, hasta me pongo un poco más alegre sintiendo el suave contacto del grueso pijama que nos hizo María el invierno pasado, uno para cada una, con los mismos dibujos de florecitas, pero de diferentes tonos. Después me pongo la gruesa bata y las zapatillas con los pies ya bien secos y allí, al lado de esa estufa al rojo vivo, me entra una confortable sensación de bienestar que no había tenido desde hacía mucho tiempo.

Sara está en la cocina preparando las sopas de ajo para la cena, aunque todavía es pronto para cenar. No creo que pase mucho de las ocho.

Llaman a la puerta. Es Valentín, que viene a buscarnos para que pasemos a su casa a cenar y a oír los villancicos que van a poner por la radio, que están solos Rosa y él porque Gonzalo ha ido a

llevar a su jefe a Bilbao para pasar la Navidad con su familia y se ha quedado allí en una pensión muy buena que le ha buscado su jefe.

Valentín nos cuenta todo esto mirándonos con esos ojos suyos claros y brillantes, con esa mirada que tiene de hombre bueno.

—Pero, Valentín, mira cómo está la niña, si está ya en pijama porque ha llegado empapada de pies a cabeza. Le estoy preparando una palangana de agua caliente para que meta los pies y no coja una pulmonía.

—¡Qué más da!, eso mismo lo puede hacer en casa, que también está caliente, escuchando la radio que están cantando unos villancicos muy bonitos y Rosa está preparando una buena cena para que esta noche nos podamos sentir un poco mejor a pesar de las ausencias. Seguramente estando todos juntos la noche será menos triste.

—Sí, Sara, vamos, —digo yo entusiasmada con la idea—, que estaremos mejor todos juntos haciéndonos compañía unos a otros como las noches de verano en el patio... ¡Venga, Sara, vamos!

—Bueno, espera que apago el fuego y tú, Ángela, no te mojes los pies al cruzar el patio, recuerda que estás en zapatillas... Id saliendo vosotros que enseguida voy yo.

Salimos, Valentín me coge en sus brazos y me cruza el patio en volandas para que no me moje los pies con la nieve.

Rosa está atareada preparando la cena, que huele muy bien. Tienen ya puesto el mantel en la mesa grande y los cubiertos y la vajilla y unos candelabros con velitas y todo está muy bonito, muy acogedor. Además la estufa y la cocina de hierro están encendidas y despiden un agradable calor que calienta toda la casa.

En la radio, encima del aparador, suenan villancicos cantados por niños. Junto a la radio, en marcos con pie están las fotos de la boda de Rosa y Valentín y de sus tres hijos, hay un marco con cada uno solo y otro con una foto grande de toda la familia junta.

En la mesa ya han sacado pequeños platitos con rodajas de chorizo, salchichón, queso, aceitunas...

—Para tomar un aperitivo antes de cenar —dice Valentín.

Me siento muy bien en esa casa tan acogedora, tanto que dejo de pensar en todas las cosas horribles que me pasan y sonrío como una tonta al ver esas cosas tan ricas que vamos a comer.

### Capítulo 33

He salido pronto porque quiero llegar a casa de Elena antes de las diez. Todavía queda algo de nieve y eso que ayer estuvo lloviendo todo el día. Hace frío, aunque hoy ya no llueve y un tímido sol de invierno luce en un cielo sin nubes.

Al pasar por Cuatro Caminos, en el solar donde estaban construyendo el mercado antes de la

guerra, están ya los puestos con el estraperlo; hay menos que otros días. Se ve que como ayer fue Navidad han traído menos cosas.

En casa de Elena nos sentamos en la cocina a desayunar algo, como hacemos siempre. Doña Elena ha encendido ya la cocina de carbón y leña y se está muy calentito. Se agradece con el frío que hace en la calle.

—Sabía que vendrías hoy y me alegro porque tengo buenas noticias. Parece que la prisión de tu madre va a terminar muy pronto, si Dios quiere.

Yo estoy en ascuas, dejo el tazón con la leche que estaba bebiendo y miró a Elena con toda la atención del mundo.

—Sí, mi cuñado me ha dicho que está ya preparado el indulto para algunos presos que no tienen complicaciones con delitos de sangre. Solo queda la firma de Franco y dice que se lo pasarán hoy a la firma. En unos días se revisarán los expedientes y se comenzará a poner en libertad a las personas que cumplan los requisitos, desde luego, tu madre los cumple de sobra. Las primeras que saldrán son las madres o padres con cargas familiares y que puedan demostrar que tienen un trabajo.

Elena debe de notar mi cara de decepción cuando oigo lo del trabajo porque enseguida continúa:

—Mi hermana ha estado preguntando entre sus amistades y ha encontrado un sitio estupendo para que empiece a trabajar tu madre. Es en una buena casa de familia, el señor es el presidente de un gran banco, tienen cuatro hijos pequeños, dos chicos y dos chicas, la mayor es, más o menos, de la edad de tu hermano Andrés y el pequeño aún no ha cumplido un año. Tu madre será la niñera y la institutriz, se encargará de atender a los niños, les dará clases de francés y los ayudará con los deberes del colegio. No tienen piano, ya sabes que ahora casi nadie se preocupa por el piano, pero por esas tareas cobrará más que el resto del servicio porque en la casa además de tu madre estarán dos doncellas y la cocinera. Es una casa muy grande y muy elegante, el piso es el principal de uno de los mejores edificios de la calle Velázquez.

—En esa calle vivíamos nosotros cuando llegamos a Madrid antes de mudarnos a esta casa que destruyó la bomba. A todos nos gustaba más vivir allí porque la casa era mejor, mucho más grande, yo tenía una habitación para mí sola, y estaba muy cerca el parque del Retiro. En el verano íbamos todas las tardes a jugar con otros niños y los domingos por la mañana montábamos en las barcas del estanque.

—Pues no fue buena idea mudarse de casa porque en el barrio de Salamanca no ha caído ni una sola bomba durante la guerra.

—Ya, pero mi padre decía que en ese barrio solo vivían los señoritos de derechas y él no quería vivir en un barrio de fascistas.

—Pero, por lo que yo sé, tu padre también era un señorito.

—Sí, eso le decía siempre mi tía María, que era su hermana, pero mi padre contestaba que no se es señorito por nacimiento, que se es por comportamiento.

—Sé que tu padre fue un gran hombre, que salvó muchas vidas sin pararse a pensar en su ideología. Sé que libró de las llamas al convento del colegio al que tú vas y también sé que junto a

otros correligionarios luchó para suprimir las sacas de presos políticos en las cárceles para fusilarlos sin juicio y sin derecho a defenderse y también sé que quizás eso le costó la vida. Te hablo de ello porque sé que tú también conoces esas cosas, Ángela, y porque tú, que eres joven e inteligente y seguramente tendrás un gran futuro, debes luchar por un mundo mejor donde no sean necesarios héroes que tengan que dar su vida por los otros. Por eso tú debes conocer bien todo lo que ha sucedido y no olvidarte nunca de estos horribles tiempos que estamos viviendo para que tú y tu generación no permitáis nunca que vuelvan.

—Escuché a mi madre contarle a mi tía que a su marido también lo fusilaron contra una valla a pesar de que era un hombre justo y bueno, un médico que ayudaba a todos los que lo necesitaban sin pedir nada a cambio. Eso fue lo que le oí contar a mi madre.

—Sí, fue así, pero yo creo que desde el cielo los habrá perdonado. Seguro, porque él creía en el perdón, el perdón era uno de sus ideales más importantes. El pobre siempre decía que no hay que caer en la ideología porque la ideología suele conducir al fanatismo, al odio y a la guerra. Nos hace odiar a todos los que no piensan como nosotros, verlos como enemigos... También decía que lo peor es que algunos políticos procuran que la ideología se convierta en una herramienta de control social que hace que el ser humano pierda su libertad y se transforme en una masa manipulable.

—Qué complicado, no crea que lo entiendo muy bien, pero hay que creer en algo, ¿no? Recuerdo que mi padre siempre decía que todos somos iguales y tenemos los mismos derechos y merecemos las mismas oportunidades, y por eso peleó tanto y no le gustaban los fascistas; aunque mi abuelo, el padre de mi madre, era de derechas y también pensaba así, más o menos.

—Sí, Ángela, pero esa forma de pensar no es ideología, eso son ideales y los ideales sí que son necesarios para transformar esta sociedad y hacerla más justa y mejor. Todos debemos tener ideales, porque los ideales son los que hacen que el hombre y la sociedad avancen y mejoren. La justicia social, los derechos humanos y los derechos de los animales, la igualdad de oportunidades... Esos son los ideales en los que debemos creer y trabajar para conquistarlos.

—Mi padre decía siempre que no hay derecho que tanta gente se tenga que ir a la cama sin cenar y que a la mayoría de los niños que se mueren no les ha visto nunca un médico y decía que por cambiar eso tenemos que luchar y dar nuestra vida si es preciso. Mi tía María, que como era su hermana lo conocía desde niño, decía que era un idealista y que siempre lo fue. Yo creo que María en el fondo estaba muy orgullosa de su hermano; aunque después refunfuñase tanto, pero es que fue esa forma de ser que tenía mi padre lo que le costó la vida.

Nos callamos, la luz tenue de la mañana de invierno entra por la ventana de la cocina y se estrella contra la mesita donde estamos desayunando. En estos momentos cada una pensamos en nuestros muertos. Por lo menos yo, y creo que también Elena por la expresión de melancolía que se refleja en su rostro.

—Bueno, Ángela, ¿qué tal lo has pasado estos días de fiesta? ¿No habrás estado sola?

—No, en Nochebuena me llamaron los vecinos cuando volvía de ver a mamá y lo pasamos muy bien. Rosa preparó una cena muy rica y cenamos en su casa, que tenían encendida la estufa y la cocina y se estaba caliente y pude entrar en calor porque me cogió toda la nevada al salir de la cárcel.

—Yo cené en casa de mi hermana con su familia, pero pensé mucho en ti, tenía remordimientos de conciencia por no haberte llamado, pero como tengo el compromiso todos los años con mi hermana, me sabía mal romper la tradición. Además quería saber cómo iban las gestiones de lo de tu madre.

—Esta Nochebuena, a pesar de que mis vecinos han sido muy cariñosos conmigo, no ha sido muy alegre para mí. Bueno, y las últimas tampoco porque faltaban mis abuelos, mi padre y mis hermanos, pero esta última faltaban todos y algunos ya no volverán. No sé por qué esa noche vienen de golpe todos los recuerdos y sobre todo los recuerdos de los que faltan, de los que ya no están, de los que ya nunca volverán...

—Tienes razón, son días tristes por todos esos motivos que dices. Oye, por cierto, que se me olvidó preguntarte el otro día: ¿Tienes dinero para comprar comida y calentar la casa? ¿Qué comes ahora que no vas al colegio? Dime la verdad, Ángela, por favor, es muy importante para mí.

Esta pregunta me ha cogido completamente desprevenida. No me gusta dar pena, sé que soy muy llorona, que las lágrimas me salen con asquerosa facilidad, pero no lo hago para dar pena, lloro porque soy yo la que tengo pena y no lo puedo evitar. «No me han educado para quejarme», decía siempre mi abuela Julia cuando estaba tan mal después de morir el abuelo y todos le preguntaban qué tenía. Yo ahora la entiendo muy bien, no estoy educada para quejarme. En mi familia todos somos así, cuando nos duele algo callamos y procuramos disimularlo. Pero tampoco sé mentir. Si le digo a Elena que sí, que tengo dinero, que no tengo problemas, me hará más preguntas y al final yo misma caeré y me descubrirá y mi vergüenza será mayor.

—No, no tengo nada porque todo lo que tenía se lo di a la dueña de la casa para pagarle.

—Pero, chiquilla, ¿qué has comido todos estos días desde que os dieron las vacaciones?

Entonces yo le cuento que los dos primeros días no comí nada porque no tenía nada para comer, que el domingo una señora muy buena que come siempre conmigo en un banco, porque su hija también está en la cárcel, me dio la mitad de su comida: un arenque y un trozo de pan, pero me sentó mal en el estómago, seguramente porque lo tenía vacío. También le cuento lo que me dio Dani por la noche cuando volvía a casa y le recuerdo que en Nochebuena me invitaron los vecinos y todo eso que ya le he contado antes.

Elena me mira pensativa, tiene los ojos húmedos, se levanta y vuelve enseguida y me da un duro.

—Toma, para que compres comida y algo para calentar la casa, que debe de estar helada con el frío que está haciendo. Y ven el próximo sábado, seguramente ya tendré más noticias de lo de tu madre. Bueno, y ahora vamos a bajar a comprar algo para comer hoy las dos. Espera que me visto y nos vamos enseguida.

## Capítulo 34

Hoy es un gran día. Estoy feliz, por fin un poco de felicidad me alcanza a mí, a mí que durante

mucho tiempo he pensado que eso de la felicidad era para los demás, que yo no tenía derecho porque ya había tenido demasiada felicidad en mis primeros años. Algunas veces se piensan unas tonterías..., como si eso de la felicidad estuviese en una botella que se va agotando a medida que bebes.

Me he levantado muy temprano para arreglar la casa, para que esté bien cuando llegue ella. Cuando voy al colegio, como llego tan cansada, no hago nada en la casa y el polvo se va acumulando toda la semana.

El lunes se terminaron las vacaciones de Navidad y tuvimos que volver al colegio, pero hoy no voy a ir, aunque es miércoles, le he pedido permiso a sor Teresa para lo que queda de semana y me lo ha dado, me ha dicho que no me preocupe, que ella se encargará de explicárselo bien a sor Remedios para que no se enfade. Sor Remedios es la encargada de las niñas que tenemos que hacer los servicios domésticos en el colegio y es también la mejor amiga de sor Antonia, la superiora. Por eso es muy peligrosa, porque puede ir a quejarse a sor Antonia y entonces sor Antonia te llama a su despacho y lo que puede ocurrir dentro es horrible, tan horrible que, cuando la cruel monja llama a una niña, todas nos apiadamos de ella porque sabemos lo que le espera.

En total somos seis niñas las encargadas de los trabajos a las órdenes de sor Remedios. Antes éramos ocho, pero una niña se fue y Clara se puso mala. Lo peor es que, a pesar de ser menos, tenemos que hacer las mismas tareas, incluso algunas más porque sor Remedios no para de mandarnos cosas y más cosas. Algunas tardes nos perdemos las dos clases que hay después de comer porque la monja no nos deja irnos hasta que no está todo hecho y a su gusto. El caso es que últimamente trabajamos cinco y algunas veces seis horas diarias.

Pero hoy no, hoy dentro de unas horas me reuniré con mamá ya fuera de la cárcel y me tengo que dar prisa porque quiero cumplir mi promesa de esperarla en la puerta cuando salga. Mamá me dijo el domingo pasado que nunca salen antes de las diez, pero que siempre las liberan antes de la una para ahorrarse una comida.

De todas formas yo quiero estar en la puerta mucho antes de las diez por si acaso. Como muy tarde a las nueve y media.

Las cosas ya no están tan mal. Elena me dio otro duro el sábado y he podido conseguir algo de comida y leña y carbón para la estufa y la cocina. ¡Ah! Y también le he comprado a Dani un litro de vino porque a mi madre le gusta comer con un poco de vino y seguramente cuando llegue vendrán los vecinos a saludarla y los podré invitar a tomar un vaso de vino.

Mi madre se va a poner muy contenta cuando vea que he pensado en todas esas cosas y que tengo la casa tan limpia y otra cosa que se me olvidaba: le he planchado un poco de ropa de invierno para que se cambie cuando llegue a casa y así cuando vengan los vecinos la vean guapa y dispuesta. Eso sí que le va a gustar, porque mi madre es mucho más presumida para esas cosas que yo y que María, que nos da un poco igual la ropa y el peinado y todo eso. Hasta en eso nos parecemos. ¡Pobre María! Cómo me gustaría que estuviese hoy aquí con nosotras para vivir este día.

Por fin salgo de casa. Es muy temprano y todavía hace mucho frío, pero está nublado y parece que quiere llover. Sería mala suerte que hoy, precisamente hoy que es nuestro día, se ponga a llover o a nevar otra vez. Menos mal que llevo algo de dinero para el metro si al final tenemos que

cogerlo.

Mamá va a estar conmigo lo que queda de semana porque el lunes empezará a trabajar en esa casa y solo podremos vernos los sábados, el resto de los días tiene que dormir allí para cuidar a los niños de esos señores tan importantes.

Va a ser una semana estupenda, incluso contando desde el lunes porque el lunes por fin se llevaron a Clara al hospital de San Rafael para ver si se cura.

Carmina y yo fuimos a verla el viernes, estaba triste y contenta, algunos momentos triste y otros contenta. Claro, por un lado pensaba que en ese hospital podrá curarse o mejorar de su enfermedad, pero por otro es muy duro dejar a sus hermanitos tan pequeños y a su madre la pobre sola con ellos y con su trabajo duro limpiando oficinas y lavando y planchando la ropa de otros.

Tengo que volver a casa, me he olvidado la bolsa con el abrigo de mamá, con el frío que hace se congelaría antes de llegar a casa. Bajo corriendo por Marqués de Viana, entro en casa y cojo la bolsa que está encima de la mesa del comedor. ¡Menos mal que he salido con tiempo suficiente!

En el patio me encuentro con Gonzalo.

—¡Hola, Ángela! ¿A que vas a buscar a tu madre? Me dijeron, el otro día, que salía hoy. No sabes cuánto me alegro. Esta noche, si no llego muy tarde, pasaré por tu casa para saludarla. Ahora voy a por el coche para recoger a mi jefe a las nueve. ¿Vas al metro?

—No, como tengo tiempo pensaba ir andando.

—Vale, te acompañaré un buen trecho. Dame esa bolsa, que te la llevo.

Caminamos un rato juntos en silencio entre la nube de vaho que sale por nuestras bocas subiendo por Marqués de Viana. Hace mucho frío, la débil luz del alba se anuncia hacia Bravo Murillo sin poder romper todavía la oscuridad del invierno.

—Gonzalo, ¿tú eras muy amigo de Mauro?

—Sí, era mi mejor amigo, mi camarada, estábamos siempre juntos, lo compartíamos todo. Con él he vivido los mejores momentos de mi niñez y de mi juventud y de mi vida porque después ya no ha habido mejores momentos.

—Oye, y si te encontraras con él, ¿lo entregarías? O si supieras donde está, ¿lo delatarías?

Gonzalo no me contesta, camina mirando al suelo pensativo. Pasamos por delante de la serrería donde compro la leña. El enano ya está sentado en la puerta a pesar del intenso frío. Miro todas las cosas a mi alrededor, pero no pienso en ellas, solo espero la respuesta de Gonzalo.

—Ángela, pequeña, te consiento esta pregunta porque eres una niña y sé que no tienes mala intención, que solo te mueve tu cariño por Mauro y por su madre o la pena de saber que dos amigos como nosotros se han enfrentado en una cruel guerra. Pero te voy a decir una cosa, una cosa que he pensado muchas veces en el frente, en las largas esperas de las trincheras..., una cosa que tengo muy clara. Si en la batalla me hubiera encontrado con Mauro frente a frente, habría tirado mi fusil al suelo sin disparar ni una bala, dejándole disparar a él si eso quería, entregándole mi vida antes que levantar mi fusil contra mi amigo. Te lo juro por Dios, en el que creo con toda mi alma, con toda mi fe.

Gonzalo mira ahora hacia el frente, hacia Bravo Murillo por donde ya amanece con más decisión. Noto el brillo azul de sus ojos y la sinceridad que me transmiten todos sus gestos, todos sus movimientos.

—¿Dónde estarán ahora él y tus dos hermanos?

—No lo sé, Ángela, tal vez en Francia. Sé que no han caído ni han sido hechos prisioneros porque lo ha mirado mi jefe y no aparecen en las listas de prisioneros ni de fallecidos. Pero lo que sí sé es que estén donde estén lo estarán pasando muy mal, peor aún que nosotros. Esta guerra que está empezando va a ser muy cruel y muy larga y ellos están en las peores condiciones, porque tendrán que volver a luchar en el frente o habrán caído prisioneros de los nazis... No sé, Ángela, no quiero pensar en eso porque no puedo hacer nada y solo pensar en ellos me amarga, me come por dentro. No sé para qué hemos luchado, por unos ideales que no se están cumpliendo ni en la victoria ni en la derrota.

Llego demasiado pronto a las puertas de la cárcel. Llovizna y el frío aprieta. En realidad cae como una especie de aguanieve que, si continúa este frío, se convertirá en nieve como el día de Nochebuena.

La primera vez que vi la nieve en Madrid, porque en Córdoba nunca nieva, me encantó, salimos todos a la calle a jugar y a tirarnos bolas de nieve. Hasta Paquito, con lo pequeño que era, reía y saltaba en la nieve para que le tiráramos las bolas. ¡Cómo reía! Nos hacía reír a todos con esa risa contagiosa que tenía... Claro, que todavía vivía papá.

¡Qué siniestras son las puertas de la cárcel! Ahora, que están cerradas y solitarias porque no es día de visita, da miedo verlas tan cerradas, con tantas cosas ocultas que estarán pasando ahí dentro. No quiero pensar en eso, mamá va a salir dentro de unos minutos o de unas horas y eso es lo importante. Después trataremos de olvidar y seguir viviendo a pesar de todo. Me emociona pensar que voy a estar con mi madre hasta el lunes, que otra vez dormiremos juntas al calor de las mantas y nos contaremos cosas y secretos. A lo mejor abre la cajita y leemos las dos juntas esos poemas de mi padre. Pero no estará María, María, la alegría, la fuerza y la determinación, María, la mujer más maravillosa y menos egoísta que ha pisado este mundo, María, que estará sin duda al lado de Dios porque se lo merece, porque todos los niños pobres del barrio la adoraban y para todos tenía algo que ofrecerles para consolarles. Por lo menos una sonrisa y una caricia... María, querida, sabes que todos los días me acuerdo de ti, que todos los días sin falta pienso en ti y rezo por ti.

Deambulo entre la llovizna alrededor de las puertas. Me acaba pesando la bolsa con el abrigo de mamá. Voy hasta nuestro banco y me siento. Desde allí, ahora que los árboles no tienen hojas, se ven perfectamente las puertas de la prisión. Miro a los gorriones que, una vez que se acostumbran a mi silenciosa presencia, saltan en el suelo, buscan entre las hojas muertas y se besan. Los machos son más coloridos y un poco mayores que las hembras. A mí me gustan más las hembras con ese color gris pardo con tonos tan sutiles y los ojos brillantes. Dicen que las parejas se aman eternamente con un amor infinito, como el de mi padre por mamá.

Pienso en la señora con la que comía todos los domingos. Es curioso, pero no sé cómo se llama, nunca me dijo su nombre. Hablábamos, comíamos, compartíamos la comida y nos consolábamos, pero nunca nos tocamos ni nos llegamos a preguntar nada que nos permitiera saber algo más. Ahora que lo pienso nunca la vi en la sala de visitas, es verdad que entre tanta gente era difícil,

pero también es raro porque yo solía mirar alrededor y fijarme en las otras presas y en sus familiares y nunca la vi a ella.

¿Sería mi ángel de la guarda? Ese ángel bueno que decía mi abuela Rafaela que siempre está con los niños cuidándolos y mirando por ellos; aunque los ángeles son seres muy bellos y esta señora la pobre...

Por fin se abren las puertas. Me levanto y voy corriendo con la bolsa del abrigo. Quiero ser yo lo primero que vea mamá al salir de esa prisión. Quiero que vea que siempre cumplo mis promesas y que era verdad cuando le dije que yo la estaría esperando ese día, el día que cruzara esas puertas para ser libre.

Aparece mi madre, sola, y después se cierran las puertas detrás de ella, pero ella no vuelve la cabeza, sale con toda la dignidad del mundo, mirando, buscándome con la mirada hasta que me ve y sonrío y viene hacia mí. ¡Qué delgada está! Con el frío que hace le han puesto el vestido de verano, el mismo que llevaba cuando vinieron a buscarla, pero le queda grande, le sobra por todos los sitios, precisamente ese vestido que le quedaba tan bien, que hacía que muchos hombres se volvieran a mirarla y yo me daba cuenta, sí, pero ella no, porque ella sentía un amor infinito por papá y los amores infinitos son así, infinitos, eternos, sí. Corro hacia ella con la bolsa, menos mal que me he acordado de traerle el abrigo.

Nos abrazamos, nos besamos, danzamos bajo la llovizna abrazadas como locas, sí. Yo lloro, como siempre, ella no, ella ríe feliz de verme.

—Mamá, ponte el abrigo que hace mucho frío.

Pero ella no me hace caso, se separa de mí y me coge las dos manos y me mira riendo inclinada hacia atrás, feliz, sí, y otra vez danzamos bajo la helada llovizna, que ya casi es nieve, cogidas de las manos, mirándonos a los ojos. Sus bellos ojos negros contra los míos azules, sí, dando vueltas y vueltas cogidas de las manos y no hay nada que perturbe nuestra felicidad, ninguna nube oscura, ninguna sombra esta mañana de enero en las puertas de la cárcel bajo la helada llovizna que ya casi es nieve, sí.

**FIN**